

La última experiencia

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Sylvia Martínez
Maquetación: David San Martín

Primera edición: julio, 2008

La última experiencia
© Antonio Bascones
© éride ediciones, 2008
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

éride ediciones

ISBN: 978-84-96910-77-5
Depósito Legal:
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico
Imprime: Publidisa, S.L.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción, total o parcial,
de este libro sin la autorización escrita del editor.
Todos los derechos reservados.



Este libro protege el entorno

ANTONIO BASCONES

La última experiencia



éride ediciones

Índice

La llegada	11
El camino	19
La casa	25
El primer día	35
El primer día de trabajo	57
Un día de brigada	73
El lago, León y Montelimar	85
La sorpresa	103
El secuestro	117
El regreso	125
El final	143
Epílogo	153

*A todos aquellos que hicieron posible
un proyecto de solidaridad y ayuda
durante muchos años.*

La llegada

El cielo azul en una tonalidad suave invadía todo el horizonte y con el mar azul intenso, porfiaba en encontrarse en un punto lejano, aquél en que la vista se perdía, al mismo tiempo que dejaba a la imaginación volar en esas distancias inconmensurables, en que todo es posible, en ese mundo de fantasía en que la realidad se confunde con la quimera.

Había dejado de pensar y reflexionar en lo que haría y a dónde mis pasos encaminarían, cuando de repente, empecé a teclear fuerte y premiosamente, sin dejar que mis palabras tuvieran tiempo para reposar, agolpándose unas y otras de una manera atrabiliaria y atolondrada. No tenía idea de lo que iba a escribir ni a exponer y sólo pensaba en escribir y escribir, sin un resorte mental adecuado, dando paso a una verborrea sobre el papel, sin orden ni concierto, expuesta sin preparación y al mismo tiempo con total libertad. Esta premura no tenía otro objeto que dar paso a unos días que llevaba en que no sabía el qué, ni el para qué, ni tan siquiera el porqué, pero sí tenía claro el cómo. Sólo quería escribir y escribir, sin saber dónde mis ideas me encaminaban y dónde iba a parar todo ese nerviosismo de palabras y palabras. Tenía una pléyade de sentimientos, pensamientos inconexos y descontrolados, que tenía por fuerza que ordenar y clasificar en mi esquema mental.

La historia, mi propia historia no cabía en mi cabeza y ya iba siendo hora, que saliera al exterior, pues la prisión en la que se encontraba no era buena para nadie y en especial para mí. Llevaba mucho tiempo en esta tesitura de si abría las puertas

de mi cabeza y, dejaba que mis pensamientos afloraran de una vez o si seguían allí prisioneros del tiempo y del espacio. Así que por una vez más, dejé que mi intuición fuera la que marcara el destino de mis pensamientos y éstos se desparramaran por el exterior, impregnando las cuartillas blancas que tenía ante mí. La nebulosa de mis ideas iba poco a poco dejando paso a una mayor claridad, y que aún desordenadas, se distribuían de una manera más acorde. Parecía que el orden se imponía al caos de hacía muy poco tiempo. Todo iba tomando su lugar y posición adecuada, cada idea iba tomando cuerpo y las palabras, ahora parecía que fluían más lentamente, más agavilladas, en una procesión continua y ordenada.

Pero al mismo tiempo que el orden iba imponiéndose en las palabras aisladas, todavía sin embargo no existía un pensamiento hilado, una armazón reflexiva que diera lugar a una trama lógica, que diera vida a mi propia historia, la que empezó el día que aterrizaba el avión en el aeropuerto de Managua.

Aquella tarde, comenzaba para mí una nueva experiencia que daba cuerpo de naturaleza a una idea que me atenazaba desde hacía meses. Quería ir a un país de Centroamérica, para ayudar en lo que pudiera y al mismo tiempo enriquecerme con esta experiencia. No era por mucho tiempo, no me sobraba, pero sí que quería aportar algo. No quería terminar mi vida de una manera facticia y mi única obsesión era realizar algo positivo antes de irme definitivamente.

Había oído hablar de las necesidades de este país, Nicaragua, que había salido hacía poco de una guerra que le había empobrecido, si cabe más de lo que inicialmente era; de la pobreza que se almacenaba por todos los lugares y que convivía, con la vida normal de las gentes, y en consecuencia, de la mala salud bucal de la población; y en especial, de los niños, que comenzaban el crecimiento, que se amontonaban en las calles, adormilados con el pegamento que les evadía de la situación en la que vivían. En mi interior se revolvió una sensación de agresividad hacia la diferencia de riqueza y desarrollo de los distintos países y diversas

sociedades, con la agravante, que en algunos medios no había ni tan siquiera posibilidad de tener una ilusión como no fuera el día a día, el siguiente momento. Ésta era la manera de vida de estas gentes, pensar en lo que iba a acontecer en los próximos minutos, su futuro era pues muy corto y siempre en un plano de miseria y supervivencia. Su máxima preocupación era la subsistencia del día, y cuando estaba solucionada, pensar en la del día siguiente. Todo esto que lo conocía por mis lecturas, sería vivido por mí en los siguientes días con la intensidad y fuerza de la realidad cotidiana.

Hacía tan solo unas semanas, me habían diagnosticado un cáncer que no tenía tratamiento, sólo esperar durante los próximos meses el acontecimiento final, que sería, sin lugar a dudas, en un plazo no superior a ocho meses. La única receta fueron los analgésicos, de los que llevaba una buena carga en la maleta.

Esto es lo que me decidió de una manera definitiva a dar el salto y dedicar tres meses de los ocho que me quedaban a esta experiencia. Prefería estar en esta actividad que esperar sentado en una butaca la hora final. Éste fue el momento en que se cruzó mi diagnóstico, mi conocimiento de las necesidades de este país y mi temperamento, por lo que decidí entregar lo que tenía en mi interior y aflorar de una manera intempestiva, toda la carga de agresividad que tenía hacia esta diferencia de sociedades.

Tenía otras razones, como pensar que de esta manera el sufrimiento sería menor o que el tiempo pasaría de una forma diferente, al menos sin tanta fuerza imaginando el destino final. Quería a toda costa postergar este pensamiento de mi vida, al menos durante estos dos meses.

Había llegado con varios voluntarios en el mismo vuelo, pero nadie sabía ni debería saber la verdad mía, mi historia era sólo mía y muy mía. A nadie se lo había dicho y mi intención era también no decir nada. No quería ser relegado en el trabajo por esta causa. En Madrid, los días anteriores a mi partida, habían transcurrido a caballo entre mi depresión psíquica y física, ya que al mismo tiempo que mis fuerzas flaqueaban de vez en cuando, también mi

decisión de lo que quería hacer se tambaleaba. Pasé por otros momentos en que cada vez estaba más convencido de la valoración que quería dar a mi última etapa de la vida, aquella parte del trayecto en que todo lo que hiciera cobraría mucha más fuerza, pues lo haría con una especial actitud ante la realidad que se presentara ante mí.

Una bocanada de calor espeso y húmedo me azotó la cara, como un bofetón, dejándome sin respiración, teniendo que parar unos segundos para tratar de equilibrar mi respiración. No estaba acostumbrado a estas temperaturas tan húmedas. La camisa estaba pegajosa y se adhería al cuerpo de una manera lasciva y lujuriosa. El resto de los voluntarios estaba soportando de una manera estoica esta temperatura, pero ellos, al tener una situación saludable, lo hacían mejor. Yo, en cambio, ante la visita de la parca en los próximos meses, me encontraba desasistido y débil, ante cualquier cambio de circunstancias en mi vida, y ésta era una de ellas.

No conocía a ningún voluntario, ya que yo era el único que venía solo y además había tomado la decisión casi al final, cuando todos los grupos se habían formado, por lo que no pude contactar con ningún amigo que me acompañara. Algunos venían del País Vasco, otros de Cataluña, los más de Madrid, pero no faltaban el resto de las autonomías como Andalucía o Valencia.

Ya en la cola del control de pasaportes, una chica que se presentó como Cinta me dijo que ella no podía soportar este calor y que cómo lo llevaba yo. Le contesté que mal, pero que quejarme no me llevaba a nada positivo y, por lo tanto había decidido manifestar una actitud contemplativa de estoicismo reflexivo. Ella no comprendía mis palabras por lo que traté de explicárselas de una manera más sencilla. No sé si fui lo suficientemente convincente, pero al final de mi explicación me dirigió una sonrisa, que me pareció un bálsamo a la herida que me corroía el cuerpo. Intenté responder de la misma manera, pero no me fue posible y le envié una mirada suave y tierna. Nada más. Así acabó este primer encuentro con mis compañeros.

En el control, no me pusieron ningún problema, pagué unos dólares por entrar y nada más. Directamente me dirigí a la cinta transportadora, donde ya salían las maletas. La mía salió sin prisas, como impregnada de la lentitud de la situación y del momento. Todos en la sala de recepción del equipaje se afanaban para encontrar el suyo, pues el desorden era inmenso y los empujones la tónica general, sin olvidar por supuesto, los gritos entre unos y otros.

El peso de la maleta se me hizo insoportable, a pesar que estaba acostumbrado a llevar carga cuando de joven trabajaba en un almacén, trasladando de un lado a otro, grandes paquetes que tenía que dejar en un camión que después repartía por diferentes lugares. Ese reparto era diario y duró los meses de verano en los años que estudiaba, que abarcaban desde finales del bachillerato a los años de la universidad. Sin embargo, a pesar del peso de la maleta, pude llevarla con cierta dificultad al autobús que nos esperaba a la salida. Era tanto el esfuerzo que estaba haciendo, que ella misma se acercó y me dijo:

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te ayude?

Aquello para mí fue un golpe en mi virilidad pues, no en vano, estaba acostumbrado a los tiempos antiguos, donde el fuerte era el hombre y el que llevaba las grandes decisiones y los pesos de las maletas. Aquella situación era nueva para mí y, durante unos segundos me descolocó, sin tener una respuesta clara para ella.

—No gracias, estoy acostumbrado —contesté un tanto contrariado.

A ella pareció que esta respuesta no le satisfizo ni le convenció, pues con la mano que tenía libre me agarró la maleta por un extremo y se dispuso a arrastrarla. No quise entrar en una disputa, que no conduciría a nada y, además que por mi parte hubiera sido poco oportuna, por lo que me dejé llevar de una manera indolente, no sin antes enviarle una mirada complacida de agradecimiento.

La salida del aeropuerto hacia el autobús, estaba llena de personas que gritaban y gesticulaban de una manera exagerada y sin venir a cuento. Era un enjambre de cosas y personas

entremezcladas y extendidas por doquier haciendo la salida bastante difícil por la necesidad de ir sorteando los obstáculos que había en el camino natural hacia nuestro transporte.

Cinta seguía ayudándome de una manera solícita, sin importarle mis excusas y aspavientos para que no lo hiciera. Era como si se hubiera propuesto humillarme de esta manera, al menos eso es lo que pensaba, pero por otro lado, y ¿si lo que hacía era por ayudarme de una manera eficaz y sin contraprestación? ¿Por qué todo lo que se hiciera por mí era negativo?

La verdad es que me venía muy bien pues el largo viaje desde Madrid me había bajado las defensas y estaba bastante cansado y desmadejado. Su manera tan solícita de ayudarme, y al mismo tiempo sin darse importancia, me maravillaba y en el fondo de mi corazón se lo agradecía, pues hacerlo a una persona que ni es amiga ni conocida, tiene tanto más valor que si lo haces a un familiar o a un amigo.

Los otros voluntarios se apresuraban a colocar las maletas y las mochilas en la parte trasera del autobús para dejar lugar en la parte anterior a los viajeros. Este autobús era sólo para nosotros, lo que hacía el traslado más cómodo y tranquilo, sin necesidad de discutir sobre el asiento o el lugar de la colocación del equipaje. Estas discusiones eran diarias siempre que tomábamos un transporte público de este tipo, pues cada uno quería sentarse al lado de su amigo o amiga.

La llegada del avión fue alrededor de la atardecida, cuando el sol detrás de las montañas quiere huir y todavía el día no le deja. Esa hora indescriptible en que ni el día es día, ni la noche es noche. Ese momento en que las miradas se cruzan en lontananza para divisar el ocaso y rememorar el día que termina. Esa fue la hora de nuestra llegada, pero cubiertos los trámites de aduana y equipaje, la salida del aeropuerto nos recibió con la noche cerrada y un cielo cubierto de estrellas, que tintineaban como pequeñas luciérnagas en el manto negro. Una vahada de calor húmedo nos azotó la cara en forma angustiada. La oscuridad era total y a duras penas podíamos divisar el lugar donde estaba situado nuestro transporte.

Desde la puerta de salida hasta la puerta del autobús, una ingente cantidad de personas nos ofrecía sus servicios: taxis, transporte de equipaje, frutos secos que más tarde me explicaron que se llamaban marañones. Era una auténtica algarada que me retumbaba en la cabeza. Afortunadamente, pude desprenderme de ellos y seguir tirando de la maleta con la ayuda de Cinta, que seguía ayudándome de manera imperturbable y hermética.

Me tragué el orgullo de macho ibérico y le dije:

—Cinta, muchas gracias por tu ayuda.

Lo que no le dije es lo que hubiera pasado si ésta no se hubiera producido ¿Habría podido mover la maleta? ¿Habría llegado hasta el autobús? Cerré los ojos para no contestar a estas preguntas. Pero la casi segura respuesta me atenazaba el corazón. Hace tan solo unos meses no hubiera tan siquiera imaginado esta posibilidad de necesitar que alguien frágil me tuviese que ayudar.

Era un estudiante normal y hasta bastante bueno en algunas disciplinas de la Odontología. Había acabado la carrera ese mismo año, cuando ya sabía el diagnóstico de mi enfermedad. Fue un esfuerzo sobrehumano el que tuve que hacer para acabar la carrera y que mi familia no supiese la verdadera situación de mi enfermedad, pero mereció la pena, ya que luché contra la apatía que me invadía y la depresión de la sinrazón por mi proceso. Quizás barruntasen algo, pero un conocimiento real y exacto con toda seguridad, no tenían.

No comprendía cómo a esta altura de la vida, en plena juventud, este cáncer me atenazaba las entrañas y carcomía mi interior. Lo único que se salvaba, era mi cerebro que funcionaba a tope de una manera ágil y dinámica. No le había contado a nadie mi proceso, ni el fausto diagnóstico que me esperaba, ni tan siquiera a mis padres, pues, ¿por qué iba a darles un disgusto de este tipo? Cuando se acercara el momento, ya se lo explicaría, pero ahora no había ninguna necesidad.

Estaba dispuesto a guardar esta parte de mi historia vital hasta el final, cuando ya no se pudiera ocultar, pues los síntomas fueran tan patentes que resultara imposible guardar este secreto.

Pero, ¿y si el médico se hubiera equivocado? No, no había ninguna duda, los análisis lo confirmaban y mi flaqueza de las últimas semanas lo corroboraba. Me costó un gran esfuerzo asistir a los exámenes finales, en las asignaturas que no se aprobaban por parciales. Levantarme por la mañana para asistir en silencio a un examen sin que nadie lo supiera y sin que nada me sirviera de apoyo, era cuando menos desesperante, y sólo servía para complicarme más las cosas, pero había que seguir adelante y así lo hice.

El Camino

Estas reflexiones hicieron que no me diera cuenta que Cinta se había sentado junto a mí en el autobús y que éste se había puesto en marcha de una manera lenta. El traqueteo me hizo pasar a la realidad de una forma espontánea, y abrí los ojos para dirigir una mirada a mi compañera, que sonreía de una manera cálida y tierna.

Nunca olvidaré esa sonrisa lisonjera que me destinaba, era como el nacimiento de un río en la montaña, como el amanecer en un día claro. Emergía de su boca de una forma intrascendente para aflorar en los labios y expandirse por su cara, dotándola de una belleza sublime que en ese momento me pareció como el rocío que acaricia el pétalo de la flor al amanecer, como la brisa que cimbrea la mies en el verano. La sonrisa iba acompañada con una mirada tierna, que expresaba al mismo tiempo pregunta y miedo. ¿Es que se había dado cuenta de lo mío? No, no era posible si sólo me había ayudado a transportar la maleta y a pasar el control de equipajes. En ese poco tiempo era imposible, pues además, era la primera vez que le veía.

Según me comentó, había acabado la carrera en Valencia, y no sabía qué iba a hacer en el futuro; le gustaban los niños y quizás se inclinaría por la ortodoncia, pero en ese momento no lo sabía. Cuando acabó, pensó que era una buena oportunidad para tomarse unos meses de reflexión antes de entrar en la vorágine del trabajo, de la competencia y de la profesión. Era muy joven todavía para esto y quería en principio pasar una temporada aspirando la vida que tenía ante sí, experimentando la plenitud de

esa vida, que a mí se me acababa. ¡Qué contrasentido! Iba a vivir la vida a tope y yo a terminar mi vida, también a tope, pero de otra manera.

Ella venía en una dirección, yo marchaba en la contraria y nos habíamos encontrado en ese punto medio en que unos van y otros vuelven, en que unos inspiran la vida y otros expelen lo poco que les queda. En ese punto medio apareció su sonrisa y su mirada. Eso me marcó durante las siguientes semanas que estuvimos juntos y ese pensamiento hizo que pudiera entregar en esa experiencia lo poco que ya tenía. ¿Se habría dado cuenta y por eso se sentó a mi lado?

Cerré los ojos y me enfrasqué en el traqueteo del autobús, en una carretera llena de baches, personas, bicicletas y animales. Las personas llevaban sus pertenencias a cuestras de un lado a otro. Era imposible conducir sin los volantazos, ni cambios de dirección que había que dar para sortear los obstáculos que había en el camino. Así era la vida en ese país, que en las próximas semanas sería mi casa, mi vida y mi todo. Ese poco todo, que ya no tenía, pero que quería hacer algo con él. No sabía el qué, pero sí algo diferente de lo que hasta ahora había realizado. No percibía en ese momento cuál sería el destino en las semanas venideras.

Cinta en ese momento me pregunta:

—¿Cómo te encuentras? —y le contesto sin demasiado énfasis que bien, que me encontraba bien, sólo que un poco cansado por el viaje. Era la primera vez que cruzaba el charco, y eso me impresionaba y trastornaba ligeramente, le dije un poco desconcertado por la pregunta y balbuciendo la única respuesta, que se me ocurrió dar en esa circunstancia.

Llevábamos un buen trecho de carretera y ya habíamos pasado varios asentamientos de casuchas y cobertizos, donde personas y animales conviven en armonía. Era noche intensa y el autobús iba de un lado a otro de la carretera, sorteando todo lo que encontraba a su paso.

Atravesábamos en ese momento un pueblecito multicolor llamado Masaya, en el que las personas pululaban por doquier,

cruzando la carretera y caminando en forma paralela a ella, lo que hacía especialmente complicado avanzar. A pesar de la hora nocturna, parecía que nadie tenía prisa por ir a su casa, ya que estaban en pequeños grupos conversando y gesticulando, al mismo tiempo que emitiendo sonoros gritos. Los niños, a su alrededor sin importar edad ni sexo, con sus características zalgardas, deambulaban y corrían atrozmente, poniendo en peligro sus vidas, aunque en ese país la vida no tenía demasiada importancia. Este viaje me ponía enervante, pues no estaba acostumbrado a este modo de conducir en la carretera. Era como luchar contra la noche y contra las personas y animales, y en el medio, los continuos baches de la carretera.

Masaya era un pueblecito situado a unos catorce kilómetros de Granada, nuestro destino final, y era conocido por varios nombres, como la ciudad de las flores, por el gran cultivo de ellas y también como la cuna del folclore nicaragüense, por la multitud de bailes típicos que se habían desarrollado en ella. Este lugar había evolucionado desde una pequeña colonia fundada por los españoles, que en 1839 recibe el nombre de Ciudad de Masaya. La intersección de las dos culturas hizo que se creara un pueblo colorido, sonriente, sencillo, con tradiciones arraigadas y con un gran tesón y laboriosidad.

A unos cinco kilómetros aproximadamente, se levanta el volcán Masaya, en el parque del mismo nombre, constituido por tres cráteres, uno activo y dos cubiertos por bosques. Existe una carretera que lleva hasta el cráter, lo que le hace bastante accesible y que días después, recorrimos varios de nosotros a pie.

Antiguamente recibía el nombre de Villa Fiel de San Fernando, y eran famosas sus plantaciones de café. También era típico el mercado de la madera, cuero, cerámica, tejidos, y en general, toda clase de artesanías, que en los días posteriores hicieron las delicias de todos nosotros. Bueno, de ellos quiero decir, pues ¿para qué quería comprar yo artesanías? ¿Qué hubiera hecho con ellas? Sería un contrasentido que hubiera comprado algo para mí. Sólo deseaba llevar un pequeño recuerdo a mi familia. Una de las cosas

más características era el mercado viejo donde las artesanías, muebles, zapatos, hamacas, ropa e instrumentos musicales, se almacenaban en un continuo desorden. Las hamacas eran los productos por los que los turistas tenían más interés y su atractivo residía en que esta zona era una importante productora, inclusive con una cierta exportación, a otras partes del país e incluso de otros países. Generalmente son negocios familiares, que te enseñan el proceso de producción con toda suerte de explicaciones sobre su desarrollo y manejo. Caminar entre los distintos negocios era una delicia para los ojos, ya que se veían multitud de objetos curiosos a los que no estábamos acostumbrados.

Este pueblecito fue la cuna de las tribus *diríanes*, por lo que los nombres de los villorrios cercanos tenían denominaciones indias como *Nindirima*, *Masatepe*, *Diriomo*, *Diriá*, *Catarina*. Este último dio después nombre al famoso mirador Catarina, donde los turistas y curiosos tenían parada obligatoria y donde muchas veces encaminamos nuestros pasos, ya que la vista desde allí era imponente y majestuosa.

Otras tribus precolombinas como las *chonotegas* y *nagrandanes* habitaron esta zona y de ella se derivaron los bailes típicos que hoy podíamos ver. A pocos minutos de Masaya se encuentran los pueblos blancos, que nada tienen que ver con los que conocemos en Andalucía, a excepción del color de las casas, que son de adobe y en donde las personas que los habitan, practican la medicina natural, la adivinación y la hechicería, algo consustancial con su forma de vivir y con la herencia cultural adquirida.

Es curioso cómo a todos estos poblados les hicimos brigadas odontológicas. Los descendientes de aquellas tribus hoy recibían nuestra asistencia bucal. ¡Quién lo hubiera dicho si a Colón alguien se lo hubiera preguntado!

En mi cabeza, al ver este revuelo del pueblo, este inmenso gentío, que sin ton ni son expresaba lo más íntimo de sus gentes, revoloteaban esos versos de Machado: «*Hasta que el pueblo las canta, las coplas, coplas no son y cuando las canta el pueblo ya nadie sabe el autor*». Era el pueblo expresando sus temores y sus

miserias, sus miedos y sus ilusiones, que algunos compaginaban con la música y el baile, y otros con los rezos.

Era un sábado tardío, un día cualquiera de la semana para ellos, ya que no existía control del tiempo y por lo que veía con la carretera, tampoco del espacio. No existe el mañana, sólo es el presente y esta copla expresaba íntimamente sus afanes.

Cinta me miraba intentando escudriñar en mi cabeza, pero era imposible que pudiera comprender lo que yo pensaba en ese momento.

—¿Qué es lo que estás pensando? —me dijo con una sonrisa, como ella sólo sabía expresar.

—Es el pueblo que vive, es el pueblo que canta —dije de una manera taxativa, y al decir esta última parte de la respuesta, arrastré las palabras con fuerza y odio, como masticándome los sentimientos.

Creo que esta respuesta no le satisfizo, como si hubiera comprendido algo especial, pero no continuó con la respuesta y cambiando el tema, me preguntó:

—A propósito, todavía no sé tu nombre y ya llevamos más de una hora en este autobús —me dijo sin casi mirarme, como avergonzada de la pregunta—. Tú sí que sabes el mío y yo el tuyo no. Estamos en desigualdad.

Aquello me pareció una disculpa cualquiera, una manera de entrar en el tema, por lo que no reparé en el enrojecimiento de su cara al hacerme su pregunta, ni tampoco en el temblor de su labio inferior, ya que no la miraba; ni aunque lo hiciera podría verlo, pues la negrura de la noche era intensa.

—José —le dije con palabra indolente y cansina.

—¿No tienes ganas de hablar? —me dijo ásperamente.

—Pues si quieres que te sea sincero, no —contesté.

Esto acabó la conversación cuando florecía. Era como el capullo de la rosa que cuando nace y va a florar, lo cortas de una manera tajante. Es la rosa marchitada que muere sin llegar a salir y aquello fue lo que sucedió, una conversación ya muerta, cuando aún casi no había nacido.

Ahora comenzaba a llover, una lluvia despiadada, inmensa, como si el cielo nos recibiera con recelo, queriendo manifestar su descontento con nuestra presencia. Esto era lo que yo me imaginaba, siempre rodeado de pensamientos negativos y pesimistas. ¿Era un presagio de mi enfermedad y su final? Eso me parecía y así lo manifesté en voz alta, sin darme cuenta que Cinta se estaba percatando de lo que yo decía. No hizo ningún comentario. La conversación recién pergeñada terminó de una manera cortante y no quería intentarlo otra vez. Había aprendido la lección.

A duras penas seguía su marcha renqueante el viejo autocar hacia Granada, la ciudad que era nuestro destino final y donde pasaríamos las próximas semanas.

La entrada en Granada nos recibió con un cambio de fuerte lluvia en la carretera, a una llovizna suave y refrescante en la noche. Era un estímulo atractivo y de agradecer. Los cielos no estaban enfadados con nosotros, Granada nos recibía agradablemente, y eso dulcificó en parte mi pensamiento.

Entramos en una calle central y después de un corto recorrido, llegamos a la plaza principal donde está la Catedral, majestuosa en la noche, soberbia en el día y siempre imponente a todas horas. Dimos una vuelta a la plaza y alejándose el autocar un par de cuadras, nos dejó en el lugar que sería nuestra casa para las próximas semanas y donde, para bien o para mal, conviviríamos todos.

La casa

Cinta y yo nos miramos con la misma pregunta en nuestros ojos: ¿qué pasará ahora? ¿Cómo será la casa?

Nela, la voluntaria que había venido de Granada en España, no hacía más que gritar:

—¡Estoy en mi ciudad, estoy en mi ciudad! —decía con la ilusión de una colegiala que acaba de ver por primera vez su casa de verano.

La casa era rectangular, de piedra, bien construida, denotando que había sido la morada colonial de ricos hacendados con mucha servidumbre, aunque en este momento estaba en bastante mal estado, con las paredes desconchadas y sin haber sido pintada en los últimos lustros. Las humedades eran la tónica general en toda la casa. Las cañerías estaban destrozadas y no había un sistema de limpieza adecuado. Cuando las lluvias eran importantes, afortunadamente ahora no lo eran, el agua caía por todas partes y en especial por el tejado, en el que una sí y otra también, estaban las tejas rotas o ausentes y no habían sido repuestas. Al menos era un techo para nosotros donde podíamos recalar después del agotador trabajo que teníamos.

Junto a nuestra casa estaba la Iglesia Evangélica y un poco más allá, una de las iglesias católicas más antiguas de Centroamérica. Toda negra y sucia, no hacía contraste con el resto de las casas, donde también la limpieza estaba ausente.

Una ventaja de la casa y que agradecí más adelante, cuando ya tenía idea de la situación, era la cercanía con la clínica. Para mí esta circunstancia era definitiva, ya que el trabajo tan agotador

me dejaba exhausto al final del día y sólo tenía fuerzas para irme a descansar a mi colchoneta antes de salir a cenar.

Cinta muchas veces me acompañaba en silencio y se colocaba en su camastro callada y haciendo como que leía, pero me miraba de reojo. Creía que no me daba cuenta, pero sí, estaba claro, y eso me daba una tranquilidad, que aunque nunca se lo dije, ella conocía. Llegó un momento en que con sólo una mirada, y a veces sin ella, sabíamos lo que el otro pensaba.

Carlos, el jefe del grupo, tomó en ese momento las riendas de la situación para dirigirse desde la parte delantera del autocar a todos los voluntarios con consejos y ordenes relativas a la casa alquilada.

—Ahora de uno en uno, id recogiendo las maletas y mochilas y colocaros en el centro de la casa para ir repartiendo las habitaciones —añadió con voz potente de mando.

En este momento fue cuando Carlos tomó idea clara de su situación. Era el jefe, el que tenía más experiencia en este tema tanto por antigüedad en la profesión y en la Organización, y no estaba dispuesto a que nada se le escapase de las manos. Quería tener todo controlado y que cualquier pequeño problema pudiera resolverlo en el momento para no complicar las cosas en un país ya excesivamente difícil por su carácter y economía.

Nela le dirigió una mirada de respeto y admiración a su jefe, como le llamaba ella, pues a pesar de que no le conocía, esas dotes de mando le impresionaban. A partir de ese momento, la admiración por Carlos fue en aumento y al poco tiempo se tornó en amor. Desde Granada, su ciudad en España, pocas semanas después, todavía pensaba en ese momento en que el jefe del grupo, su jefe como le gustaba llamarle, en la parte delantera del autobús daba las ordenes oportunas de una manera imperativa pero al mismo tiempo afectuosa.

A ella le dijo:

—Ten cuidado al bajar del autocar, que está muy alto y dirígete rápido a la casa para el reparto de las habitaciones.

Le pareció en ese momento que esta orden la daba de una manera especial y le miró encandiladamente con esos grandes

ojos color azabache que tenía. Al bajar, su pecho rozó ligeramente con el brazo de Carlos y él no se percató de la situación. Tuvo un temblor ligero que con la lluvia fina desapareció al instante, pero ese pensamiento la acompañó durante mucho tiempo después, cuando ya en España no sabía en qué acabaría su amor por Carlos, el jefe del grupo, su jefe.

Cinta bajó con una agilidad increíble y se quedó en la puerta sin entrar para ver si tenía que ayudarme. Lo hizo con una prudencia exquisita, pensando en que no me había dado cuenta, pero estaba tan claro que al mismo tiempo que humilló mi orgullo de macho ibérico, me embargó una especial sensación de agradecimiento. Ella quería ayudarme pero sin que me diera cuenta.

El resto de los voluntarios bajaron con celeridad y se dispusieron en la entrada de la casa, en el recibidor principal.

Se trataba de una gran casa, con un patio central, alrededor del que se disponían varias habitaciones, en concreto seis inmensas, donde había que colocar a los voluntarios. La primera orden de Carlos fue la de clasificar el material odontológico en un amplio rincón de la entrada, donde colocamos ordenadamente las agujas, anestésicos, gasas, material de empastes, motores de alta velocidad, instrumental más delicado y líquidos de esterilización. Por supuesto, que el lugar de almacenamiento no era una repisa ni una vitrina, sino el suelo de una loseta amplia y descuidada, posiblemente colocada hacía más de un siglo y limpiada hacía muchos años, aunque no creo que tantos.

Una vez realizada esta maniobra, Carlos dispuso a los voluntarios alrededor de él para discutir con ellos cómo querían repartir las habitaciones, si por sorteo o bien por elección. Hubo una pequeña discusión, cambio de pareceres, y al final la conclusión fue la de que cada uno eligiera a sus compañeros de habitación.

Los compañeros de la misma universidad vieron la luz ya que venían juntos, por lo que rápidamente hicieron el reparto.

Cinta me dijo de una manera arrobada:

—¿Quieres venir a mi habitación? No conozco a nadie.

La Universidad de Valencia era la única que vino en ese grupo. Si esta oferta me la hubiera hecho una chica tan guapa como Cinta en otra ocasión diferente y en otro lugar, el arrobado con seguridad hubiera sido yo.

—Me parece bien —contesté sin grandes alharacas externas, pero con una gran satisfacción interna. Me encantó esta pregunta y meses después en mi cama, cubierto de sudor, con grandes temblores y lleno de dolores y tubos, me animaba a seguir luchando contra la enfermedad. Había decidido que si tenía que luchar, sería en mi casa y si tenía que terminar la batalla, también sería en mi casa. El hospital ya había cumplido su misión.

Colocamos las cosas en la habitación, que como era tan grande sirvió también para acomodar a tres voluntarios más, dos chicas de Sevilla, Verónica y Mercedes y un chico, Juan, que era de Zaragoza pero estudiaba en Bilbao.

Dispusimos ordenadamente los colchones en el suelo y las mosquiteras, pues en la noche, el mosquito era un acompañante fijo de nuestros sueños. Cinta se colocó a mi lado, ella era siempre la que tomaba las decisiones que yo quería, pero que no me atrevía a hacer, ni tan siquiera a sugerir. Las mochilas al pie de las colchonetas, y en la cabecera, un libro para leer o una radio eran nuestros acompañantes fijos.

Los cuartos de baño eran grandes habitaciones con una ducha en el centro y demás aparatos de higiene distribuidos sin orden, y donde por turnos, repartimos horarios, así como el momento de su utilización. En la mañana, al levantarnos, no más de cinco minutos por persona. Sólo había dos cuartos de baños y éramos treinta personas encerradas en aquella casa, había que controlar la situación de la mejor forma posible.

Carlos hizo esta distribución rápidamente y de una manera efectiva. Se veía que tenía experiencia en este sencillo problema, que si no se hubiera encauzado desde el principio, hubiera significado una situación conflictiva que hubiera irrumpido en nuestra convivencia, afectándonos gravemente.

Afortunadamente, este problema se soslayó desde el comienzo, nada más llegar, que era lo correcto. Con ello se evitó una fuente de enfrentamientos y discusiones importante. Pensar en treinta personas adultas todas y deseando ducharse al mismo tiempo, era cuanto menos una semilla de peleas y de gritos.

En el patio central había unas sillas y unas tumbonas llamadas «abuelas», por ser utilizadas mayormente por este colectivo, ya que con el simple balanceo pasaban la tarde entre plática y plática. En un rincón del patio había colocada una tumbona de cordel trenzado, suspendida entres dos argollas situadas entre una pared y un árbol que había en el centro.

Cinta lo primero que hizo fue probarla, colocándose en ella con tan mala fortuna y peor conocimiento, que se le dio la vuelta y se cayó. No se hizo daño, pero su risa se oía en toda la casa y al mismo tiempo fue acompañada por varios voluntarios, que la miraban expectantes por ver cómo se manejaba. La situación fue muy cómica, pues ella con ese carácter tan alegre que tenía, la convirtió en algo chusco y simpático. Le gustaba estar balanceándose durante un rato mientras nosotros estábamos a su alrededor en animada conversación.

Así era Cinta, alegre, fresca, sincera, espontánea y sobre todo, buena. Era una chica muy buena y a mí me ayudó mucho. Lo que hubiera sido para mí, una alegría en el futuro, si yo no estuviera irremisiblemente enfermo y con un final a corto plazo.

Estaba enfrascado en estos pensamientos, cuando Nela se acercó por detrás y me dijo:

—¿Cuál es tu nombre? ¿De qué universidad eres? Si vamos a convivir tenemos que conocernos.

No tenía ganas de hablar, estaba sumamente cansado, pero no quería pecar de grosero, por lo que la contesté:

—José, de la Complutense, ya te lo dije antes.

Dos respuestas lacónicas a dos preguntas sencillas. Ella recordaba mi nombre, pero quería romper el hielo inicial. Sin embargo, que había finalizado en la Universidad Complutense no se lo había dicho.

Nela, de una manera inteligente, había elegido la habitación contigua donde estaba Carlos. Desde que salimos del autocar, no le había perdido de vista, y como una sombra, su mirada le seguía a todas partes, vislumbrando todo lo que hacía, aún a pesar de que la luz de la casa era muy tenue, y presentaba intervalos frecuentes y duraderos de corte. Cada día se interrumpía la luz a una hora diferente, lo que hacía que el trabajo fuera más lento y difícil.

Cuando entré en nuestra habitación, todos habían ya colocado sus pertenencias de una manera ordenada. Con tantas personas conviviendo en tan poco espacio, era muy importante el orden, pues el caos no nos llevaría nada más que a discusiones y enfrentamientos.

Miré uno por uno a todos los voluntarios, que en ese momento estaban presentándose, diciendo los dos tópicos de una primera conversación, como cuál era su nombre y la universidad a la que pertenecían. Cuando ya tomaban algo más de confianza, te comentaban si les había quedado alguna asignatura o si ya poseían el título y cuál era el futuro que habían pensado, si trabajar en una clínica, hacer el doctorado o una especialidad...

Muy pocos lo tenían claro. El que era hijo de profesional, parecía que pensaba en un principio, por las mañanas hacer algo en la universidad y en las tardes trabajar con su padre, pero los otros, que necesitaban trabajar ya que la economía no era su fuerte, estaban dispuestos a ir a diferentes clínicas, una en la mañana y otra en la tarde, para hacer algo de dinero, y después ya se vería. Sin embargo, en casi todos vislumbré un cierto desquite.

Esta experiencia les serviría a muchos para aclarar sus ideas y sus pasos futuros. La estancia en un proyecto de este tipo aportaba varias experiencias; la primera sería la de ayudar y apoyar a países que lo necesitaban, y para muchos era la única. Otros pensaban que además obtendrían experiencia profesional y habilidad quirúrgica, pero ninguno se imaginaba que habría un antes y un después de este proyecto.

Los voluntarios aprendían a convivir juntos, a disentir y a compartir la solidaridad de unos con otros y con las personas de este país. Pero ninguno se daría cuenta que una ventaja positiva era que los voluntarios aprendían a no mirarse el ombligo a cada momento, y que no eran el centro del mundo, sino una parte del mismo. Al final, todos somos ciudadanos del mundo y este aprendizaje era especialmente positivo para los nacionalistas, que se creen que son el centro y todo lo demás es lo periférico.

Lástima que estos aspectos positivos no los pudiera aprovechar. Yo era mucho más maduro que el resto de los voluntarios, pues desde siempre fui una persona con un grado de madurez que la enfermedad me había acrecentado en estas últimas semanas.

Todos, incluso yo mismo, tuvimos un antes y un después de ir al proyecto. Pero yo no lo percibiría nunca, no tenía tiempo de ello. Era lo único que me faltaba, el tiempo. Me sobraba el dinero y el conocimiento, había leído mucho en los años de la universidad y eso me había servido para obtener una pátina de cultura y esplendor en mi conversación, lo que últimamente se estaba agotando, ya que ni de ésta tenía ganas. Por ello contestaba de una manera lacónica y con monosílabos.

Éstos eran ahora mis pensamientos, cubierto de sudor y conectado con varios tubos mientras luchaba con el cáncer, que ya había avanzado lo suficiente para debilitarme. ¿Dónde estaría Cinta en este momento? ¿En qué o en quién estaría pensando? Fueron una semanas muy bonitas. Ella se dedicó a hacerme feliz en cada pequeña cosa, esas pequeñas cosas que hacen la felicidad; era lo que ella se proponía cuando estaba a mi lado, que era a todas horas. Me acordaba ahora cuando se cayó de la hamaca y de la cara de sorpresa que puso al principio para acabar en una risa estridente. Pasaba por mi pensamiento, uno por uno, la moviola del proyecto, desde que llegamos al aeropuerto, cuando me ayudó a transportar la maleta, la subida al autobús e incluso cuando me preguntó con timidez y sonrojo que si dormíamos en la misma habitación. Ahora todo

era recuerdo y sensaciones pasadas, y yo era como un viejo en el que pesan más los recuerdos que los deseos de futuro. En eso sí que se parecen los viejos y los muy enfermos, en que los recuerdos se sobreponen a las ilusiones. Yo no podía tener ilusión. El tiempo se me escapaba de las manos. Era como cuando de pequeño en la playa tomaba un puñado de arena y lo dejaba resbalar lentamente en mi mano. Al final no había ningún grano de arena. Estaba vacía. Esa era la sensación que tenía ahora que me dejaba un sabor amargo de pesimismo y desilusión.

¿Cómo hubiera sido mi futuro al lado de Cinta? La experiencia con ella en Nicaragua fue lo más gratificante que ocurrió en mi vida, por eso yo también fui otro hombre diferente antes y después. Yo tenía también mi historia y ésta cambió en estas semanas. «El único problema —pensaba agriamente— era que este cambio no iba a tener oportunidad de experimentarlo». Nadie se daría cuenta del mismo, pues me faltarían oportunidades de manifestarlo.

Cuando pienso en ella, me invade una sensación de ternura inmensa, aún a pesar que sabía a ciencia cierta que dentro de unos años esta experiencia para ella, con todo lo bella que fue, sería eso, una experiencia y yo para entonces ya llevaría años bajo tierra. Cerré los ojos y lloré como un niño. Alguien entró en la habitación miró el suero de mi antebrazo e introdujo un líquido, un analgésico y un sedante, pensé yo, y me dormí. Cuando desperté a media noche, la habitación era una penumbra inmensa, de luz mortecina, cuyas sombras de la cama en la pared eran fantasmagóricas y preludio de lo que se avecinaba.

En un duermevela pensaba en Cinta cuando aquel día que me encontraba mal y vomité la poca comida que había ingerido; me dio la mano en un movimiento maternal y de cariño, y me besó en la mejilla con un beso inmenso e intenso, un beso centelleante, que en aquel momento me pareció el viento del desierto que te invade el cuerpo y te transporta a otro lugar. En aquella circunstancia levité con mi pensamiento a pesar del mal cuerpo que tenía. Sentía lo que era la plenitud del amor, sin haberse consumado físicamente, aunque ésta era una manera diferente

de sentirlo y ahora, cuando lo recordaba, una nostalgia me invadió y al mismo tiempo, una lágrima rodó por mi mejilla. Mis ojos se cerraron y dormí hasta la madrugada.

Los voluntarios salieron después de colocar sus cosas para intentar tomar algo antes de acostarse, ya que afortunadamente al día siguiente era domingo y no había que trabajar. Esto estuvo bien pensado: tener un día de asueto para tomar conciencia de la situación y podernos aclimatar a las nuevas circunstancias.

Cinta preguntó:

—¿Quieres que tomemos algo?

—Lo que tú desees, por mí no hay problema, aunque puedes irte con el grupo —le dije de una manera poco afable.

Ella, sin darse por aludida, añadió:

—Yo quiero quedarme contigo si así lo desees, tanto si quieres que nos quedemos en la casa como que vayamos a tomar un bocadillo.

Esta situación me puso nervioso y decidí que debíamos ir con el resto del grupo a cenar o al menos tomar algo, ya que llevábamos mucho tiempo sin hacerlo.

—Vamos entonces con ellos y así conocemos esta parte de la ciudad —dije.

Salimos despacio, uno al lado del otro, ella mirándome con interrogación, tratando de escudriñar en mi interior y yo indiferente, tratando de defenderme de lo que creía era un ataque a mi intimidad. Más tarde, comprendí lo equivocado que estaba, y cuánto me arrepentí de aquellos primeros días en que no hacía otra cosa que practicar la defensa, como si de una partida de ajedrez se tratara.

El primer día

Aquella noche regresamos rápido, ya que todos estábamos cansados, no era yo el único que lo estaba. Esto en sí mismo fue un pequeño consuelo para mí, que pensé que al menos si mis defensas estaban bajas, las de los demás tampoco eran excesivamente muy fuertes. Claro, que era el clásico y manido «mal de muchos, consuelo de tontos».

Dormimos bien y de un tirón. Sólo una vez que me desperté en las altas horas de la madrugada, observé los grandes ojos oscuros de Cinta clavados en mí. Me impresionó y seguí durmiendo. Al día siguiente, ella me dijo que no se había despertado en toda la noche, mentira piadosa, pensé que no quería reconocer, que estaba preocupada por mí. Creo que en aquel momento ella tenía la sensación de que algo iba mal, pero no lo podía comprender plenamente. No podía imaginarse cuál era la verdadera situación de mi salud y el poco tiempo que me quedaba.

Sin embargo, desde aquella primera noche junto a mí, la encontré más solícita si cabe y más preocupada por mis actuaciones. Si comía poco, me preguntaba que por qué no tenía hambre, si me cansaba, ¿qué era lo que me pasaba? Si en una excursión me quedaba rezagado, ella venía hacia mí, atenta por si tenía que ayudarme.

Nunca supo nada de lo mío y yo no se lo dije, al menos con palabras, aunque con hechos tuvo muchas razones para comprender la situación, y aunque no podía darle apellido diagnóstico, al menos sí preveía una aproximación pronostica de gravedad. Ella intuyó desde el primer momento lo que me pasaba y la

magnitud del problema, por lo que siempre me estaba mirando y clavando aquellos ojos negros y grandes, que aún en la cama sudoroso y doloroso recuerdo con amargura, y al mismo tiempo, con ternura por lo mucho que me dio.

Repasaba en este momento aquel primer despertar en que ella puso una mano en mi hombro y me preguntó:

—¿Qué tal descansaste?

—Bien —le contesté—. ¿Y tú?

Sonriendo, me dijo que muy bien, que no se había despertado en toda la noche. Nunca quiso reconocer que mientras durmió a mi lado en esas semanas, siempre que me despertaba; sus grandes ojos negros estaban clavados en mi alma.

Estuve pensando esto durante muchos minutos y volví a dormir. Era el efecto del somnífero que la enfermera contratada en mi casa para estos efectos inyectaba a cada poco en el suero. Supongo que junto con el somnífero iba el analgésico para evitar mis dolores. Todo era un conjunto de entradas y salidas de la habitación, acompañado de medicamentos, agujas y sueros que dibujaban una escena lóbrega, hierática y mortecina.

Cinta de un salto se levantó de la colchoneta, como si fuera tarde, y no eran más de las seis. Amanecía muy pronto y la luz inundaba la casa, impregnando con su intensidad las habitaciones, lo que nos despertó a todos y este hecho lo observé día tras día, que se presentaba como un reloj, diciéndonos la hora de comenzar el trabajo.

Al otro lado de mi colchón, Verónica, Mercedes y Juan se des-perezaban lentamente en el comienzo del día. Ya sentados en la colchoneta, todos coincidieron en que a pesar de las incomodidades, la noche había sido muy buena y ninguno se había despertado. Cinta corroboró nuevamente esto, como intentando dejarme claro que su dormir había sido intenso. Yo supe que nunca en todo ese tiempo tuvo un dormir completo. Estuvo de

vigilia muchas veces. Ella siempre lo negó. Una prueba más que en todo momento supo o sospechó algo. Ésta fue la razón por la que en este tiempo fue mi sombra.

Por turnos entramos en la ducha, y tras el aseo diario y con pantalones cortos y amplias blusas, salimos a la calle. Era un día intenso, ya que se notaba el calor a estas horas impregnado con una característica que no había experimentado anteriormente, que era la humedad.

Cinta me dio la mano para salir de la casa y tuve una sensación de quinceañero indescriptible. Miré a otro lado para que no se diera cuenta de mi sonrojo y le sonreí, pues fue lo primero que se me ocurrió. Ella, mucho tiempo después, me lo escribió en una carta, la última que recibí ya en Madrid, con toda la enfermedad en su auténtico apogeo y con ese enfrentamiento personal, que cada uno tenemos frente a la muerte. Una carta en la que me recordaba la cita que muy poco tiempo después tendríamos.

La casa estaba situada cercana a la Catedral, por detrás de ella y muy cerca de la clínica que teníamos en Caritas. Era una comodidad tener la casa tan cercana, pues al mediodía que cerrábamos la clínica, íbamos a tomar algo y a descansar un rato un par de horas, ya que las mañanas eran agotadoras. Lo eran para todos y no sólo para mí.

Unos chiquillos que no tenían más de diez años se acercaron a vendernos unos chicles por unos córdobas, la moneda local que cambiamos en el aeropuerto, aunque nos dijeron que a unas cuadras, los coyotes a partir de las siete de la mañana, excepto domingos, hacían un buen cambio y que nunca te engañaban. Hoy por lo tanto no podríamos cambiar. Afortunadamente, Cinta había cambiado cincuenta dólares en el aeropuerto y me ofreció su dinero.

Caminamos un par de cuadras y le preguntamos a una señora que tenía un puesto en la plaza, dónde se podía tomar algo y nos indicó un café dos cuadras al Norte.

La plaza era cuadrada, inmensa con la Catedral a un lado y el clásico templete en el centro, donde a ratos, la música atronaba

y amenizaba la monotonía de los días. Se trata del parque Central, el centro neurálgico de la ciudad, alrededor del cual se encuentran los edificios más importantes de la ciudad y el lugar de encuentro de múltiples citas sociales que se desarrollan a todas horas. Muy cerca de esta plaza se encuentran varias iglesias y el mercado municipal, donde es posible encontrar todos los días fruta fresca y verduras, carne, queso y pescados del lago Cocibolca a buen precio. En cada esquina de las calles que rodean esta plaza se pueden ver diferentes casas coloniales, con balcones típicos, algunos de ellos recién remodelados. En las casonas de Granada, existen grandes patios donde los granadinos traen sus sillas y se sientan a conversar, a merced del aire fresco de la noche y al vaivén de las mecedoras. Así transcurre el tiempo, entre naderías y reflexiones sobre la vida.

La catedral reconstruida era de 1880, aunque fue terminada en 1905, ya que la original se incendió en 1856. Su estilo ecléctico, con una cúpula renacentista y arcos ojivales de medio punto, denotaba una majestuosidad propia de la época.

A un lado de la plaza estaba un carismático hotel, La Alhambra, de tipo colonial, lleno de turistas que entraban y salían con mochilas y pertrechos, para las excursiones. En la puerta, un vigilante saludaba a todos los que pasaban por ella y de una manera solícita, metía y sacaba maletas de los pequeños autocares para turistas que estaban aparcados en la puerta. Un personaje característico que completaba la estampa era un hombre de unos cincuenta años, que con un paño al hombro y un balde de agua en la mano, se dedicaba a lavar los coches de los turistas que estaban aparcados en la puerta del hotel. Un coche de una persona a quien le faltaban las dos piernas se dedicaba a ir de un lado a otro en la puerta del hotel, buscando alguna propina de los turistas, con quienes comentaba el buen tiempo que hacía o si estaba amenazando lluvia. Con esto parecía que justificaba las monedas que recibía.

Al lado de la Catedral comienza la calle de la Calzada, con sus característicos edificios coloniales y que acaba muriendo

en el lago Cocibolca, con un malecón recién restaurado y lugar de paseos en los fines de semana. Durante muchos días, este lugar fue centro de nuestras visitas y donde Cinta y yo paseamos nuestro amor al atardecer, con la luna como testigo y las estrellas como jueces.

La ciudad de Granada adquirió mucha importancia cuando su urbe gemela y segunda del país, León, fue destruida en el año 1610 por un terremoto causado por la erupción del volcán Monotombo. Por todo ello, esta ciudad tuvo mucho auge comercial, en especial con el tabaco y el cacao, con lugares como Cartagena y países como Guatemala, el Salvador, Panamá y el Perú. La ruta fluvial hacia el océano Atlántico selló el destino de Granada como ciudad importante, que la dotó de un gran esplendor. Sin embargo, el incremento del comercio por la ruta del Gran Lago y del Río San Juan, así como las rivalidades entre España, Inglaterra, Holanda y Francia, hicieron de Granada una víctima de los ataques de piratas, que devastaron la ciudad. En 1665, un pirata famoso, Jean David, de Jamaica, ataca la ciudad y la saquea sin prácticamente encontrar resistencia. Pero no fue el único, ya que cinco años más tarde, el pirata Gallardito ataca nuevamente Granada, burlando las defensas españolas. Por todo ello, las autoridades militares y civiles mandaron construir el Castillo de la Inmaculada Concepción en el Río San Juan en el año 1675, lo que no fue obstáculo para que el pirata francés William Walter Damper, incendiara de nuevo la ciudad en 1685.

Los terremotos continuos elevaron el cauce del río San Juan, por lo que se interrumpieron las comunicaciones entre el lago Cocibolca y el océano Atlántico, causando importantes daños a la economía de Granada. Pero los desastres de esta ciudad no sólo fueron naturales, sino que el hombre se unió a la destrucción, y en 1854 hubo una guerra civil con la ciudad de León. Los soldados de esta última ciudad asediaron Granada durante nueve meses, siendo Fruto Chamorro quien la liberó, aunque la guerra civil duró tres años más. Así continuaron los desastres, entre los enfrentamientos civiles, los derivados del colonialismo y los de

los filibusteros, que sistemáticamente atacaban la ciudad. Ha sido reconstruida en multitud de ocasiones y así ha llegado hasta nuestros días, que en el año 1995 fue nombrada patrimonio histórico y cultural de Nicaragua.

Pasamos por delante del hotel y doblamos en la esquina, caminando en la dirección que nos había indicado la mujer de la plaza y tres cuadras más allá, en frente de una iglesia, encontramos un puesto de fruta, en el que una mujer indefinida por sus años, allí era muy difícil por no decir imposible catalogar una edad para las personas, preparaba en pequeñas bolsas de plástico diferentes tipos de fruta al precio de seis córdobas unidad. Compramos dos para cada uno, en particular de piña, que era la fruta que más me gustaba. Parece que a Cinta le ocurría lo mismo. Estas pequeñas cosas nos unieron cada vez más. Y aunque por poco tiempo, fue intensa esta unión espiritual.

Nos sentamos en los escalones de la plazoleta frontal de la iglesia y allí lentamente tomamos la fruta, mirándonos a los ojos, que ella seguía clavando en mí, tanto despierta como dormida.

Pensaba en esto, ahora que me había despertado al entrar alguien en la habitación. Era mi padre que venía a ver cómo había descansado y cómo me encontraba. Algo decía sobre mi buen aspecto y lo que había mejorado desde el día anterior. Dijo más cosas que no me podía creer, aunque eso sí, yo afirmaba con la cabeza estar de acuerdo con sus apreciaciones. Eso parece que le tranquilizó y salió de la habitación, para dejarme descansar.

Y nosotros, Cinta y yo seguíamos allí, en la escalera tomando la fruta fresca recién cortada en la mañana de un domingo cualquiera de un mes de julio, de un año cualquiera, para mí, el último de mi vida.

Dimos un gran paseo por la ciudad, admirando las distintas iglesias que la jalonan a cada trecho. La iglesia de la Merced,

típicamente colonial con una fachada barroca, ocupa un área que antes era de los Mercedarios y que fue demolida en la guerra civil de 1854 y también incendiada por las huestes del pirata William Walter. Caminamos por delante de la iglesia de Jalteva, que toma su nombre por el asentamiento indígena donde fue construida, siendo una de las primeras iglesias que los españoles erigieron a su llegada y alrededor de la cual se edificó la ciudad. Frente a ella se encuentra el parque de Xalteva.

Muy cerca del mismo se encuentra el convento de San Francisco, uno de los más emblemáticos lugares de Granada. Fue fundado por Fray Toribio Benavente Motolina en el año 1529, siendo famoso porque en él predicó Fray Bartolomé de las Casas cuando era convento de la orden de los franciscanos. En el año 1835, funcionó como universidad, pero no es hasta el año 1980 cuando se construye el cobertizo que protege una colección interesante de Squier—Zapatera y el museo arqueológico de la ciudad de Granada. Las riquezas arquitectónicas que hay en las diferentes salas son importantes, ya que se reconstruyen periodos de la vida de los indígenas antes de Colón. Mención especial merece la sala de las estatuas encontradas en la isla Zapatera, en las poblaciones precolombinas entre 800 y 1200 d.C. Una sala importante es aquella donde se muestran estatuas de madera de estilo religioso, con una bonita decoración y pintura regaladas por los Reyes de España a las autoridades religiosas de la época. De nuestros días es de remarcar la sala dedicada a la pintura *naif* de la isla de Solentiname, donde los artistas nicaragüenses de nuestra época han pintado durante muchos años en un ambiente artístico y cultural, desarrollado en buena medida por Ernesto Cardenal, gran poeta nicaragüense.

La última iglesia que visitamos aquella mañana fue la de Guadalupe, construida entre 1624 y 1626 por Fray Benito de Baltodano, aunque fue reconstruida después de un incendio. Se encuentra en la calle de la Calzada, en su parte derecha, según se baja al lago Cocibolca, ocupando una posición estratégica en la época de la colonia, ya que está a la entrada de la ciudad por la parte del lago,

con lo que su valor de iglesia fortaleza aumentó su importancia defensiva, aunque también estuvo más expuesta a los saqueos y destrucciones de los piratas y filibusteros, que llegaban a la ciudad por la vía del lago.

Nuestro paseo antes de regresar a la plaza Central acabó en el palacio Episcopal, construido en el año 1913 y de estilo neoclásico, que es la residencia del obispo de la ciudad. Fue un lugar de paso para todos nosotros en las idas y venidas que todos los días hacíamos repetidamente. Era obligado pasar por delante de su fachada, ya que se encuentra en un lugar estratégico de nuestros paseos, por lo que fue testigo mudo de nuestros arrumacos.

Al acabar, regresamos a la plaza y allí tomamos un café caliente de puchero que una señora preparaba y vendía por unos cuantos córdobas. Al observar que en la Catedral entraba y salía gente, nos encaminamos a su interior. Era la misa de las siete de la mañana. Todo el mundo estaba con un recogimiento especialmente intenso, y a pesar de ser una hora intempestiva, estaba muy llena.

Era una Catedral de tres naves: una central y dos laterales, todas inmensas, de un tamaño especialmente grande. Al fondo, el altar mayor, barroco y amplio, donde el sacerdote oficiaba la misa en ese momento. A pesar de la hora intempestiva, había bastante gente; medio llena, podríamos decir en el argot taurino.

Cinta me preguntó:

—¿Quieres que nos quedemos?

—Sí, me agradaría mucho —le dije con una sonrisa que aflo-
ró a mis labios espontáneamente.

Ella me tomó de la mano y me llevó a unos bancos situados en la parte media de la Catedral. Allí, con recogimiento y pensando uno en el otro, rezamos. Ignoro cuáles fueron sus intenciones, aunque las mías sí que estaban claras, sabiendo que no tenía remedio, sólo deseaba no tener dolores y no hacer sufrir a las personas que me querían: mis padres y hermanos, y ahora había entrado en mi vida de una manera desafortunada una chica llamada Cinta que me había impregnado y al mismo

tiempo transmitido, una ternura y un cariño, que nunca antes había experimentado.

Ella comulgó y en silencio se recogió junto a mí. Sus rezos no tendrían oídos en Dios; estaba predestinado y sólo un milagro podría salvarme y éste no sería posible. Sin embargo, entendí que ella estaba pidiendo por mí y en mi interior, mi agradecimiento era infinito, a pesar de ser baldío. En un momento, con la mano me apretó el antebrazo. Una emoción recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Ahora en la cama, pensaba en esta misa y en sus rezos, y en lo poco que había escuchado Dios sus plegarias, al menos eso es lo que pensaba. Mi fe estaba cuarteándose conforme pasaban los días. No podía comprender cómo mi vida tan intensa y plena tenía que ser cortada tajantemente y de una manera tan atroz. Era como cuando un jardinero corta con las tijeras de podar la raíz de una rosa floreciente y en plena expansión.

Salimos de la iglesia a la calle, donde ya por la hora se iba llenando la plaza de gente, y Cinta se acercó y me dio la mano. Yo entrecrucé mis dedos con los suyos y una honda sensación nos traspasó a ambos. No rechacé su mano, pues en mi interior se lo agradecí profundamente. Así, de la mano, fuimos a la casa y justo en la esquina de la calle, ella la retiró como si le diera vergüenza que los demás le vieran de esta manera.

—¿Quieres descansar un rato? —me preguntó con una sonrisa amplia, como si de esta manera me pidiera perdón por retirarme la mano.

—Me parece bien, pero sólo un rato.

Cuando entramos en la casa, todos los voluntarios estaban haciendo planes para el día. Cada uno tenía una opinión, pero al final se impuso la de Carlos, que tajantemente terminó la discusión con su voz de mando.

—Iremos todos a la laguna de Apoyo —dijo escuetamente mostrando su experiencia y conocimiento.

Para todos los voluntarios, esta propuesta era una incógnita, pues nadie sabía lo que era la laguna de Apoyo, excepto él, que era el tercer año que acudía a este proyecto.

En pocas palabras, nos explicó era un lugar en el que podíamos bañarnos y pasar el día comiendo, pues había un restaurante donde se servían camarones y arroz con frijoles.

Durante un rato nos estuvo dando explicaciones sobre esta laguna, que era la más grande de todas las que había en Nicaragua y que su nombre era *Altpoyec*, agua salobre, y que alberga gran cantidad de especies animales y vegetales. Su diámetro, añadía, era de seis kilómetros y de forma circular, con un origen volcánico de la roca que la rodea. Parece, nos explicaba, era un cráter extinguido desde hacía millares de años y que se llenó por las lluvias, con lo que se formó el lago volcánico de Nicaragua. El baño sería muy agradable, ya que sus aguas cristalinas tienen una profundidad de doscientos metros, y un baño en ellas nos estimularía durante todo el día.

Necesitábamos ir en autocar, para lo que dio órdenes a Edgar, un joven que la Organización contrataba para ayudarnos en los problemas locales de intendencia, transporte y mantenimiento de la casa. Siempre que salíamos, se quedaba guardando la casa, procurando que nadie entrara en ella sin permiso. Era un fiel guardián, claro que a su manera, pues aprovechaba todo el día para hacer sus negocios particulares.

Las órdenes fueron claras, como las que daba Carlos siempre:

—Vete al autocar y dile que le queremos contratar para todo el día y que nos tiene que llevar a la laguna y después al mirador de Santa Catalina. Que calcule que el regreso será sobre las seis de la tarde.

Mientras, Edgar hacía el mandado, y era de pensar que le llevaría tiempo, no sólo por la gran parsimonia que los *nicas* imponen a sus hábitos y actitudes, sino también por su poderosa humanidad, que le impedía sus movimientos de una manera

rápida y eficaz. Por ello pensé que tendría tiempo de dar una cabezada antes de partir para la excursión, y así fue la propuesta de Cinta, que parecía que leía mis pensamientos y me hizo la misma reflexión: que estaba algo cansada y quería descansar un poco antes de salir para la laguna.

Ahora pensaba que ella no estaba cansada, sino que lo dijo para apoyarme y de esta manera no me encontrara incómodo. Una sudoración intensa me invadió, y unas lágrimas corrieron por mis mejillas. Estaba impotente en esta cama, postrado durante todo el día y sin posibilidades de recuperación, que era lo peor que tenía que soportar. No había una luz al final de este túnel o si acaso, la única luz que vería, sería la de la muerte, que venía a buscarme con lentitud y parsimonia, pero con toda seguridad, en un plazo corto de días.

Estaba durmiendo o quizás en un duermevela, cuando la dulce voz de Cinta me susurró al oído.

—¿Cómo te encuentras?

—Cómo quieres que me encuentre —le dije—, si no hemos hecho nada desde que nos hemos levantado.

—Pues has dormido una hora —me contestó dulcemente—, aunque yo también lo hice —añadió como si se hubiera arrepentido de la pregunta que me hizo.

Permanecimos un buen rato sin decirnos nada, mirándonos a los ojos con ternura. Esos ojos grandes y negros que tenía clavados en mi alma desde que la conocí, en el aeropuerto sandino. De pronto y súbitamente, se levantó y acercándose, me dio un beso en la mejilla al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Arriba holgazán, ponte el bañador que nos vamos!

Levanté la mano en la que no tenía colocados los tubos y me acaricié la mejilla donde Cinta depositó ese beso tan espiritual que

hizo que en ese momento me encontrase formando un solo cuerpo con ella. Aquel beso me acompañó todo el tiempo, desde que regresamos del proyecto, hasta este momento, en que estaba en el lecho del dolor. Su solo recuerdo me hacía más desgraciado, sabiendo que nunca más volvería a repetirse. Volví a cerrar los ojos y caí en un profundo letargo.

El beso me distrajo un momento y a la vez me sonrojé nuevamente. Ella, azorada también por la improvisación de la situación, me miró a los ojos y sonrió.

—No me digas que no te ha gustado el despertar —me preguntó ya sin arrobo, pues parecía que conforme pasaba el tiempo, estaba perdiendo la timidez.

—Pues qué quieres que te diga, ha sido estimulante —le contesté, y añadí—, parece que con este calor, un refresco viene bien a estas horas.

Le hizo gracia esta respuesta y sonrió ampliamente. A mí no se me ocurrió otra cosa para disimular mi timidez.

Ya los voluntarios empezaron a ponerse en marcha, a colocar sus mochilas con bañadores, sandalias, y demás utensilios. Carlos repetía sin cesar que había que llevar las cremas para el sol y para los mosquitos. Que a nadie se le olvidara. Pasados unos breves minutos del beso que marcó un capítulo importante en nuestras vidas, llegó el autocar y todos ordenadamente subimos y nos colocamos según nuestras inclinaciones. Observé a Nela, que se situó sin ningún disimulo junto a Carlos. De pronto, él se levantó y vino a sentarse junto a Cinta, al otro lado del autobús.

Yo observaba todos estos movimientos, ya que siempre había tenido una cualidad interesante: la de tener dotes de observación. Todas estas circunstancias no me pasaban desapercibidas, por lo que parecía un espectador de la vida viendo el teatro que ante mí se representaba. Sin embargo, algunas escenas de esta gran obra del teatro de la vida no me gustaban, y esta escena de ahora en

particular de Carlos, sentándose al lado de Cinta al otro lado del autocar, especialmente me disgustó.

¿Es que estaba celoso de una chica que acababa de conocer? Además, ¿qué futuro le podría dar yo? Sabía las dos respuestas, pero esta escena me desagradó mucho. Pensaba en que Carlos iba detrás de Cinta y yo, con mi enfermedad, no tenía ganas de luchar ni de enfrentarme con nada ni con nadie. Además, tenía la partida perdida de entrada. Pero, ¿para qué me iba a servir ganar esta partida? ¿De verdad que no iba a ser capaz de defender mi terreno y mi espacio? Para una vez en la vida que sentía algo diferente, ¿no iba a plantar cara? Estas eran las preguntas que me hacía sin parar.

Pero bueno, en qué estaba pensando, si tan siquiera fue un simple movimiento de asientos en el autocar. La cosa no merecía otra consideración y mientras pensaba esto, al mismo tiempo, mi corazón se envolvía de una capa de amargor y desilusión. No tenía confianza en mí mismo, ya que me fallaban las fuerzas para defender mis posiciones.

Sin embargo, esto eran disquisiciones que me hacía una y otra vez sin base real de la situación, pero en el estado en que me encontraba, cualquier pequeño cambio de situación era definitivo y un atisbo de mirada o sonrisa fuera de lugar era una sensación de minusvalía e impotencia para mí. La realidad era que mi autoestima estaba bajo mínimos y todo me parecía negativo y en mi contra.

Ahora en la cama, postrado y sin remedio, pensaba en que siempre sería mejor para Cinta enamorarse de Carlos, que sí que sería capaz de hacerla feliz, que hacerlo de mí, que no tenía futuro y no era nada más que una letra a corto plazo. Me alegro que no hubiera tomado posición en aquella situación, pues era quitar posibilidades a Cinta en su futuro.

Nela mientras tanto observaba la jugada como yo, aunque con toda seguridad, sus pensamientos eran totalmente diferentes. Ella quería hacer Periodoncia y Carlos era especialista en Cirugía Bucal, por lo que pensaba que una clínica entre los dos sería una buena opción.

—Carlos —le dijo de repente—, ¿has traído el bañador? Si quieres te echo una carrera a *crawl*.

—No sabes lo que dices Nela, soy campeón de Castilla en esta variedad —le contestó Carlos con ironía.

—Bien, ya lo veremos después.

Nela no sabía cómo tener protagonismo con Carlos y que él le dirigiera tan solo algunas palabras, una sola mirada, con eso se conformaba. Sólo quería tener conversación con él y que se fijara en ella. Era llamar la atención fuera como fuera.

Los demás se habían acomodado en la parte trasera del autocar y comenzaron a cantar canciones regionales. A mí eso sí que me gustaba, que cada uno amase su lugar de nacimiento. Esa pequeña ciudad o pueblo, que siempre tenía un sitio en el corazón de cada uno, era una maravilla, pero de eso a pasar al concepto de nacionalismo desbocado, que no conducía a nada, había un abismo. Era una idea nihilista. No podía comprender cómo los pueblos y las autonomías se dedicaban a luchas entre sí, defendiendo su río, su agua, sus montañas, como si esto se pudiera blindar. El río y las montañas eran de todos, y lo mismo que no es posible poner puertas al campo, tampoco es posible poner límites a la naturaleza que nos rodea.

No podemos blindar la cultura de las gentes, ni su inteligencia, ni su educación. Todas ellas son características de las personas que conforman un pueblo, pues al fin y al cabo somos ciudadanos del mundo. Eso es lo verdaderamente importante.

Estas ideas nacionalistas siempre me habían parecido una majadería, y ahora más que nunca, cuando estoy luchando con la vida y la muerte y pensando en cómo se puede defender estos conceptos, cuando hay tantas cosas por las que la lucha sí que tiene sentido, como la injusticia, el hambre, la salud, la educación

y tantas y tantas otras. El cáncer, sin ir más lejos. Sobre todas ellas, el amor y el deseo de ayudar

Para eso fui los últimos meses de mi vida y mi postración actual no tendría el sentido que ahora tiene si no hubiera pasado esta etapa de mi vida. Era otra persona antes y después de mi estancia en el proyecto, aún a pesar de la enfermedad y del final que me esperaba.

Si no hubiera tomado esta decisión, creo que mis últimos días hubieran sido diferentes, independientemente del dolor que me embargaba por no haber querido o sabido explicar a Cinta la cruda realidad. Ella se despidió con la promesa de vernos a la semana siguiente en Madrid, en la plaza de Oriente, en frente del palacio Real y de la Almudena. Allí la acompañaría a misa y después tomaríamos el aperitivo en un café al que solía ir de joven algunos sábados y domingos en primavera y verano. Pero ella sabía que yo no acudiría a la cita y yo estaba seguro que ella tampoco. Lo intuía por la enfermedad que sospechaba, y yo pensaba que a lo mejor todo había sido una nube de verano, un amor del momento y de las circunstancias. Quería engañarme, no quería enfrentarme a la realidad que estaba clara. Ella estaba enamorada de mí intensamente, sabiendo que yo no duraría mucho tiempo y decidió no acudir a la cita, no quería prolongar su sufrimiento dejando que yo explicara su ausencia como una nube de verano, en el caso de que yo hubiera decidido acudir.

Pero, ¿y si ella en verdad acudía a la cita? Pues no sería problema, ya que se llevaría la idea de que lo mío fue provisional y su dolor sería siempre más llevadero. En mi fuero interno no sabía qué es lo que de verdad ocurrió ayer domingo, el día de la cita. Y tampoco sabía qué era lo mejor que hubiera ocurrido: el que acudiese y no verme, o que ella no hubiera acudido y se quedara con la incógnita de si yo había ido a la cita.

Cualquiera de las dos posibilidades eran malas y ninguna me convencía más que la otra, pero entre las dos, siempre prefería la

primera. Los dos podíamos tener la posibilidad de recordar esto como algo pasajero y volátil, por lo que el dolor siempre sería menor. La segunda posibilidad entrañaría más dolor para ella o quizás tampoco, pues pensaría que yo no iba a ir a la cita y por eso ella tampoco asistiría.

Estuve un buen rato en estas disquisiciones, y cuando acabé con ellas, me acordé de esos versos de Miguel Hernández que dicen «*muchos tragos tiene la vida, un solo trago la muerte*». En este trago estaba, cuando la enfermera entró para aplicarme la consabida dosis de analgésicos y sedantes. Entré en un profundo sueño.

El autocar ahora estaba en marcha a través de un camino que conducía a la laguna de Apoyo. Un bello paraje cuya estrecha carretera iba descendiendo lentamente durante unos pocos kilómetros hasta llegar a la orilla de la laguna, donde teníamos la posibilidad de bañarnos. Para descender hasta la linde de la laguna, había que pasar por un restaurante, que preparaba comidas y bebidas a los que allí estábamos.

En el trayecto hasta este lugar, que podría definir sin exagerar como paradisíaco, Cinta me rozó varias veces la mano y algunas de ellas, la apretó con fuerza. Yo me dejé llevar, ya que estos cariños me hacían feliz y me daban ímpetu para luchar más aún, a sabiendas que esta lucha estaba perdida. Hablaba poco pero me sonreía, y sobretodo me clavaba sus grandes ojos negros, que yo sentía como espinas ardorosas en mi corazón. Esa sonrisa y esos ojos me acompañaron en mi postrer camino.

Nela y Carlos conversaban alegremente, mientras de cuando en cuando, éste lanzaba algunas miradas a Cinta. Me percataba de ellas y en el fondo me molestaba intensamente, pero no podía hacer otra cosa. Ahora, rememorando la situación y en un breve despertar al amanecer, pensé en lo egoístamente que actué, ya que debería haber dejado que la relación de Cinta y Carlos hubiera prosperado, pues tendría un final más alegre o al menos más positivo que conmigo. Lo que pasara entre nosotros, en aquel

momento no quería darme cuenta, era baldío y aunque me estimulaba y alegraba, era al mismo tiempo un acto de egoísmo por mi parte, ya que regando nuestra relación con sentimientos, yo sabía que al final conduciría a que Cinta sufriera. Con Carlos esto nunca ocurriría. Al fin y al cabo, estaba regando una planta que se comería a Cinta. Recuerdo que estos pensamientos los deseché rápidamente ya que no me convenían. Sólo me interesó la parte que a la corta me alegraba, y Cinta para mí era un encanto.

Llegamos al final del trayecto y bajamos del autocar en dirección a la orilla de la laguna, donde colocamos la ropa y nos preparamos para un baño. Carlos, como jefe del grupo, contrató una comida para todos a las tres horas de la llegada.

—Creo que las dos de la tarde es una buena hora de comida, ¿no os parece? —gritaba por doquier a todo el grupo, que ya se había desparramado y dispuesto al chapuzón obligatorio.

Las chicas, todas con bikini, delgadas y de buen tipo, se lanzaron rápidamente al agua y Cinta y yo nos quedamos mirando fijamente el horizonte al mismo tiempo que nos preparábamos para el baño. Me dio la mano o se la di yo, no recuerdo, y nos introdujimos lentamente, ya que en el fondo había piedras y caminar se hacía difícil. Conforme nos sumergíamos, observaba a Cinta y su maravillosa figura en bikini, de un color rosa intenso, que contrastaba con el azul de las aguas. Ella sí que se percató de mis miradas, pero no le dio importancia, y con un golpe seco, me empujó directamente al agua y se lanzó detrás de mí.

Nadamos unas brazadas hasta no hacer pie y allí se agarró a mi cuello y me plantó dos besos que me hicieron ver las estrellas en un cielo intensamente azul. Chapoteamos, nos abrazamos, nos besamos, no recuerdo cuánto tiempo, pero creo que fue lo más maravilloso que me ocurrió desde que en el aeropuerto Sandino se acercó a mí y me dijo: «¿te ayudo con la maleta?».

Éste fue un lindo recuerdo en mi lecho de muerte. Me iba a ir al otro mundo con la sonrisa en los labios y con la mirada en la distancia de esa laguna de Apoyo, que haciendo honor a su nombre, lo fue para mí, un efectivo apoyo en aquellas circunstancias mías.

Había surgido el amor repentinamente y todos se dieron cuenta, en especial Carlos, que en toda la comida estuvo de bastante mal carácter y protestando por todo. Nela trataba de calmarle y le propuso después de la comida hacer una carrera hasta una baliza que veíamos. Llegar a la baliza y dar la vuelta.

—El que pierda invita al otro a la comida, ¿vale?

Carlos, de mala gana, se lanzó al agua y esperó que a su vez lo hiciera Nela. Los dos empezaron con empuje y buen ritmo, pero al dar la vuelta a la baliza, Carlos se despegó un cuerpo de Nela y nadó con más fuerza; no quería en su orgullo de macho ibérico ser destronado por una voluntaria a la que además había conocido dos días antes en el aeropuerto de Madrid. La carrera tocó su fin y Carlos ganó por dos cuerpos, pero Nela hizo una gran carrera, todos los reconocieron así. La explicación que nos dio Carlos es que hubo unos años en que se entrenaba casi a diario, ya que participó en los campeonatos de Castilla y hubo un año que ganó una medalla. A Nela no le importó, estaba orgullosa de que su Carlos hubiera ganado. Cuando ella como periodoncista y él como cirujano bucal trabajasen juntos, lo comentarían agradablemente. De momento, esto había servido para tener un acercamiento mayor con su jefe.

Entre bromas, juegos, sol y agua transcurrió el día de una manera agradable y simpática. Todos lo pasamos muy bien, pero en especial yo, que me sentía con fuerzas para seguir adelante, ya que había recibido la mejor medicina del mundo: el amor y sus circunstancias. Aquel día fue un bálsamo a mi enfermedad, que aunque no definitivo, sí que de forma temporal era muy positivo. Aquel día mis células cancerosas sufrieron un stop en su proliferación y el cáncer no avanzó. Si hubiera habido más días como ese, con toda seguridad, pensaba, el cáncer dejaría de crecer e invadir mis tejidos. La capacidad de proliferación disminuía con el amor. Esa era la idea fija que tenía en mi mente, ahora que me encontraba solo y desamparado frente a frente con la hora postrera, con el momento último, con el único trago que tiene la muerte.

Subimos al autocar, y de camino de regreso a Granada, pasamos por el mirador de Santa Catalina. Era este un lugar donde se mezclaban gente de todas las características, como lugareños, turistas y voluntarios. Era una visita obligada para aquéllos que se encontraban en la región, pues la vista sobre la laguna era majestuosa. Un espectáculo de ensueño donde la visión se perdía y donde el pensamiento huía en lontananza marcando distancias con la realidad cotidiana.

El camino desde la iglesia hasta la entrada a la parte turística estaba orlado de arcos con maceteros llenos de plantas naturales y artificiales de bellos colores, que unían el colorido a la limpieza de este pueblo cercano a Granada, cuyas fiestas en honor de Santa Catalina de Alejandría, Virgen y Mártir, eran muy conocidas en la región, y a la que acudían los pobladores de los pueblos vecinos.

Por ello, aquí Cinta y yo dejamos huir las ideas y con solo la mirada supimos que volábamos lejos, muy lejos, allí donde la vista se pierde y la laguna se transforma en idea quimérica, en fantasía plena, volando en una cadencia rítmica para reposar en una nube y desde allí divisar nuestro entorno.

La llamada de Carlos para ir al autobús nos hizo poner los pies en el suelo y nos trajo a la dura realidad, a mí en especial, que sabía que era muy cruda. Cinta me apretó la mano y la pasó por mi cintura. Al llegar al autobús reposó la cabeza en mi hombro, haciendo caso omiso a las miradas del resto de los voluntarios, que no podían comprender ese amor tan rápido y repentino. ¿Es que en esa celeridad del amor había para Cinta algún mensaje postrero? ¿Sabía ella que era necesario aprovechar los instantes y los segundos de una manera tan rápida? ¿O simplemente la cosa era así, porque así era? ¿O bien ella no se imaginaba nada y lo que había ocurrido es que se había enamorado locamente de mí, sin saber ni sospechar la realidad tan cruel que se acercaba?

No quería darme una respuesta, y en aquel momento tan difícil de mis últimas horas, lo único que me importaba era que aquellos días que pasé fueron los más felices de mi vida, pero también los más amargos, ya que el sabor era agrisado por la felicidad que tuve y por el final que me esperaba. Ahora, en este corto despertar en mi cama, me afirmé en estas ideas.

Caminamos lentamente hacia el autocar, donde el chófer nos esperaba para llevarnos a la casa. Había sido un día inolvidable, intenso en sentimientos y pleno de dicha. Mientras viviese, pensaba yo, qué ironía, lo recordaría como algo indescriptible. La llegada a la casa fue un mazazo para todos, ya que si para Cinta y para mí fue un gran día, para los otros no lo era menos. Nela no paró de hablar con Carlos y los demás contaban sus experiencias en las diferentes facultades donde estudiaban y sus conocimientos prácticos con los pacientes. Había algunos que tenían una práctica más o menos acendrada, debido a que en la tarde durante el último curso, habían asistido a la clínica de un familiar o de un amigo, pero los más, no pasaban de una cierta medianía en este aspecto. El grueso del grupo había realizado unas veinte extracciones y unas cincuentas obturaciones o empastes, como en el argot coloquial se les llama.

Cinta era de las que tenía algo más de experiencia en el grupo, ya que su padre era de la profesión, y este último año había asistido con él y actuado como higienista dental, con lo cual las maniobras odontológicas le eran todas familiares y las conocía con cierta holgura.

Nela quería hacer periodoncia, pues siempre le llamaba la atención el tema de las encías y del hueso, y cómo los dientes se sujetaban en el maxilar. Esto le parecía siempre un enigma y trataría de estudiarlo en profundidad. Mientras hablaba animadamente con Carlos, pensaba que sería un buen complemento a la formación de él, si algún día decidían poner una clínica juntos como marido y mujer. Él se encargaría de toda la cirugía y también de

la prótesis y ella haría periodoncia exclusiva. Los implantes los harían entre los dos, pues ambos tendrían esta formación.

Mientras tanto, Carlos iba dando una clase de odontología nicaragüense, ya que explicaba que en Nicaragua a las obturaciones se les llama calzas, y el hecho de realizar un tratamiento de una caries, es calzar y el material que se introducía era una calza o calzadura. No es mal símil si lo comparamos con lo que nosotros entendemos como calzar. De esta manera, en el autobús iba explicando los términos utilizados allí, para que pudiéramos entendernos. A los restos radiculares les llaman raigones, aunque también en algunos sitios como en Honduras se les llama tucos.

Nela seguía estas explicaciones del jefe de una manera atenta, mientras que Cinta reclinaba su cabeza en mi hombro y cerraba los ojos, pensando en no sé qué. ¿Sospecharía algo de mi enfermedad? Yo trataba de disimular, aunque me sentía algo cansado. El día había sido muy intenso y estaba tocando a su fin.

La llegada a la casa fue recibida con alboroto por unos y desagrado por otros, pero todos bajamos del autocar para entrar en la casa. Edgar nos recibió con su poderosa humanidad, dando el parte al jefe. No había habido ninguna novedad, claro que Carlos, que ya tenía experiencia de otros años, pensaba que si hubiera habido alguna novedad, no lo diría. Con toda seguridad, había pasado la mayor parte del día en la casa durmiendo y luego se habría ido a beber con los amigos hasta la hora en que sospechaba que regresábamos. Si en el camino se le hubiera planteado hacer un favor a alguna *nica*, no lo hubiera desaprovechado y así hasta el siguiente día. No tenía un futuro claro, nada más que el de las veinticuatro horas siguientes.

Después de una ducha rápida en la que todos poríamos por entrar los primeros y donde hubo que imponerse la voz de Carlos llamando al orden, salimos a tomar algo.

Estaba cerca la casa de las tres culturas, y junto a ella un café con varios ordenadores conectados a Internet, por lo que nos venía muy bien para dar noticias de nuestra situación a la familia y amigos. Mientras tomábamos un sándwich, tecleamos con

celeridad las teclas del ordenador, ya que al ser muchos los que estábamos, no podíamos demorarnos excesivamente. De ésta manera, la sensación de alejamiento con nuestras familias era menor.

La noche era cálida después del intenso sopor del día con esa humedad característica, transmisora de una sensación desagradable. Nela se acercó a nosotros, que estábamos en una mesa algo apartados de los demás y nos dijo que Carlos había dado la orden de reunirnos en la casa dentro de una hora para hacer los grupos de trabajo para los días siguientes. Dimos un paseo agarrados de la mano por las cuadras contiguas en dirección al lago, donde nos cruzamos con varios extranjeros con mochilas que estaban esos días en Nicaragua haciendo turismo, yo diría que ecológico. No llegamos al lago, nos quedamos a medio kilómetro y en el regreso junto a un farol estilo madrileño, me atreví a darle un beso intenso que ella agradeció respondiendo de la misma manera. Nos miramos a los ojos y sin decirnos nada, nos encaminamos a la casa, para la organización de nuestras tareas.

Primer día de trabajo

Carlos nos dispuso alrededor suyo en semicírculo con el fin de que se le oyera mejor. Mientras los demás estuvimos en Internet, él se había quedado con Nela clasificando los grupos de trabajo, de tal manera que hubiera una cierta simetría en cada uno y que, para que todos hicieran de todo, rotaran cada semana. Esa explicación nos gustó, pues la veíamos equilibrada y sin amiguismos ni injusticias.

Un grupo de unos cinco o seis se quedaría en la clínica de Caritas, junto a la casa que teníamos alquilada, y los otros dos grupos de unos siete cada uno, irían a brigadas. Mientras una brigada permanecería en la ciudad, la otra estaría fuera, en algún pueblo cercano. Estos dos últimos grupos cambiaban de brigada durante esta semana, de tal manera que era posible que estuvieran dos días en la brigada de la ciudad y que después fueran a algún poblado cercano y los que estaban en brigadas fuera, también cambiaban de poblado. Había tal necesidad, que nunca teníamos problemas de buscar brigadas. Venían a pedir las diariamente y Carlos las iba apuntando en un cuadernillo para saber qué se hacía en las semanas próximas.

Lo que sí se pedía a la brigada que estaba cercana era transporte, por lo que a las siete de la mañana, deberían estar en la puerta de la casa para recogerlos y traernos de vuelta sobre las seis de la tarde, ya que la luz se iba hacia esa hora. Generalmente era la municipalidad, o bien un cura o una monja que estaban en un pueblecito, los que se ocupaban del transporte y de la comida, que entraba en nuestros honorarios, y que generalmente era

gallo pinto con frijoles, aunque a veces eran frijoles con gallo pinto. Y todos los días, la misma historia, levantarse a las seis, a las siete tomar un café y un panecillo en el bar contiguo, a las siete y media preparar el material, y a las siete cuarenta y cinco subir a la camioneta para ir al poblado.

Los que se quedaban en la clínica aún tenían media hora más, ya que esta no se abría hasta las ocho y media. Eran días monótonos, aunque también cada uno tenía su color especial, su mensaje específico y su encanto. Eran días de pléyade de sentimientos y fantasías, que nos dieron recuerdo a nuestra vida, durante mucho tiempo.

Ahora, en la cama del sufrimiento, todos mis recuerdos y afectos agavillados se mostraban en todo su esplendor, lo que al mismo tiempo me mantenía absorto para no pensar en mi destino final. Mi cuerpo estaba gélido por fuera y caliente por dentro, sumido en pensamientos agridulces plenos e intensos. ¿Serían los mismos para Cinta? La respuesta era ignara para mí en ese momento. Sólo me acompañaba la quimera del recuerdo.

Aquel día amaneció de un azul claro y un sol enervante, que ya desde primeras horas del día demostraba su poderío e inmensidad. Cinta estaba aquella mañana nostálgica y hermética. Salía en ese momento de la lóbrega y mortecina habitación en que habíamos dormido, cubierta con un embozo fuera de contexto en aquella región, y que más tarde cambiaría por unos pantalones cortos y una blusa de un color azul intenso que contrastaba con el claro del cielo y que a mí me pareció como una aparición fantasmagórica salida de un lago inglés cubierto por la neblina. Éste era el recuerdo que tenía del primer día de trabajo. En ese instante, el tráfigo de la casa era intenso, pues todos los voluntarios se habían levantado e iban de un lado para otro, con movimientos incoercibles, que remedaban los que hacen los obreros

en una fábrica al iniciar el trabajo del día. Conforme pasan las horas, esta vitalidad decrece poco a poco, y al final del día se transforma en una languidez especial, en una cansina y perezosa suerte de actividad.

Miraba a Cinta y no podía describir si se encontraba mustia o melosa, pues su mirada era perezosa al clavar sus intensos ojos en mi alma. Este día para mí era un poco luctuoso, ya que comenzaba el trabajo diario con el resto de los voluntarios y no sabía cómo iba a terminar: si sería capaz de acabar la tarea encomendada o si mi cansancio y dejadez superarían mi fuerza y acabaría desmadejado en el jergón de mi habitación. Esta coyuntura ahora no tenía respuesta, y debería esperar al finalizar el día cuál sería. Sin embargo, de lo que sí que estaba seguro es que mi secreto sería inexpugnable y mi cara, una mascarada que ocultara lo que verdaderamente pasaba por mi interior.

De una manera extemporánea, entró en ese momento la enfermera para ver cómo me encontraba, y yo me rebullí entre las sábanas, como si no me diera cuenta de su entrada intempestiva y fuera de hora. Miró el suero, vio cómo caía el goteo y se marchó de la habitación, sin hacer ruido y con la idea de que yo no me había enterado de nada.

Ya estaba la camioneta en la puerta de la casa esperando a los voluntarios que tenían la brigada fuera de la ciudad. A Cinta y a mí, junto con Luis, Verónica y Mercedes, todos ellos andaluces, nos había tocado la clínica que estaba a sólo dos cuadras de la casa. Carlos, como jefe del grupo, decidió ir con la brigada, ya que era una labor más complicada, y como nos dijo a nosotros, su trabajo era más importante en ella. La clínica podría funcionar perfectamente sin su dirección a pesar de ser el primer día de trabajo, y además, añadió taxativamente: «tú, José, tienes experiencia y tú, Cinta, has trabajado con tu padre como auxiliar y

eso te da un grado más que los demás, por lo que no es necesario que vaya con vosotros». Después de dar estas ordenes, nos indicó que ayudáramos todos a introducir el material en la camioneta, pues la salida era inminente. Todos los voluntarios, de manera gregaria, subieron al vehículo dejando un rincón del mismo para el material, que ya estaba hecho un amasijo.

Nos quedamos mirándoles cómo se difuminaban en la distancia sonriendo y agitando sus manos en dirección nuestra. Antes de irse, Carlos nos dio el último mandato: poner en orden la casa antes de ir a la clínica. Más que limpiar, lo que había que hacer era «desbrozar», esto es, limpiar con ardor, decía con énfasis, dado que hacía meses que esta labor no se realizaba.

Después de intercambiar algunos comentarios entre nosotros acerca de la higiene de la casa, decidimos por unanimidad mantener el mismo nivel que había al llegar. Hacer lo contrario sería fútil y no conduciría a nada. Trataríamos que no fuera una zahúrda, pero tampoco un espejo donde nos mirásemos al comenzar el día. La estulticia no sería aquella mañana nuestra bandera. Un adarme de limpieza bastaría para cumplir con las normas básicas. Con parsimonia, iniciamos la labor, haciendo advocaciones para que los voluntarios al regresar no ensuciaran más que lo estrictamente imprescindible.

Cinta, en el decurso de la limpieza, se mostró algo mohína, pero trató de ayudarnos en todo lo que pudo, en especial situándose junto a mí para ayudarme a recoger papeles y ordenar cosas. Conforme pasó el tiempo, se mostró más melosa conmigo y de vez en cuando, me miraba arrobadamente, con una sonrisa que florecía en sus labios, dejando entrever una ternura especial.

Terminada la somera limpieza y después de descansar por breves minutos, cerramos la casa apalancando fuertemente la puerta, merced a los goznes que presentaba en el quicio y que permitían dotar de una gran firmeza el cierre. Era esta una puerta de grueso maderamen repujada con dibujos caprichosos en su superficie y remontada en la parte superior con una aldaba majestuosa, prototipo de las que en los grandes casones de

España proliferaban por doquier y que demostraban el poderío y la majestuosidad de los antiguos moradores de esa casa. Traspasado el umbral de la misma, si diéramos una rápida mirada en derredor, tenía todo el aspecto conventual, con un techo fuertemente envigado y unos muros más que paredes, hieráticos y fríos. En la altura estaban orlados de unas molduras desconchadas y perdidas, estigmas de lo que fueron en su día. Las puertas del interior eran entecas y desvencijadas, y en general, escaseaban. Los baños tenían un aspecto sórdido y en un rincón se mostraban unos serones vacíos. En la cocina existía una artesa donde se guardaban algunos vasos, platos y utensilios sucios, que obligaban a no utilizarlos para la comida ni bebida, y dado que el agua no era potable, los voluntarios teníamos a nuestro alcance botellas de agua mineral, que era la que calmaba nuestra sed, aunque a veces, cuando bebíamos, más que calmar la sed, lo que hacía era quemar la garganta por la temperatura que alcanzaba en aquellas latitudes.

En un rincón había un zaguán cerrado, que durante el tiempo que permanecimos allí, no intentamos abrir, pues nadie podía asegurar lo que encontraríamos. Algunos opinaron que huesos de los antiguos moradores de la casa. Otros añadieron más sordidez a la historia y comentaron que eran antiguos voluntarios que no habían regresado a España y que reposaban allí. E incluso uno de nosotros se atrevió a afirmar que conocía a varios que nunca habían regresado. Los más tenían la opinión que eran antiguos hijosdalgos del periodo postcolombino, que habían sido los dueños de la casa y que al morir sus descendientes, habían decidido enterrarlos en ella, como hacían los faraones en su tiempo, con la única diferencia, que en este caso no era necesario construir una pirámide, ya que la casa haría los efectos de ella. Estas discusiones ocuparon buen tiempo del que dispusimos al caer la tarde, pues sin luz, sin nada que hacer y tumbados en las colchonetas, podíamos dar rienda suelta a nuestra imaginación y desarrollar todas las quimeras posibles. A mí, como es comprensible, estas disquisiciones a caballo entre lo sórdido y lo esotérico no me placían en absoluto,

y cerraba los ojos intentando no oírlos. Cinta, que se daba cuenta de esta situación, se acostaba junto a mí y me contaba historias de su juventud y de su familia en Valencia. A veces me tomaba la mano y así me dormía durante unos minutos. Era ya tiempo de irnos a la clínica.

Cinta, con una voz entre socarrona y dulce, preguntó:

—¿Es que vamos a estar toda la mañana descansando después de la limpieza?

El grupo se despezó rápidamente y Luis fue el primero que tomó su mochila seguido por Mercedes y Verónica, que siempre estaban dispuestas a ayudar. Cinta y yo les seguimos cerrando a conciencia la casa, aunque Edgar estaba sentado, cómo no, en la acera esperando que saliéramos.

—No es necesario que cerréis, me quedo yo —nos dijo indolentemente.

Así hicimos y nos encaminamos con paso cansino hacia la clínica, que estaba a muy poca distancia. La entrada en ella nos presentó la primera sorpresa de la mañana.

Los pacientes estaban apiñados en grupos que, poco a poco, iban disponiéndose en una larga cola de un orden estricto, que estaba impregnada de paciencia, pues estaban dispuestos a pasar toda la mañana para conseguir una calzadura en una muela o a lo más, varias en la parte anterior de los dientes, que abarcaba de colmillo a colmillo, dicho en un lenguaje más coloquial.

Habría alrededor de cincuenta personas o más si cabe, que clavaron sus ojos ansiosos en nosotros. No sabíamos si esto era por miedo o por necesidad de solucionar un problema. La clínica estaba distribuida en un gran patio al que se accedía por un gran portón para personas y carruajes en otra época, orlado en toda su periferia por sendos bancos de madera, donde reposaban, más que se sentaban, estas personas, entremezcladas las de problemas bucales con las de otros problemas de salud general o puramente administrativo.

Al mismo tiempo que nuestra clínica estaba funcionando, había una de Medicina General, donde un médico, varios días

a la semana, pasaba consulta para los problemas del día a día, pero cuando el problema se complicaba, se enviaba el enfermo a la consulta del hospital, donde decidían si lo internaban o simplemente si el tratamiento podía ser ambulatorio.

A la clínica dental se accedía por una puerta tipo postigo de color verde en cuyo frontispicio había un cartel que rezaba: «Clínica Dental Dentistas sin Fronteras - España - Nicaragua». Todo el frente de la misma estaba cubierto por una gran celosía, a través de la cual los zagales observaban nuestro trabajo. Nosotros nos abroquelábamos en su interior y no dejábamos a nadie entrar en la misma, si no era a nuestra llamada previa. Con eso queríamos evitar el tra-siego de personas dentro del área quirúrgica.

Nada más entrar, Cinta colocó el material en orden, tratando de que éste fuera lo más correcto posible, ejemplarizando con ello el conocimiento acrisolado que tenía por haber trabajado con su padre. Verónica trasegaba los utensilios de un lado a otro, mientras Mercedes y Luis, sin ninguna sutileza por su parte, disponían a los pacientes de una manera más acorde con sus gustos y deseos, aunque eso sí, de una manera práctica, para hacer el trabajo lo más ordenado posible.

En ese momento, al ver a esta gente sin riqueza ni ornamentos en su cuerpo, vino a mi mente una cantiga de Antonio Machado que decía:

*«Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar».*

Estaba de esta guisa ensimismado, cuando Cinta se acercó por detrás y me susurró al oído:

—¿Es que no piensas hacer nada?

—Estaba pensando en estos pacientes —contesté de manera taimada, sin querer descubrir mis auténticos pensamientos, por el rubor que ello me producía.

—Yo creo que ya deberíamos pasar a los dos primeros de calzaduras —dijo, para añadir rápidamente—, las extracciones las podemos hacer en la parte exterior, sentados en unas sillas y con la cabeza apoyada en el alféizar.

Luis se ofreció para hacer calzaduras junto con Mercedes, que tenía experiencia en este tema, y Verónica y yo haríamos las extracciones de los raigones o piezas que no tuvieran un tratamiento conservador, de manera que Cinta en un primer momento organizaría el desfile de los pacientes y la intendencia del material necesario.

Así transcurrió parte de la mañana, entre un calor agobiante, un sudor pegajoso y la vaharada calurosa y húmeda de los pacientes en nuestra cara. Menos mal que utilizábamos mascarillas. De cuando en cuando, bebíamos algo de agua caliente. La asepsia era rigurosa, pues los guantes eran obligados, aunque si no hacíamos sangre, Cinta nos aconsejó que no se cambiaran con cada paciente, ya que había que ahorrar en lo posible, siempre por supuesto, que esto no fuera en detrimento de la calidad.

Ahora se me agolpaban todos estos recuerdos, unos detrás de otros, como en una película vertiginosa en la que a una escena seguía otra, muchas veces sin conexión argumental, pero siempre con una unión sentimental importante. El rápido transcurrir de estas escenas diferentes era idéntico a la sensación que yo tenía cuando viajaba en el tren de alta velocidad desde Madrid a Sevilla, en un tardío atardecer de un cielo azul, donde los distintos paisajes sucedían unos detrás de otros, con una gran celeridad. ¿En que estaría pensando Cinta ahora? Ayer fue el día de la cita en la plaza de Oriente y no sabía si había acudido o no. Si lo hizo y no me vio, ¿qué habría pensado? ¿Que todo fue una gran mentira? ¿Que la estuve engañando todo el tiempo? O quizás se dio cuenta de mi situación y de que por eso no acudí a la cita. Y si por el contrario no acudió, ¿pensaría que yo había faltado también? O quizás ella pensara que yo fui y ella no. Entonces fue ella la farsante y yo no. ¿Y si no fuimos ninguno?

Entonces los dos engañamos al otro. El engaño fue bidireccional. No había manera de saber lo que en realidad ocurrió.

Debería haber mandado a un amigo que me informase de lo que sucedió, aunque ignorar la respuesta creo que era mejor. Tenía miedo a saber la verdad y permanecer en la ignorancia me beneficiaba mentalmente.

Al mediodía cerramos la clínica y nos fuimos a la casa, donde un familiar de Edgar nos traía la comida por un módico precio de unos córdobas, lo que al cambio venía a ser unos tres euros más o menos. La comida era idéntica casi todos los días, con abundancia de gallo pinto y frijoles. Comimos rápidamente pues el único deseo en esos momentos era descansar un poco antes de iniciar la tarde. Cinta y yo nos dirigimos hacia la colchoneta y dormimos algún tiempo, aunque ignoro si ella lo hizo pues dos veces que abrí los ojos, tenía los de ella clavados como siempre en mí.

La tarde generalmente era algo más liviana, no sé si porque ya estábamos acostumbrados al trabajo o porque parte de los pacientes se habían ido, aunque yo cuando entré, los conté y me parecieron que eran los mismos de la mañana y que no habíamos dado de alta a ninguno.

Las calzas se sucedieron con las extracciones de raigones, consultas, antibióticos, analgésicos y demás circunstancias de una clínica no digamos moderna, pero sí adaptada a la situación. Cinta, en la tarde, dejó su tarea administrativa de reparto de pacientes y se dedicó a los empastes al principio, y a las extracciones al final. De esta manera, todos hacíamos de todo a lo largo del día. Era una experiencia importante que no sólo se centraba en una mejor práctica profesional, sino también en una mejora de nuestra experiencia personal y social. Teníamos así la posibilidad de conocer todos los diferentes aspectos de la práctica y con ellos los del trato social del paciente.

Luis había trabajado mucho, pues creo que aquel primer día vio unos treinta pacientes el sólo. Mercedes y Verónica también,

pero al haberse dedicado a las calzas, que eran técnicas que había que realizar con más lentitud, no pudieron ver a tantos pacientes. El trabajar sin ayudantes, con material obsoleto, que a veces no funcionaba y si lo hacía era lentamente, conllevaba un trabajo monótono, lento y siempre poco agradecido, ya que la terminación no era siempre la deseada. Unas veces, las lámparas se calentaban; otras el material fraguaba antes de tiempo por el calor del medio ambiente, que aceleraba todo; no teníamos ayudante que aspirara la saliva, por lo que era necesario ir con lentitud. Aquí sí que funcionaba el refrán de que lo perfecto es enemigo de lo bueno.

La tarde transcurrió deprisa y poco a poco la luz iba desapareciendo lentamente, por lo que decidimos terminar por ese día y recogimos el material lo mejor posible. Dimos las órdenes para que la señora que Caritas ponía a nuestra disposición, bien es verdad que era pagada por nosotros, cerrara la puerta. Con paso cansino fuimos hacia la casa.

Cinta me dijo:

—¿Estás cansado?

—Un poco —contesté sin casi mirarla.

—Vamos a la casa a descansar —añadió.

—Me parece bien, ha sido el primer día y no estoy acostumbrado a este tipo de trabajo —mentí, cuando en realidad el trabajo para mí no era nunca grande, ya que toda mi vida había sido de esfuerzo y tenacidad.

Luis comentó el fuerte calor que había pasado, y Mercedes y Verónica añadieron que junto con el calor, lo peor era la humedad y que deseaban llegar a la casa para darse una ducha.

Cinta les dijo que esperaba que los de las brigadas no hubieran regresado para de esta manera ser los primeros en la ducha.

Así sucedió al llegar a la casa; estaba vacía, por lo que rápidamente, antes de que el tropel de las brigadas llegase, teníamos que ducharnos. Dejamos caballerosamente a las mujeres que pasasen antes y después hicimos lo propio. Era necesario en estas circunstancias cambiarnos de ropa, por lo que procedimos a ello y

a lavar someramente la usada, colgándola en las cuerdas que cruzaban de un lado a otro el patio central de la casa.

Había sido un día muy intenso y Cinta me dijo —yo creo que mentía de manera piadosa— que estaba muy cansada y que se iba a acostar un rato. La seguí imperturbable, como si fuera ella la cansada y no yo. Nos echamos en el jergón los dos juntos, y ella, antes de cerrar los ojos, me dio un beso y me dijo:

—No te duermas mucho, que tenemos que ir a cenar.

Me dio la mano y cerró los ojos. Los otros voluntarios, Luis, Mercedes y Verónica, también se acostaron un rato pues estaban muy cansados, aunque ninguno quería reconocerlo en toda su amplitud.

Poco duró el reposo, ya que al poco tiempo comenzaron a llegar el resto de los voluntarios que corrían al entrar en la casa, más que nada por ducharse antes que los otros, ya que se formaba una larga cola, parecida a la de los pacientes cuando llegábamos al trabajo. Había sido un día intenso, tanto en el trabajo y esfuerzo como en el sentimiento que expresábamos todos, pues eran sensaciones y experiencias nuevas, aunque para mí era doble, ya que no sólo tenía esta experiencia, sino también el venero que significaba en todos los sentidos Cinta.

Esas semanas junto a mí habían significado un manantial de agua pura, una lozana frescura y una intensa ternura. Todo ello agavillado en un sentimiento profundo que todavía no podía apellidar con la palabra amor, pero que tenía una honda significación, y ahora semanas más tarde, con el pensamiento alado en las noches de dolor y sueros, sí que podría decir sin posibilidad de equívoco que era amor, y que el tiempo pasado junto a ella fue como un bálsamo a mi herida. No cicatrizaba, por supuesto, pero sí que la hacía menos dolorosa.

Ahora en la cama me mostraba con una estolidez defensiva para evitar caer en el derrumbamiento sentimental. Continuamente entraba y salía la enfermera mascullando entre dientes datos sobre

la temperatura, la tensión arterial, la velocidad del goteo, la necesidad de introducir más calmante o cualquier otro detalle médico, que se me hacían insoportables, y por qué no decirlo, sin utilidad ninguna. Todo estaba perdido y lo sabía con total seguridad. No albergaba en mi interior ninguna duda al respecto.

Al cabo de una hora, se oyó la voz imperiosa de Carlos que decía:

—Los que quieran ir a cenar, salimos en un rato.

Cinta, rozándome ligeramente la cara, me dijo al oído como si no quisiese que nadie la escuchase:

—¿Vamos a tomar algo?

Me incorporé rápidamente y le contesté:

—Me parece muy bien, tengo hambre —añadiendo después—, es que la comida del mediodía no fue muy abundante.

Los demás de nuestra habitación ya se estaban levantando y fue en ese momento cuando aproveché para irme a un rincón y tomar mis medicinas, bueno el analgésico, que era lo único que tomaba para poder pasar la noche bien.

Al volverme ligeramente, observé los grandes ojos de Cinta que en silencio me observaban y que disimuladamente dirigieron la vista en ese momento hacia otro lado. Ella tenía que columbrar mi situación, aunque nunca dijo nada. Por otro lado, hubiera sido un dislate y una estulticia un comentario por su parte. La discreción era una de sus virtudes y más en este caso. Yo por el contrario seguí todo este tiempo con el tapujo.

Salimos a la calle y nos dirigimos a un restaurante que estaba a tres cuadras y que se llamaba *Conchi* en honor de su dueña, una valenciana dicharachera metida en carnes y en años, que hacía la vida agradable a todo el que entraba, pues esparcía su simpatía por doquier. Allí podíamos tomar alguna comida típica española. Era un restaurante donde las paredes estaban recubiertas de recuerdos y postales e incluso pude ver que había otras postales de los voluntarios de años anteriores. Había una que me llamó la atención de cuatro años atrás, que decía: «*Podrán cortar todas las flores pero no*

podrán detener la primavera». Lo firmaba un tal Antonio, voluntario que estuvo en ese mismo lugar y que había leído como yo a Neruda. La cena transcurrió en franca camarería entre copas, anécdotas y comentarios del día que había terminado. Carlos y Nela estaban sentados juntos y reían a cada comentario de los otros.

En un momento dado surgió la clásica discusión política de las diferentes autonomías, y Naika de Bilbao y Montse de Barcelona defendieron su autonomía hasta un grado de auténtica perversión, ya que manifestaban que su territorio debería independizarse de España porque según ellas no se consideraban españolas. Se entabló una fuerte discusión, ya que los voluntarios en su mayor parte no eran nacionalistas.

Carlos dijo de forma vindicativa:

—¿Os dais cuenta de que estamos en una organización que se llama Dentistas Sin Fronteras? —añadiendo—, somos ciudadanos de este mundo, el nacionalismo es una aberración y un egoísmo de las personas que lo defienden.

Nela argumentó todavía más:

—Ya está bien de mirarse en el ombligo, no seáis el centro de todo. Estamos todos en el mismo barco y vamos unos y otros al mismo lugar.

Naika se enfadó con estos comentarios, y Montse la aplacó en la diatriba que comenzaba a exteriorizar.

Cinta, con la sonrisa que le caracterizaba, terminó la discusión diciendo:

—Vamos a tomar una copa a la *Nuit*, que me ha dicho Conchi que hay música moderna y está muy bien.

Lo que no sabíamos nosotros en ese momento es que ese local era de ella y su propaganda estaba muy bien, ya que siempre nos animaba a que después de la cena tomáramos una copa en su local. La verdad es que era agradable y estaba muy cerca del restaurante, por lo que todos nos encaminamos hacia allí. Ninguno se quedó en el camino.

Esto se convirtió en una costumbre, pues varias veces a la semana cenábamos en la Conchi y después tomábamos una copa

en la *Nuit*. Era la finalización del día, cuando todos unidos compartíamos experiencias y sentimientos, relajándonos al son de la música.

Cinta siempre se sentaba a mi lado y muchas veces me daba la mano cariñosamente preguntándome:

—¿Cómo te encuentras?

La música apagaba mi respuesta, que siempre era la misma, aunque nunca la dije verbalmente. Era una respuesta mental: «cómo quieres que me encuentre, estoy verdaderamente jodido».

Ahora volvía a retomar mi pensamiento en esa hora en que nunca se sabe si es de día o es de noche. En ese duermevela en que se oyen los atabales de la muerte acercándose fantasmagóricamente, cuando la vida se muestra desvaída y pareciera que entras en un túnel sin final.

Cinta en ese momento me sacó a bailar uniéndonos al resto del grupo que estaba en el centro del local tomando copas y contoneándose al ritmo de la música. Yo no tenía ganas de seguir esta marcha, pero tampoco la quería hacer sufrir, por lo que seguí su juego con cariño.

La noche iba avanzando y al día siguiente teníamos que madrugar, por lo que Carlos, una vez más, nos dijo que deberíamos ir a dormir, que al día siguiente no quería a nadie con pereza.

El camino a la casa fue lento y romántico. Tomé a Cinta por encima del hombro, ella colocó su brazo en mi cintura y así llegamos a la casa, siempre detrás del grupo que iba por delante. La noche era templada y agradable, una ligera brisa nos acarició en nuestro camino de regreso.

Dormí como hacía tiempo que no lo hacía. Estaba en una alta montaña cubierta de nieve, me deslizaba lentamente hasta la parte inferior de la misma, y cuando volvía la vista, estaba Cinta detrás deslizándose también conmigo. Quería seguir el mismo

camino que yo, y sin embargo, yo pensaba: «qué caminos tan diferentes y tan poco convergentes». Fuimos en la misma dirección durante un trecho, compartimos asientos del mismo tren de la vida, llenamos nuestro equipaje personal con los sentimientos del otro, pero yo me bajaba en una estación nada más empezar el viaje. No tenía tiempo ni tan siquiera de completar mi equipaje, sólo algunos sentimientos, pequeños recuerdos y poco más. Ella seguiría el viaje y con toda seguridad se sentaría algún muchacho en el asiento contiguo que la acompañaría el resto del trayecto. Quizás de vez en cuando miraría el asiento que yo había dejado vacío, y entornando los ojos, dejaría escapar un suspiro, un sentimiento efímero. En eso me convertiría, en aire, en hálito, en macilento recuerdo.

Un día de brigada

Aquel día pareció como si amaneciera antes y en realidad eran mis nervios, ya que habían transcurrido varios días y cada uno era especial, pero éste se prometía interesante, pues por primera vez íbamos de brigadas. Al grupo que durante los días anteriores había estado en la clínica de Granada, ahora le tocaba ir de brigada. Esto era algo especial, ya que no significaba trabajar en una clínica, sino al aire libre, sin ayudas y con sólo nuestro esfuerzo y dedicación.

Cinta, aquella mañana, estaba indescriptible, plena de vitalidad, optimista, cariñosa, no sabría decir cuántas cosas más. Yo también me encontraba diferente, dentro de la apatía general que me caracterizaba en este periodo, deseando tomar parte de esta experiencia que se me presentaba. Por otro lado, llevaba varios días sin dolor de cabeza y no tenía necesidad de tomar tantos analgésicos.

¿Sería Cinta la que me servía como analgésico? A lo mejor el contacto con ella me mantenía en un estado indoloro y animado. El hecho claro es que no había tomado una pastilla desde el primer día que fuimos a oír música a la *Nuit*. Siguieron después otros días en que estuvimos en una discoteca del lago, pero al estar algo más lejos, lo hicimos en viernes, ya que el sábado no teníamos que madrugar.

Estaban pasando tan rápido los días que casi ni me daba cuenta y estaba perdiendo la noción exacta del tiempo.

Cinta, como si leyera mis pensamientos, me dijo en ese momento:

—Esto es como un sueño en que los días pasan de manera rápida, sin casi poder introducirlos en el disco duro del cerebro.

A mí esta comparación cibernética me pareció original y asentí con un movimiento de cabeza.

—Sin embargo, hay escenas de esta película que te quedan más grabadas que otras —dije.

Mercedes, que estaba oyendo nuestra conversación, se añadió a estos comentarios:

—Para mí, las mejores experiencias son las de la clínica. Nunca imaginé que podía ser así —concluyó vehementemente.

Todos tenían su pequeña historia personal en esta experiencia, pero de lo que no cabía duda era que la mía era la más intensa y profunda. Era una experiencia irreplicable, pues sólo se tenía una vez, y ésa siempre era la última. No era necesario tener una gran clarividencia para percatarse de ello y Cinta se había dado cuenta desde el principio; por eso cada pequeño detalle conmigo lo vivía como si fuera el último.

El sistema de las duchas, a pesar de su precariedad, ya era muy rápido y cada uno de nosotros dedicábamos un par de minutos, a lo máximo tres, para entrar y salir. De esta manera, teníamos tiempo para salir un rato a desayunar antes de que viniera la camioneta a recogernos. Aquel día, fuimos a la cafetería de *Entre Mundos*, en la que nos daban por un precio asequible un buen café, zumo de naranja y tostadas, al mismo tiempo que teníamos la oportunidad de utilizar el Internet para comunicarnos con nuestras familias.

Todos pasábamos un rato por estas circunstancias, leyendo los correos recibidos y contestando para mantenernos unidos con nuestro mundo, pues nadie quería cortar estas amarras, excepto yo, que casi nunca lo utilizaba y sólo en alguna ocasión aislada lo hice para enviar un correo a mi familia, diciendo que estaba bien. Qué ironía, estaba bien; ellos ignoraban todo sobre mi salud. A mi regreso se darían cuenta y ése sería el momento de decir la verdad. Antes de salir para el proyecto no quise decirles nada pues hubiera sido un egoísmo por mi parte, y durante todo este

tiempo hubieran estado preocupados. No podía ser tan miserable de estropearles el verano con esta noticia. Además, ¿qué hubieran podido hacer? Nada, nadie lo podía hacer. Ésa era la auténtica realidad.

Después del desayuno, Cinta me dijo:

—¿Quieres que demos un paseo? Aún tenemos tiempo antes de que vengan a recogernos.

—Me parece una buena idea, hace una mañana bonita y parece que hoy no va a hacer mucho calor.

La tarde anterior había descargado abundante agua y eso refrescó el ambiente. Estaban todavía húmedas las baldosas de la plaza, posiblemente había llovido también por la noche, aunque yo no me había dado cuenta, pues tuve un sueño profundo.

Al doblar la esquina, nos cruzamos con Carlos y Nela que iban en dirección contraria, y Carlos echó una mirada a Cinta que la traspasó. No me gustó nada, pues me encontraba en condiciones inferiores para competir, por lo que casi sin saludarles aceleramos el paso para seguir nuestro paseo. Imagino que Nela se dio cuenta de la mirada, pues aunque no dijo nada, su cara era de tristeza. Así, sin comentarios por nuestra parte, seguimos durante varias cuadras para doblar a la derecha en dirección de la casa, pues ya se acercaba el momento de que nos vinieran a recoger con la camioneta.

Cinta se adelantó unos pasos para preparar la mochila, ya que vio el transporte en la puerta de la casa esperándonos. Preparé más lentamente mis cosas y subí a la camioneta esperando que los demás hicieran lo propio. No tardaron muchos minutos en hacerlo, y al cabo, estábamos todos preparados y esperando que el chófer arrancara aquel trasto, que trastabillando, cruzó la plaza y salió fuera de la ciudad.

El grupo estaba formado por los voluntarios, que habían estado con nosotros en la clínica junto con Viviana, que era conocida de Cinta por haber estudiado en Valencia, y dos gallegos, Jaime y Xiana, que eran muy simpáticos y no tenían problema para nada. Todo les parecía bien y en todos los lugares

estaban contentos. Formábamos un buen grupo, cada uno con su personalidad, pero todos durante este tiempo estuvimos unidos a excepción de cuando se suscitaba el tema autonómico. En ese momento, el nivel de la discusión subía de temperatura y el enfrentamiento flotaba en el ambiente. Por eso, todos de mutuo acuerdo soslayábamos este punto con el fin de evitar separaciones y divisiones, pues como decía Carlos, lo más importante era mantenernos unidos, colaborando todos en un proyecto común de solidaridad y ayuda.

Cinta en ese momento se puso filosófica y levantando la voz dijo:

—Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú. Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú. Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú. Sé tú el que aparte la piedra del camino.

Y yo, poniendo los ojos maravillados de sorpresa y emoción, añadí:

—Gabriela Mistral.

La camioneta marchaba a cierta velocidad, sorteando las bicicletas y los caminantes que continuamente se cruzaban en el camino. Era un milagro no tener un accidente en esos lugares, ya que la circulación era caótica y en constante desorden.

La brigada que íbamos a realizar era en un pueblecito, San Juan del Sur, a unos sesenta kilómetros de Granada y sólo a unos veinticuatro de la frontera con Costa Rica.

Se trataba de un pueblecito rodeado de montañas y con una larga playa de varios kilómetros de arena blanca que presenta un buen clima durante todo el año, por lo que el *surf* y la pesca submarina son dos deportes que se practican en esa zona. Al llegar a este pueblecito nos dimos cuenta que conserva el sabor porteño y una quietud especial, como si el tiempo no existiera y las horas no pasaran, con lo que el día se va discretamente, sin darnos cuenta, dejándonos antes un bellissimo crepúsculo. Este pueblo vivió un periodo de oro antes de la construcción del canal de Panamá, cuando era utilizado como puerto de salida de los mineros que llegaban del río San Juan, para ir a la costa Oeste de los Estados Unidos.

Al llegar, nos dirigimos a la iglesia del lugar donde el sacerdote nos había preparado unas grandes mesas para colocar el instrumental y los líquidos de esterilización, así como las cajas de guantes, fórceps, paños, material para calzaduras, etc. Teníamos todo muy bien organizado, y como llegamos con tiempo, podíamos todavía trabajar unas horas antes de la puesta del sol.

Los pacientes formaban largas colas, que de manera ordenada iban y venían de un voluntario a otro en función de la necesidad de tratamiento, extracción, calza, raspaje de encías. Al mediodía paramos y el sacerdote nos obsequió con una buena comida: para variar, gallo pinto con frijoles y refrescos. El tiempo dedicado a la comida fue pequeño, ya que Carlos nos dijo que teníamos que aprovechar lo más posible la luz, y que cuando ésta se fuera, teníamos la posibilidad de ir a la playa a bañarnos.

Esto redobló nuestra actividad hasta el punto que pudimos atender a todas las personas que nos estaban esperando. Alrededor de las seis de la tarde, interrumpimos el trabajo hasta el día siguiente, que comenzaríamos temprano con el fin de regresar en la tarde.

La playa era amplia y de fina arena blanca. Había olas pero no demasiado grandes, por lo que el baño no sólo fue refrescante sino también divertido.

Cinta estuvo junto a mí todo el tiempo. No quería separarse, y a cada instante me tomaba de la mano para ir a bañarnos o simplemente dar un paseo por la playa, pues en ese atardecer temprano era algo muy excitante y romántico. El sol desaparecía a lo lejos y sus rayos, que hacía pocos minutos nos deslumbraban, eran ahora suaves y desvaídos. Sus reflejos en el agua mantenían un ambiente dado a la reflexión y silencio. Nos alejamos un buen trecho, paseando lentamente cogidos de la mano, y en un momento dado, sentí la necesidad de darle un beso en la mejilla. Lo hice al mismo tiempo que pensaba aquello de que *«en un beso sabrás todo lo que he callado»*, remedando el verso de Neruda, uno de mis poetas preferidos. La calma, el silencio,

las olas que iban y venían como en un sahumero de rezos y bisbiseos, obligaban a una ternura especial.

Durante mucho tiempo pensé en esta escena, que pasaba ante mi vista, de una manera sencilla y amable. Y este recuerdo me tenía ahora postrado en la cama, en el mismo instante en que entraban mis padres, para ver cómo me encontraba. Sus comentarios eran ingenuos e increíbles, como aquello de «qué bien te vemos, hoy estás muy mejorado, tienes un buen color de cara. ¿Sabes que te ha llamado Carlos, el amigo que conociste en Nicaragua? Le dijimos que estabas bastante bien y que esperábamos que la semana que viene te levantarías y podrías salir con él o podría venir a verte».

—¿Ha llamado alguien más de Nicaragua? —pregunté azoradamente.

—No, nadie, sólo Carlos.

—Está bien, si vuelve a llamar dile que por supuesto la semana que viene le veré —mentí también.

Nos engañábamos unos a otros para no hacernos sufrir, pero todos sabíamos el final que se avecinaba en un plazo de tiempo muy corto.

Al terminar el baño, en la playa nos sentamos en un merendero para cenar un pescado frito recién salido del mar. Junto con el pescado, los consabidos frijoles y el arroz.

El sacerdote nos ofreció un local junto a la iglesia para dormir en nuestros sacos, que habíamos traído por precaución, ya que cuando la brigada era larga y se sospechaba que nos quedaríamos a dormir, eran necesarios. Sin embargo, antes de irnos a descansar, quisimos tomar una copa en un local cercano donde ponían música merengue. Yo me animé bastante, y por breves minutos, olvidé mi calvario.

Carlos sacó a bailar a Cinta y eso me molestó, aunque ella se pasó todo el tiempo del baile mirándome, como pidiéndome

permiso para lo que estaba haciendo. Yo no tenía ganas de plantear un cuerpo a cuerpo, pues además tenía la guerra perdida y no merecía la pena para el poco tiempo que me quedaba; prefería que Cinta fuera feliz e hiciera lo que quisiese. Estuve hablando con Verónica y Mercedes de Sevilla.

Ambas tenían novio, que habían tenido que quedarse trabajando ese verano en Sevilla. Los cuatro eran muy amigos, según me contaron, aunque ellos no tenían ninguna relación con la Odontología. Uno había acabado Empresariales y comenzaba a trabajar en una empresa, y el otro era licenciado en Derecho y trabajaba desde el año pasado en un bufete de abogados. Estuvimos hablando mucho tiempo, pero afortunadamente fueron ellas las que contaron su vida, no haciendo preguntas sobre la mía, lo que les agradecí profundamente. Profesionalmente no sabían todavía lo que iban a hacer. Ambas querían abrir una consulta y trabajar juntas.

—Me parece una buena opción —les dije—. De esta manera, pagáis los gastos entre las dos, y además, los novios, uno os ayuda en la empresa y otro os prepara los papeles.

—También nos puede defender en caso de algún problema jurídico o de responsabilidad civil —añadió Mercedes.

Verónica defendía más la organización de la empresa por su novio y decía que era más importante que el aspecto jurídico, ya que era el día a día de la rutina del trabajo, mientras que la cuestión legal era de vez en cuando y no de manera diaria. Así, estuvimos comentando los diferentes pareceres de la situación, cuando de pronto, vino Cinta por atrás y me dijo:

—¿Estás celoso? ¿No quieres bailar conmigo?

Estas preguntas me desarbolaron y no supe qué contestar, pero Cinta, sin esperar ninguna contestación, me tomó de la mano y me sacó a la pista de baile.

Carlos, cuando mejor estábamos, se acercó al grupo y nos dijo:

—Vámonos, que mañana hay que madrugar.

La noche era tibia y el paseo a la iglesia, ya que el local donde dormimos estaba al lado, fue como una caricia suave. Nos retiramos cogidos de la mano.

Estábamos remisos para irnos a descansar, pero desde el primer día quedó claro que el jefe Carlos marcaba la pauta y daba las órdenes. Había sido un día magnífico, como el anterior y el posterior, pleno de emociones y experiencias.

Al día siguiente amaneció pronto, y al no tener una ducha factible, Cinta y yo nos fuimos a la playa. Parece que la idea gustó al grupo, parte de ellos nos siguieron y al cabo de unos quince minutos, estábamos todos en el agua.

—No recuerdo un baño a estas horas y con esta temperatura —dijo Cinta.

—Yo tampoco. Es refrescante y estimulante.

Las olas se arremolinaban alrededor de nosotros, empujándonos uno contra otro, acariciándonos de cuando en cuando y siempre estimulándonos a seguir este baño tan refrescante y al mismo tiempo de tanta frescura intelectual.

El baño duró una media hora y al salir nos fuimos a tomar un café con unas tostadas en un bar de la esquina.

La mañana transcurrió con normalidad, en un trabajo arduo por la incomodidad que teníamos y por el intenso calor húmedo, que a media mañana nos azotaba con intensidad. Sin embargo, lo hicimos lo mejor posible y con buen ánimo. Todos tratábamos de poner al mal tiempo buena cara y los voluntarios poníamos siempre la mejor voluntad.

Cinta me pidió en algún momento ayuda para alguna duda que yo traté de aclarar de la mejor manera posible. La veía con buenas posibilidades para trabajar, ya que era especialmente mañosa.

La comida fue como el día anterior, y Carlos nos informó que después del almuerzo trabajaríamos sólo un par de horas y regresaríamos a casa.

Esa mañana tratamos a una chica de unos diecisiete años, que últimamente dormía en la calle, ya que su madre la había echado de casa porque su padre la había violado. Nos habló de que había muchas chicas como ella violadas por familiares. Era una situación de indefensión de estas pobres chicas, que se desarrollaban sin una estructura familiar y que deambulaban por los

caminos de la vida, dando tumbos y sin un derrotero preciso. Así era la vida en ciertas zonas y así eran nuestros pacientes, de vez en cuando. Estábamos obligados a tratarlos con mucho cariño y sensibilidad. Yo, en esos momentos, pensaba el poco tiempo que tenía de vida y el mucho que ellas tenían, pero qué diferencia de vidas. La mía con dolor del cuerpo, pero después de haber llegado al final, habiendo cumplido parte del destino, mientras que ellas nunca cumplirían un destino; éste siempre sería negro como la noche. Sin que nadie se diera cuenta, le di cien dólares; a mí ya para poco me iban a servir y a ella la solucionarían algunos días de su malhadada existencia. De reojo, pude observar que Cinta le dio otros cien dólares. Hasta en esto actuábamos de la misma manera. Coincidíamos hasta en los sentimientos, pero ninguno dijo nada al otro.

El camino de regreso fue muy estimulante, ya que todos estábamos contentos por la labor realizada y la ayuda que habíamos dado en ese pueblecito. Llegamos a nuestra casa alrededor de las nueve de la noche, sin tiempo nada más que a tomar un bocadillo en la cafetería de la esquina e irnos a dormir, pues todos estaban cansados, aunque yo lo que estaba era destrozado, teniendo que disimular a cada rato mi situación. Nadie quiso ir a tomar una copa. El día fue toledano, como comentó Luis de una manera socarrona.

La llegada a nuestra casa fue como siempre, intentando bajar rápidamente del autocar para entrar en las duchas lo antes posible. Cinta y yo lo hicimos despacio, fuimos a la habitación y nos echamos un rato en el colchón, bien cubiertos por las mosquiteras para descansar, y cuando llegó el turno, nos duchamos y cambiamos de ropa para salir a dar un paseo. Al salir, unas niñas nos ofrecieron las fresquillas, que eran unas bolsas congeladas con unas pajitas rellenas con zumo y hielo, poco recomendables por los problemas gastrointestinales que provocaban, y yo, la verdad, es que no estaba para tener ningún problema más de los que ya tenía.

Más allá había unos zagales de unos siete a nueve años, que llevaban una bandeja de bolsas con marañones, una especie de fruto seco muy típico de esa zona. Les compramos varias bolsas,

más que nada con la idea de ayudarles que de tomarlos, aunque los guardamos y poco tiempo antes de marcharnos, todavía tuvimos la oportunidad de tomar algunos. Con una cerveza, el aperitivo estaba completo.

Habían cortado la luz hacía pocos minutos, por lo que era imposible pasear e ir a cenar a cualquier lugar, con lo que casi era obligado tomar un bocadillo en el Hotel Alhambra, que era uno de los pocos que tenía generador y agua.

Cinta, como siempre muy cariñosa y solícita hacia mí. Carlos nos acompañó en nuestra mesa junto con Nela, que no dejaba de comentar todos los trabajos que había realizado durante el día. La historia la contaba mirando a Carlos, como si a los demás de la mesa no les importara.

Un día como otro más, y sin embargo diferente por las distintas sensaciones y sentimientos que nos embargaban a cada instante. Todo era nuevo, todo diferente y al mismo tiempo, todo estimulante. No había nada que nos dejara indiferentes, que no emanara una respuesta de nuestro cerebro o un comentario hacia esta nueva sensación que ante nosotros se presentaba.

Seguíamos sin tener luz en las afueras del hotel, por lo que no había otra posibilidad que irnos a dormir pronto, acompañados con unas linternas que teníamos para estos menesteres.

Mientras nos dirigíamos a la casa, Cinta me dio la mano preguntándome:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —le dije sin remarcar en exceso mis palabras.

—Tienes mejor cara que ayer.

—No sé cómo dices esas cosas si no me la ves, todo es oscuridad.

—En efecto, pero ya te voy conociendo un poco —añadió alegremente.

Mientras me decía estas cosas, me apretaba con fuerza la mano, como si temiese que me fuera o que me pasase algo. Era una sensación especial, que me di cuenta que a veces tenía y que procuraba disimular.

—No se te olvide que mañana debemos comprar baterías para la linterna, que ya se están acabando. Con tantos cortes, no nos dura casi nada —me dijo.

—Mi linterna aún puede durar un par de días, pero mañana podemos ir a la tienda que he visto al pasar y que está a unas cuerdas de la casa en dirección al mercado.

En silencio, llegamos a la casa, en silencio nos acostamos y en silencio nos miramos a los ojos antes de cerrarlos. Los demás ya estaban acostados. Los días eran agotadores, y a veces el cuerpo no daba para más. A todo esto, se unían las incomodidades de la falta de agua, de luz y demás cosas a las que estábamos acostumbrados en nuestras casas, unido a las continuas experiencias que también nos cansaban, pues eran estímulos agotadores.

A los pocos minutos, sólo se oía el vuelo de los mosquitos arañando nuestras mosquiteras y los bisbiseos en la habitación contigua de algunos que no se habían dormido todavía. Cinta seguía con sus grandes ojos fijos en mí, al menos cada vez que yo los abría, ella en silencio me los clavaba. Al poco, la noche extendió su manto entre nosotros, y ya no se oía ni tan siquiera la tenue conversación de los de al lado. Sólo la muerte me rondaba.

El día siguiente, sería otro día más en mi vida que se me escapaba, como la arena de la playa se escapa de las manos sin poder impedirlo. Era una sensación de impotencia que no podía evitar. Durante toda la noche, éstos fueron mis pensamientos y al amanecer, todo mi cuerpo estaba desvencijado por no haber podido conciliar el sueño más de media hora seguida. A mi lado, el resto de los voluntarios dormían plácidamente y la única duda era Cinta, que no sabía si estaba despierta o dormida, aunque yo cada vez que la miraba seguía teniendo clavados sus grandes ojos en mi cara. Se me antojaban dos grandes clavos insertados en mi alma y que yo no podía eliminar, pues cada vez que lo intentaba, ella los volvía a clavar más fuertes. Era difícil estar así siempre, con dos clavos en tu interior, en tu mismidad que no te dejaban ni a sol ni a sombra; bueno, en Nicaragua más exacto sería decir ni a sol

El lago, León y Montelimar

Los días transcurrían con normalidad y monotonía, que era lo mejor que podía ocurrir, aunque cada día tenía su mensaje, su momento precioso y especial, al menos para mí, que todo lo iba anotando en mi disco duro. A media semana, Carlos nos sorprendió con una buena noticia: que el viernes haríamos una brigada en León, la segunda ciudad de Nicaragua y aprovecharíamos el fin de semana para ir a una urbanización de capital español llamada Montelimar, donde pasaríamos un par de noches y aprovecharíamos no sólo para descansar, sino también para asearnos cómodamente en un buen cuarto de baño y poder comer algunas cosas que no habíamos probado desde hacía varias semanas, justo el tiempo que llevábamos allí.

El complejo estaba situado en una buena playa, por lo que los baños en el mar, eran obligados. Para todos los voluntarios, esto era una gran noticia, pues dos días en un hotel eran como para un millonario unas vacaciones en el Caribe, y sin embargo, para mí era un suceso más en los días que me quedaban, y no merecía una alegría especial.

León estaba algo alejado de Granada, como a unos ciento cincuenta kilómetros, es decir, unas tres horas de carro, como ellos dicen. Las distancias no se miden en kilómetros, sino en las horas que necesitas para llegar a ese lugar. Por lo tanto, era razonable que saliéramos tan temprano.

Carlos señaló taxativamente que el autocar nos recogería a las 5,30 de la mañana, ya que el objetivo era estar trabajando sobre las nueve en la brigada y terminar sobre las cinco, con el fin de

poder ir a pasar la tarde y dormir en el hotel Montelimar. Era una pequeña paliza, pero merecía la pena, según nos afirmó.

Cinta me dijo:

—¿Te apetece la excursión?

—Creo que sí —le contesté, aunque sin poner demasiado énfasis en la respuesta.

Nela dijo que le hacía mucha ilusión este cambio introducido al final de la semana. Yo lo que pensaba es que tendría más tiempo para pasar junto a Carlos y esto era en realidad lo que la estimulaba, pues en estos últimos días no siempre habían coincidido en el trabajo, ya que cuando uno estaba en la clínica, el otro estaba en brigadas, y además, por el hecho de que Carlos estaba más en estas últimas, que eran menos controlables y donde su trabajo era más necesario que en la clínica.

El segundo día de la semana, al regresar de una brigada, decidí dar una vuelta solo antes de cenar y me dirigí hacia el lago. Era una calle ancha, con diferentes bares y hotelitos a un lado de la misma, donde los turistas, principalmente americanos y europeos, tomaban a esa hora cervezas y conversaban amablemente entre ellos, programando la excursión del día siguiente.

«Qué curioso —pensaba yo— que fuera tan fácil para muchos programar su vida en las próximas semanas, y que yo no pudiera hacerlo, ni tan siquiera tan solo para unos días».

Me gustaba siempre, y más en esta ocasión, observar a las gentes en su relación entre ellas. Me gustaba verles en animada conversación, intercambiando ideas y comentarios, algo que para mí estaba ya casi terminado.

Quería en ese momento parar el reloj inexorable de mi vida y tratar de encerrar en una cuartilla todos mis pensamientos, mis deseos, mis ansias, en especial algo por lo que fuera recordado en el futuro. Si no fuera en un papel, tampoco me importaría que fuera en una cajita, pero algo que encerrase algo. Algo que no sabía explicar pues se me presentaba ante mí de una manera desdibujada, pero que yo no quería que desapareciese conmigo, sino que se perpetuase. Era como aquellos versos que

revoloteaban en mi cabeza, y que escribí poco tiempo antes de partir para este proyecto:

*«Querría que mis versos no murieran
y que perdurasen hasta el fin de los tiempos,
que dentro de cien años alguien los leyera,
que dentro de mil años se recordaran.
Querría que mis versos no murieran
y que junto a mi tumba creciesen/como flores silvestres.
Cuando en la tierra mi cuerpo repose,
querría que alguien se acercara
y esparciera por ella,
letra a letra, palabra tras palabra
mis versos y poemas.
Y cuando la nieve caiga en mi tumba
y una capa de blancos copos me cubra,
sólo las huellas de mis versos estén
como marcas indelebles».*

Así seguí deambulando sin rumbo fijo, de un lado para otro, dando vueltas, muchas veces por la misma cuadra. Llegué al lago, y allí me senté en un banco para mirar a lo lejos. Siempre me había gustado hacerlo y dejé pasar el tiempo. La tarde se iba echando encima y cerré los ojos para abstraerme en mi soledad, en mi interior, en mi mismidad. Estaba de esta manera cuando sentí que alguien en silencio se sentó a mi lado. Abrí los ojos y la vi, era Cinta que había tenido la misma idea que yo y viéndome a lo lejos, se acercó. Al verla, no se me ocurrió nada que decirle y ella, dándose cuenta de mi arrobó, puso una mano en mi pierna y me dijo:

—¿Cómo estás aquí tan solo?

—A veces estas solo y sin embargo muy acompañado —dije sin mirarla—. No siempre que estás solo lo estás de una manera real —añadí.

—Tienes razón, yo también quería esta soledad —me contestó.

—¿Sabes una cosa? Eres la única chica que me ha hecho feliz.

Ella se azoró y un rubor recorrió su cara durante breves instantes.

—¿Por qué me dices esto ahora y aquí?

—En algún lugar tenía que decírtelo y algún día también —contesté.

A lo lejos, el sol se ponía con un intenso rojo, enmarcando una silueta difuminada por el color de las aguas. Unos extranjeros pasaron en ese momento cerca de nosotros y se pararon a ver el espectáculo diario que la naturaleza nos regala cada día, y que aunque sea triste, pues es el día que se va, nos señala al mismo tiempo la jornada por venir. El pasado y el futuro alternados en una procesión constante y monótona. La señora, que era inglesa, nos dirigió una ligera mirada de soslayo y nos envió una sonrisa de complicidad. Fue un detalle que me gustó. Yo le devolví la sonrisa en un gesto de agradecimiento.

Cinta seguía con la mano en mi pierna, que no había movido a pesar de mi comentario.

—Me has cogido desprevenida y por supuesto, asombrada —me dijo después de unos segundos en los que parece estuvo pensando la respuesta.

—Te habrá parecido quizás extraño mi comentario, ¿verdad?

—No me imaginaba que lo hicieras tan pronto, aunque si he de ser sincera, tenía alguna pequeña sospecha pues una no es tonta, ni se ha bajado del guindo —añadió sin contemplaciones.

Según iba respondiéndome, la tomé por los hombros, y acercando mis labios a los suyos, le di un beso profundo y tierno, como nunca había dado a nadie. Un beso de una enorme espiritualidad con el que quise demostrar mi intenso acercamiento sentimental y mis profundos sentimientos hacia ella. No se retiró, más al contrario, continuó con su entrega labial.

Ahora que estoy en la cama con dolores y sensaciones diferentes, recuerdo aquel instante que se me hizo efímero, pero al mismo tiempo

eterno. Y no es un contrasentido, ya que la espiritualidad con la que envolví aquella entrega junto al lago me acompaña en estos momentos de desazón y desolación. Son aquel recuerdo y otros que tuve allí los que me acompañan en mi despedida eterna. Me parece que mi equipaje es muy bello, muy tierno y muy espiritual y que el traspaso de este túnel que se abre ante mí será más fácil y liviano. El recuerdo es la mejor medicina para mi enfermedad, no para curarme, sino para aliviar mis dolores y pesares que me embargan.

Seguimos en el banco un buen rato en silencio, sólo roto por el canto de los pájaros a nuestro alrededor. La noche iba impregnando con su manto negro todo el horizonte, pero nosotros seguíamos allí, uno junto al otro, esperando no sé qué y a la vez dejando que el tiempo nos envolviera con su dulce pasar, con su silencioso caminar, con su tierno transcurrir. El tiempo, ese concepto tan abstracto y al mismo tiempo tan objetivo, que para mí era diferente que para otros, pues no todos vamos a disponer de la misma manera y ninguno de los que allí pasaban estas semanas conmigo, iban a tener esta experiencia, la última experiencia y la más intensa, la que más iba a acrecentar mis sentimientos y mi espiritualidad.

Estaba en estas reflexiones y no me había dado cuenta que Cinta reposaba su cabeza en mi hombro de una manera indolente y tierna.

Ahora sí, la noche nos estaba regalando toda su negrura, toda su intensidad y toda su belleza. Ninguno quería ser el primero en terminar esta escena de la vida, en cortar este recuerdo, pues hacerlo era como la sensación que podíamos tener al cortar una rosa. Esta vivencia era la rosa que crecía en el rosal, que florecía y nos inundaba con su color y transparencia, era una bella estampa. Cortarla significaba matar, y ninguno de nosotros queríamos matar este recuerdo.

Un grupo de personas se estaba acercando a nuestro banco y cuando estaba mas cerca, nos dimos cuenta que eran Carlos, Nela, Verónica, Mercedes y Luis.

Dudaron unos momentos si acercarse o no para no romper la magia del momento, la quimera del instante, pero Nela, más decidida, se acercó y nos espetó de golpe:

—¿Qué hacen los tortolitos? —la imagen era ésta, pero lo que subyacía en la profundidad nunca lo imaginarían.

—Estábamos viendo el anochecer —contestó Cinta sin ninguna acritud.

Carlos añadió:

—Es una maravilla de espectáculo, visto desde este lugar. Yo vengo varias veces cada año que estoy aquí y siempre me parece diferente. Es fascinante y cuando estoy en mi casa, siempre lo recuerdo con agrado.

—Esperemos que a nosotros nos pase lo mismo —dijo Verónica.

Mercedes asentía con la cabeza, al mismo tiempo que miraba a lo lejos.

Luis, que era más realista, rompió el hechizo afirmando:

—Es hora de ir a cenar, pues si llegamos tarde, habrán cerrado.

Carlos se mostró de acuerdo con ésta afirmación, por lo que el grupo decidió regresar.

Cinta les dijo:

—Ahora vamos; id por delante.

Todos asintieron y se dieron cuenta de que habían interrumpido algo importante, quizás misterioso pero siempre romántico y sencillo, pues sencilla era nuestra relación.

El grupo iba desdibujándose en la lejanía, siendo cada vez sus figuras más tenues y vagas. La noche les envolvía de una manera intensa y profunda, mientras que nosotros seguíamos allí, sin mover un solo músculo de nuestro cuerpo y con sólo nuestro sentimiento a flor de piel, expuesto uno frente al otro. Ésta era sencillamente la escena, un efluvio sentimental y de cariño que traspasaba nuestro propio ser y nos relacionaba más intensamente, más profundamente, haciendo que en cada uno fluyera y se alimentase el otro. Esta felicidad claramente no era sólo mía, sino que estaba compartida por ambos.

De pronto, me acordé de mi enfermedad, de que el tiempo me faltaba mientras que a otros les sobraba y decidí cortar la rosa de una manera intempestiva.

—Vámonos —dije extemporáneamente—, es tarde y ellos tenían razón —añadí.

Cinta enmarcó una mirada incrédula y asintió sin más, aunque quizás en su interior estaba extrañada por lo intempestivo del momento.

—En efecto, es bastante tarde y luego no podremos cenar.

Nos levantamos despacio, como no queriendo olvidar la escena, y de cuando en cuando, mientras caminábamos, mirábamos hacia el banco. Fue el recuerdo de aquella noche de verano de un mes de julio, de un año cualquiera, el que a ella le acompañaría toda su vida y a mí, el poco tiempo del que disponía.

En el restaurante, el grupo ya nos estaba esperando y al vernos llegar, hubo algunas sonrisitas de complicidad, pues para nadie era ya un secreto que Cinta y yo nos habíamos enamorado. Era un secreto a voces que nadie ocultaba. Esta imagen fue la que tuvimos durante todo ese tiempo.

La cena transcurrió con normalidad entre bromas de unos y otros, que a mí en particular no me hacían mucha gracia, pero que intentaba disimular con sonrisas forzadas.

Al final de la cena, se entabló una discusión sobre qué era mejor en las circunstancias en las que trabajábamos: en el caso de un molar con una gran caries, si hacer la extracción o bien tratar de conservar esta pieza con endodoncia. Cada uno aportaba su punto de vista, lo que hizo que la conversación se prolongara más tiempo de la cuenta y Carlos tuvo necesidad de cortarla de una manera tajante y poco política, pero al mismo tiempo necesaria, dado que al día siguiente teníamos que madrugar.

Cuando nos disponíamos a salir, cayó un aguacero con un viento huracanado que nos impedía ir a la calle. El temporal de lluvia que arreciaba por momentos era desabrido y a ninguno de nosotros se le había ocurrido traer un paraguas y ropa adecuada para ese

momento, ya que cuando salimos de la casa, el cielo estaba nublado pero no amenazaba lluvia.

Nela preguntó a Carlos si era frecuente que esto durara mucho tiempo, a lo que Carlos contestó que era indeterminado y que unas veces duraba una hora, y otras media hora, pero que nos armáramos de paciencia porque podía ser larga la espera.

Cinta me miraba con aire de colegiala sorprendida, y sólo alcanzó a decirme si tenía frío. La verdad es que la temperatura había cambiado en parte y ya no era ese calor agobiante de la tarde, con esa humedad característica que muchas veces nos hacía que estuviéramos incómodos.

—¿Te apetece que pidamos alguna bebida para matar el tiempo? —me dijo Cinta.

—Lo que tú quieras, pide lo que quieras, a mí me da lo mismo —contesté indolentemente.

En ese momento, me percaté que Cinta seguía con la mano en mi pierna, había estado todo ese tiempo, toda la cena de esta manera. Yo me encontraba bastante bien esa noche, no sé si por el paseo que di y la posterior escena del banco junto al lago, o porque me encontraba a gusto conmigo mismo después de los días pasados, ya iba para dos semanas, en los que me había demostrado a mí mismo que era capaz de aguantar el chaparrón interior que me corroía. El desgarro era sólo en el interior, ya que externamente daba una impresión de total normalidad, sea porque en realidad fuera así o bien porque disimulaba muy bien mi situación.

Verónica y Mercedes empezaron a contar chistes y esto nos distrajo de la lluvia, que de una manera pertinaz seguía atizando los cristales del restaurante y encharcando la calle. No estaban preparados para esta lluvia, a pesar de que era normal, pero los sistemas de colectores no eran apropiados para la cantidad de agua que recibían en estas circunstancias.

Cuando estaban los chistes en su apogeo, se fue la luz y la oscuridad nos invadió. Era un restaurante que no tenía generadores, por lo que no podía suplir la falta de luz como ocurría en algún hotel. Tener un generador significaba un cierto nivel,

y ciertos restaurantes no tenían un turismo como para tenerlo, pues era bastante caro para estas economías.

Cinta aprovechó para cogerme la mano en ese momento y yo se la di sin contemplaciones, de una manera clara y segura. Nadie nos veía, por lo que era un buen momento para mantener esta entrega espiritual que me acercaba a ella, en especial en estas circunstancias. Le di un beso en un arrebato de valor y ternura. Nadie se percató de ello, que fue lo que más me agradó, pues mi intimidad era sólo mía. Ella correspondió apretándome la mano con más fuerza. Todo se desarrolló en el silencio y en la oscuridad.

Verónica y Mercedes seguían con sus chistes que nos hacían reír, y cuando acabaron, fue Luis el que continuó. Conocían una gran retahíla de ellos y además los contaban con un especial gracejo, que hicieron la alegría de todos y que el corte de luz no se nos hiciera pesado a nadie.

En el exterior, la lluvia había finalizado, los cielos habían terminado de llorar y aunque la oscuridad nos seguía acompañando, decidimos regresar aunque fuera a tientas. Afortunadamente, tres voluntarios tuvieron la precaución de traer las linternas, con lo que nos dividimos en varios grupos para la salida. La calle estaba demasiado encharcada, por lo que el camino se nos hizo bastante incómodo. Cinta y yo íbamos del brazo y Nela, para ayudarse, tomó también del brazo a Carlos. Al dar la vuelta, vi cómo los chicos daban la mano a las chicas y prácticamente cada chica iba de la mano de un chico, que le ayudaba a sortear los grandes charcos de la calle. La naturaleza iba al unísono, la de los sentimientos y la de la fuerza meteorológica, las dos de la mano, nunca mejor dicho. Esto me congratuló pues veía que el afecto de unos y otros se iba estrechando.

La semana tocaba su fin y llegó el día de la brigada anunciado por Carlos. A la hora fijada estaba el autocar en la puerta, para llevarnos a la ciudad de León, donde cerca, en un pequeño poblado, teníamos señalada la brigada.

La ciudad estaba a unas tres horas de Granada. No teníamos tiempo de hacer turismo, pero pudimos pasar por la plaza donde

estaba la Catedral. Era ésta, de estilo barroco y estaba considerada como el símbolo de la nacionalidad, como podría ser el Coliseo en Roma o el Partenón en Atenas. Según la concepción cósmica, se encuentra dividida en tres plantas: el inframundo (planta inferior), el mundo (planta media) y el cielo (planta alta). En la parte inferior se encuentran los sótanos, en la media las cinco naves de la Catedral con sus altares laterales y el altar mayor, y en la superior las cinco terrazas de un barroco puro.

Les expliqué a Cinta y a las demás chicas que querían escucharme que allí estaba la tumba del poeta por antonomasia de Nicaragua: Rubén Darío, padre del Modernismo, por lo que la visita era obligada para muchas personas y se convertía en una atracción turística de primer orden. Se conoce como basílica de la Asunción, la más importante de América Central, siendo la Custodia uno de los tesoros más apreciados de la Catedral. Hay una placa conmemorativa de la visita del Papa Juan Pablo II en 1983. Pero también, señalé, en esta ciudad convivieron los precursores del vanguardismo como Alfonso Cortés y Azarías Paltais.

Con estas explicaciones gané varios puntos para los voluntarios, aunque por supuesto, no para Cinta, con la que había ganado ya todos los puntos que pude en las semanas anteriores.

Añadí un dato más a la explicación, como que León fue la capital de Nicaragua durante cerca de doscientos años hasta que en 1851 pasó a Managua. Fue destruida por un terremoto en 1609. En el momento actual tenía unos trescientos mil habitantes y mantiene su vieja arquitectura incólume con casas de un piso y techos de tejas. Son típicos los patios en las casas. La universidad se pone en marcha el año 1816. Con esto, mis aclaraciones tomaron cuerpo de naturaleza cultural y aumentaron el patrimonio, no muy abundante del grupo.

Al caer el sol, las aceras de las calles se llenan de sillas en las puertas de las casas para la conversación, ejemplo de la mezcla de la tradición y de la cultura del ocio. La patrona de la ciudad es la Virgen de la Merced, siendo el 24 de septiembre el día principal de la procesión.

Me encontraba algo mareado por el viaje, que me pareció largo. Cinta a mi lado dio algunas cabezadas aunque siempre estaba pendiente de mí.

—¿Cómo te encuentras? —me dijo al llegar.

—Bien, aunque el viaje no me ha resultado agradable ya que me he mareado un poco.

—Quédate en el autocar mientras vamos montando el material y después te reincorporas al trabajo, por lo menos tienes una hora más de descanso, ya que no creo que acabemos antes.

Verónica, muy solícita, se acercó con un vaso de agua. Esto me reconfortó brevemente y decidí descansar para no hacer el ridículo después. Mercedes me trajo una colchoneta para colocármela debajo de la cabeza y me quedé transpuesto un buen rato, que a mí me pareció un instante.

Cuando ya estaba preparada la clínica con todo el material dispuesto, en unas mesas cubiertas de manteles y la fila de pacientes, Cinta se acercó y con un dulce beso me despertó.

—¿Estás mejor ahora? —me dijo suavemente.

—Te he despertado porque tú me lo dijiste, pero por mí te hubiera dejado dormir un buen rato más.

—Has hecho bien, no sería correcto que estuviera descansando y vosotros trabajando.

—Ya estás como siempre con el sentido del deber exagerado.

—No es eso, es que no puedo permitir lo contrario. Me parece un egoísmo por mi parte.

Hablar de egoísmo en mis circunstancias personales era una sinrazón pero nadie lo sabía, y éste hubiera sido el comentario.

Desde pequeño, tenía como virtud un sentido del deber y del cumplimiento demasiado acendrado, lo que a veces me ponía en situaciones especiales. En el colegio, siempre era el ejemplo para mis compañeros, lo que provocaba envidias. En mi casa también, y mis padres siempre lo contaban a sus amigos. Era por ello, un buen ejemplo a imitar.

—Tienes preparado todo tu material junto al mío —me dijo Cinta dándome la mano para bajar del autobús.

La cola de pacientes era larga, aunque afortunadamente no tanto como en otras brigadas. Deberíamos terminar a las cinco de la tarde para ir a Montelimar, tomar las habitaciones del *resort* y poder bañarnos en la playa, que por los comentarios e informaciones de Carlos, era muy buena y merecía la pena.

No hay nada digno de reseñar en este día de brigada, ya que el trabajo fue como el resto de los días, sin ninguna diferencia, y con los mismos pacientes y patologías. Hicimos muchas calzas y bastantes extracciones de raigones, repartimos cepillos dentales y enseñamos a cepillarse los dientes de una manera efectiva.

Así transcurrió el día y casi al atardecer se acercó una niña de unos doce años con caries en todo el frente anterior. Cinta y yo decidimos atenderla antes de finalizar el día, por lo que nos dispusimos a hacer empastes en toda esa zona. Mientras yo trabajaba, Cinta me ayudaba, me daba el material, me secaba la boca de saliva, ya que aspirador no teníamos. Tardamos más de una hora en rehacer estos dientes, pero el trabajo quedó a plena satisfacción nuestra. La niña no le dio la menor importancia, sus caries no eran importantes para ella, por lo que las calzas tampoco deberían tenerla.

A las cinco en punto de la tarde, como en el poema de García Lorca, Carlos dio una orden taxativa, terminar y recoger. «Nos vamos en quince minutos». Dicho y hecho. Recogimos todo el material y subimos al autocar, donde me recosté un rato hasta llegar a la urbanización. Directamente fuimos a la habitación. A mí me tocó con Cinta, Mercedes y Verónica. Nos dejaron estar cuatro en cada habitación, por lo que el precio que nos salió fue muy bajo. Nada más llegar nos pusimos el bañador y fuimos a la playa. Era ésta, de arena fina y blanca, sin piedras al entrar y sin olas. El agua estaba tibia y la entrada fue muy agradable.

Cinta me daba la mano al entrar y salir del agua, mientras que Verónica y Mercedes no hacían más que darse aguadillas. Era una tarde calurosa, aunque la humedad no era grande, por lo que el calor resultaba soportable. El baño nos estimuló y fue un acicate en ese día de trabajo. Después de un largo baño, nos

echamos en la playa durante un buen tiempo ya casi anoche-
ciendo. El sol a lo lejos se ponía con un rojo intenso y Cinta y
yo, ensimismados con esta belleza, estuvimos sin hablar un
buen rato. Las chicas estaban cerca pero a una distancia pru-
dencial, como queriendo mantener nuestra magia en la intimi-
dad. En efecto, era éste un momento mágico, fantástico, pues
junto a esta puesta de sol estaba Cinta compitiendo con ella en
belleza y sentimiento. La puesta de sol ensimismaba y nos cubría
de sentimiento y ternura, y Cinta completaba el cuadro de una
manera perfecta. Para terminar de perfilar esta escena, estaban
las palmeras, las gaviotas, la arena blanca y la suave brisa. Todo
era un acompañamiento acorde y rítmico, como una sinfonía
que remedaba la quietud, la belleza, la serenidad y la ternura.
Una sinfonía suave que nos acariciaba y envolvía con su qui-
mera. Fue un espectáculo digno de recordar, imagino que Cinta
así lo haría durante mucho tiempo. Yo sólo pude recordarlo
algunos días.

No sé el tiempo transcurrido, no sé lo que hicieron los demás,
no sé qué pasó mientras estuvimos allí Cinta y yo. Sólo sé, que
para mí, éste fue oro. Me quedaba muy poco tiempo, pero si todo
lo que me quedaba era así, merecía la pena.

Al rato me incorporé y vi a Nela y Carlos pasear a lo lejos entre
gaviotas y olas. No sé si iban de la mano o no, a mí me pareció
que sí, pero Cinta lo dudaba. Creo que iban de la mano, pero
Cinta no quería reconocerlo.

La noche nos envolvió con su manto poco a poco y en el cie-
lo se contemplaban las estrellas, como lucecitas, como pequeñas
luciérnagas que relampagueaban. Era un bello espectáculo mirar
al mismo tiempo al cielo y a la lejanía, donde el mar parece que
se pierde en una línea recta, como si nos indicara el fin del mun-
do. Seguíamos allí, a pesar de la noche y, ninguno del grupo movió
un solo músculo. Todos permanecíamos en la misma posición
embelesados por la belleza de nuestro atardecer.

—Cinta, ¿sabes una cosa? —le dije de sopetón.

—Si no me la dices va a ser difícil que la sepa.

—Hay cuatro cosas en la vida que no se recuperan: la piedra después de arrojada, la palabra después de proferida, la ocasión después de perdida y el tiempo después de pasado.

Y ella sin más me dio un beso en los labios cerrando mi boca. La miré embelesado y como flotando en una nube. Ella estaba en una nube y dio un salto para venir a la mía y al llegar, me alcanzó un beso intenso. Era como el Principito pero en la playa de Montelimar. Flotábamos los dos en la misma nube, reíamos y reíamos y nos besábamos. Era como un sueño, cuyo despertar sería cruel.

Despertar, aquél que tuve esa mañana, cuando la enfermera entró para preguntarme cómo había descansado y qué tal me encontraba. Cruel despertar, comparado con el de la playa. Ahora mi compañía eran los tubos y los olores a hospital, a pesar de estar en mi casa, la bata blanca de la enfermera que parecía un sargento de caballería, con sus órdenes y comentarios acerca de mi enfermedad. Lo sabía todo, si tenía dolores, si necesitaba algo, si había que aplicar más sedante al suero o si la sonda estaba bien colocada. El día amanecía triste, nublado, diferente de aquél que recordaba de luz intensa y transparente, donde las gaviotas susurraban al oído una música celestial. Ahora tenía la sinfonía de la enfermera, cuchicheando comentarios acerca de mi evolución. Tenía ganas de mandarla a hacer puñetas, pero mi especial sensibilidad lo impedía. Cerré los ojos y me dispuse a seguir con mis recuerdos, que eran la mejor medicina para mi enfermedad.

Indolentemente, como desperezándonos de un largo sueño, nos levantamos para dirigirnos cansinamente a las habitaciones, con el fin de arreglarnos e ir a buffet que nos esperaba. La comida copiosa y abundante nos sacó de la monotonía del gallo pinto y los frijoles. Nos sentamos en una gran mesa que nos habían preparado, y entre chistes y bromas, dimos buena cuenta de las viandas.

Al terminar, estuvimos un buen rato en los salones del hotel, departiendo las anécdotas del día y los días pasados. Todos teníamos cosas que contar, y yo con ello me distraía y animaría. Cinta no dejaba de estar a mi lado. En cada oportunidad que tenía, y éstas eran muchas, se colocaba junto a mí con cualquier pretexto al principio y sin ninguna excusa más tarde. Siempre estaba junto a mí. Era como mi sombra o como el soneto de Quevedo un hombre a una nariz pegado, en este caso sería una mujer a un hombre pegada o también, un hombre a una mujer pegado, que de ambas maneras podía entenderse.

La noche fue buena, en colchones blandos y sábanas limpias. Cinta y yo dormimos en la misma cama *king size*, y Verónica y Mercedes en la otra también de tamaño adecuado. El tenerla a mi lado hacía que mi entrega espiritual fuera más intensa y ella me dio la mano para dormirse de esta manera tan poco lasciva. Los dos cuerpos unidos en el sentimiento y en lo espiritual y separados en lo físico. Fue una agradable experiencia que hasta entonces no había tenido. Cada día tenía su experiencia diferente, y yo debía aprovecharla con más intensidad que los otros.

Al día siguiente, la ducha no tuvo los inconvenientes de nuestra casa de Granada ya que era limpia, no había que soportar colas y el tiempo de uso podía ser libre, pues mientras unos se duchaban, los otros nos dedicábamos a contemplar el amanecer en el mar. Desde nuestra terraza se divisaba la playa y el limpio amanecer, con un azul intenso y profundo, amenazando un día de calor.

Bajamos al buffet para el desayuno, donde se nos presentaban toda suerte de alimentos dulces y salados, zumos y demás comestibles, que hicieron las delicias de todos nosotros, acostumbrados a tan poca cosa y a lujos tan escasos.

Cinta me preguntó si me apetecía dar un paseo por la playa, a lo que le contesté que por supuesto; hacía un buen día aunque el calor prometía ser fuerte. Sería conveniente que lleváramos las cremas protectoras, pues las quemaduras serían importantes en caso contrario.

Recorrimos la playa durante un buen rato y parece que nuestra idea no cayó en saco roto, pues el resto del grupo hizo lo mismo detrás de nosotros, pero siempre a una distancia adecuada, para no inmiscuirse en nuestra intimidad.

Las olas nos salpicaban al romperse en la orilla y nosotros caminábamos de manera alternativa entre el agua y la arena. Había unos pescadores que discutían entre sí, cuál era el pescado mayor que habían capturado en su vida. Unos zagaes jugaban más adelante y unos vendedores se nos acercaron a vendernos paños típicos de la región. Todo esto no era más que la patente de que la vida seguía, a pesar de que para unos iba y para otros venía. Este mundo es lo más parecido a las olas, que tienen cresta y valle, que suben y que bajan y cuando algo va, hay otra cosa que viene. Es el equilibrio natural que se presenta en todas las situaciones y en todos los momentos.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Cinta rodeando con su brazo mi cintura.

Ésta era una pregunta obligada que me la hacía prácticamente todos los días.

—La verdad, es que nunca me he sentido tan bien —mentí, aunque la estricta verdad era que esa mañana estaba en plena forma. El paseo de la playa me había venido de perlas y el magnífico desayuno que habíamos tenido, completó mi recuperación de los días anteriores.

Verónica, Mercedes y Luis venían detrás de nosotros y dado su rápido caminar, nos alcanzaron en pocos minutos. Al llegar a nuestra altura, nos sonrieron picaronamente y siguieron con su ritmo, que no quisieron interrumpir al darnos alcance.

El sol estaba casi en su cenit, por lo que decidimos regresar y buscar la sombra de unas palmeras, descansando en unas tumbonas que el hotel había colocado allí para sus huéspedes. Había suficientes tumbonas para todo el grupo, por lo que elegimos dos que estaban más en sombra, ya que a mí no me beneficiaba tomar tanto sol, pues me levantaría dolor de cabeza, lo que unido a mis dolores normales y constantes, sería perjudicial.

Allí pasé un par de horas en un duermevela, oyendo los pájaros y el rumor de las olas. Ese vaivén monótono era como una música celestial; ¿sería ésta la que oiría cuando me llegase la muerte? Si fuera así estaría bien, pero yo tenía serias dudas de cómo llegaría ese momento. Tenía cerrados los ojos y me dediqué a pensar en qué consistiría esa última sensación vital. ¿Vería una luz y un túnel como había leído de algunos que habían regresado de este punto? O por el contrario, ¿sería un campo verde lleno de amapolas, donde yo me sumergiría? En estos pensamientos pasé estas dos horas, despertándome y durmiéndome, con una gran placidez y una suave brisa que me acariciaba.

Cinta, como siempre, a mi lado en plena vigía, oteando el horizonte, mirándome de cuando en cuando y clavando sus grandes ojos negros en mi alma.

—¿Vamos a bañarnos? —oí la voz de Cinta en mi oído.

La pregunta fue como música celestial. Estaba despierto y abrí los ojos para verla inclinada sobre mí, mirándome como ella sólo sabía, con toda su intensidad, con toda su belleza y su pelo suelto sobre mi cuello. No le contesté, hice que repitiera la pregunta dos veces más. Me gustaba oírle repetir la pregunta, con su voz angelical que me parecía música. A la tercera repetición me dijo: «está bien, me voy a bañar sola». Esto parece que surtió efecto, ya que me levanté de improviso, la agarré del cuello y le di un beso en la boca. No creo que nos vieran pero no me importaba. Había sido espontáneo y sincero y eso era lo más limpio que podía darle en ese momento.

La sorpresa

Aquel día los voluntarios regresaron antes de lo habitual debido a una avería en la electricidad que impedía continuar el trabajo. Estaba preocupado porque Cinta no había ido con el resto del grupo, ya que se sentía cansada y había decidido quedarse en casa a dormir un rato más, y después, si se encontraba mejor, dijo, se acercaría a la clínica a ayudar.

Era una tarde intensa, de un calor espeso y húmedo, pegajoso, que se adhería al cuerpo. Los voluntarios tenían ganas de tomar una ducha y caminaban deprisa, pues dado que todavía era temprano, podrían aprovechar después para dar un paseo. A mí lo único que me importaba era ver a Cinta, ya que llevaba todo el día sin noticias de ella.

Al llegar a la casa, nos llamó la atención que la puerta no estaba cerrada herméticamente como generalmente sucedía, sino que estaba entreabierta, dejando que la luz del interior se escapase al mismo tiempo que una sombra de duda invadía a los voluntarios. Carlos, más decidido, se acercó y empujó con fuerza la puerta. El espectáculo que apareció ante su vista no dejaba lugar a dudas. Toda la casa estaba revuelta, como si hubieran entrado ladrones, aunque a simple vista las medicinas y anestésicos que estaban colocadas en la entrada, se encontraban en su lugar, aunque eso sí, bastante revueltas. Por todos lados se veía un desorden. Esta primera impresión hizo que el grupo se quedase parado en la puerta de entrada, sin atreverse a seguir. Carlos se adelantó seguido por mí pues a toda costa quería salir de dudas: ¿qué es lo que había pasado con Cinta? En la primera habitación, el revuelo

era mayor si cabe. Las colchonetas y las mosquiteras tiradas y rotas, como si hubiera habido una pelea, viéndose alguna mancha de sangre en una de ellas. Un aparato de radio estaba funcionando con una melodía pegajosa y plúmbea. La melodía más que transmitir una música, lo que parecía era que estaba destinada a atronar el ambiente. Como si la hubieran puesto para apagar los gritos. Por mi cabeza pasaron rápidamente, como en una película, las escenas de lo que había ocurrido, y nervioso, le dije a Carlos:

—Vamos con cuidado, esto no me gusta nada.

Y dirigiéndome al resto del grupo, les dije:

—Quedaros quietos sin moverse; Carlos y yo daremos un vistazo a la casa para ver qué ha sucedido, pero sobretodo no tocar nada de lo que veáis, es posible que haya huellas y la policía tendrá que investigarlas.

En mi cara se notaba más que el miedo, la preocupación por lo que estaba sospechando.

La segunda habitación en la que entramos fue todavía peor. En ella todo estaba patas arriba, ensangrentadas las colchonetas y las mosquiteras desgarradas. La ropa aparecía por todas partes desordenada y desperdigada por el suelo. Cada vez era más patente para Carlos y para mí lo que estábamos viendo, y cuando cruzamos nuestras miradas, se podía ver en ellas la mezcla del espanto y la preocupación.

Los cuartos de baño estaban normales, pero no podíamos imaginar lo que presenciábamos en la siguiente habitación. Encima de una colchoneta se encontraba Cinta, inconsciente dijimos al tomarla el pulso. Intentando reanimarla, no nos percatamos de lo que había al fondo de la habitación. Era Edgar que yacía con un puñal en el pecho y con la camisa ensangrentada. Sus ojos abiertos denotaban el miedo que había tenido en los últimos segundos de su vida. Todavía el cuerpo estaba caliente, por lo que se podía deducir que no había transcurrido mucho tiempo. Estaba maniatado, lo que hacía descartar una pelea, un ajuste de cuentas, dijo más tarde la policía al entrar en la habitación.

Cinta seguía inconsciente a pesar de los esfuerzos que hacíamos por reanimarla. La levanté como una pluma y la llevé a la primera habitación, colocándola en una colchoneta y diciendo a Verónica que la atendiera, pues ya empezaba a recuperarse.

Carlos mientras tanto se dirigió a los voluntarios, y les contó rápidamente lo que había sucedido, prohibiéndoles la entrada en la habitación y pidiendo que dos de ellos fueran a llamar a la policía. Luis y Jaime, sin pensárselo mucho, se dirigieron rápidamente a cumplir con la orden.

—Pero sobre todo, insisto no toquéis nada, pues cualquier elemento puede ser decisivo en este trance.

Mientras tanto, yo me encontraba ya más calmado y estaba con Cinta, que poco a poco se iba recuperando, aunque de momento tenía una disociación tiempo—espacial, y no podía explicar nada de lo que había sucedido. Verónica le dio un vaso de agua que la entonó y empezó a articular algunas palabras sin significado, pero que denotaban el trauma que había sufrido.

El resto de los voluntarios permanecían en silencio en el portón, sin atreverse a entrar ni a articular palabra. Sus miradas señalaban una situación a horcajadas entre la incredulidad, el temor y la sorpresa. Poco a poco, fue llegando el grupo completo de brigadas, que atónito, escuchó las explicaciones deslavazadas que los más avisados pudieron dar.

Por mi parte, más tranquilo, trataba de sonsacar a Cinta una explicación de lo que había ocurrido. El aturdimiento era tan grande, que no era capaz de dar una coherencia a sus palabras.

—Parece ser —contaba— que estaba descansando en su habitación, cuando entraron unas personas que no podría identificar, ni en la cara, ni precisar su número, y debieron lanzarse en tromba sobre Edgar, al que maniataron después de pegarle una buena paliza —esto no lo precisó, ya que no lo vio.

Cinta, con el ruido y los gritos, se despertó y salió de la habitación para ver lo que pasaba, y uno del grupo la agarró con fuerza y la dio un golpe en la cabeza, por lo que no pudo recordar nada más. Sólo que antes de que la dieran el golpe alcanzó a ver

a Edgar ensangrentado y maniatado a una silla, con los ojos saltones de miedo y echando sangre por la boca. No podía recordar nada más y ésta fue la sucinta explicación que nos dio y que después repitió a la policía cuando la interrogó. Preguntaba una y otra vez qué le había pasado a Edgar y en qué situación se encontraba. No quisimos decirle en ese momento la verdad hasta que estuviera más recuperada, pues la impresión que había recibido era muy grande.

Mientras Cinta iba relatando lo poco que recordaba, Verónica le preparó un té que la reconfortó ligeramente, por lo que pudo levantarse y dar un corto paseo por la habitación, aunque nosotros vigilábamos para que no entrase en el resto de las habitaciones y que no pudiera ver el destrozo ocasionado y el cuerpo de Edgar. La habitación estaba herméticamente cerrada y nadie, a excepción nuestra, pudo ver nada de lo que había en su interior.

—Espero que la policía llegue cuanto antes —dijo Carlos moviéndose nerviosamente por la habitación.

—No sólo tiene que llegar, sino también llevarse el cuerpo, pues no vamos a dormir tranquilos en toda la noche —añadí yo—. Las chicas están muy nerviosas y no creo que puedan dormir sabiendo que el m..., que el cuerpo de Edgar está en la otra habitación —al decir esta última frase, Carlos palideció y un rictus de amargura y temblor recorrió su boca.

Siguieron breves minutos de silencio que a todos les parecieron horas y al cabo, entraron Luis y Jaime, que estaban en la puerta a modo de cancerberos, para decir que creían que un coche de la policía se estaba acercando.

No bien habían acabado de decir esta frase, cuando se oyeron unos pasos recios en el portón y una ronca voz que llamaba y preguntaba por el jefe del grupo. Carlos tardó breves instantes en darse por aludido y se dirigió a los dos policías que estaban en la puerta.

—Buenas tardes, ¿es usted el jefe del grupo? —dijo el que parecía tener más galones.

—Me llamo Carlos y estoy como jefe de este grupo desde que llegamos, hace un par de semanas.

—Bien, pues cuénteme lo que sepa —dijo a modo de presentación.

—Poca cosa sabemos. Llegamos hace media hora más o menos y encontramos la puerta principal abierta. Estaba todo revuelto y en la segunda habitación se encontraba Cinta, bueno una voluntaria que se había quedado en la casa ya que estaba algo indispuesta, totalmente inconsciente. Tratamos de reanimarla durante unos segundos, y otro voluntario, José, y yo nos dirigimos a explorar el resto de la casa. En la última habitación, encontramos el cuerpo del que teníamos contratado para vigilar la casa mientras estábamos fuera de ella. No nos fijamos nada más en que estaba muerto y que tenía clavado un puñal en el pecho y toda la camisa ensangrentada.

Más tarde, la policía nos dijo que le habían introducido una mosquitera en la boca, posiblemente para que no gritase. Nosotros este detalle no lo vimos, tan asustados estábamos. Era de suponer que la paliza y posterior muerte hubiera durado unos minutos.

—¿Han tocado algo de la escena? —preguntó el jefe de la policía.

—Sólo le tomamos el pulso para saber si estaba muerto. Lo demás lo dejamos como estaba, sin tocar nada —dijo Carlos, que estaba llevando la voz cantante en este episodio.

Entonces, pregunté yo:

—¿Qué van a hacer con el cuerpo?

—Hay que esperar a que venga el juez para el levantamiento del cadáver.

—Entonces, ¿no podremos dormir esta noche aquí?

—Eso depende de la hora en que venga, pero yo por si acaso iría buscando un lugar, al menos para esta noche. La casa debe quedar precintada —añadió sin rodeos.

Esta lacónica respuesta turbó el semblante de Carlos y el mío, que no hacíamos otra cosa que dar vueltas por la habitación.

—Será menester que vayamos buscando alguna alternativa, ya que dada la hora que es, lo más fácil será pensar que esto se va a retrasar durante varias horas —dijo Carlos con la experiencia que le daba conocer la forma de actuar de los nicas.

Sin pensárselo dos veces, se dirigió al portón donde estaba el resto del grupo y en pocas palabras, les dio la explicación de lo que pasaba, y encargó a Luis y Jaime que fueran a buscar algún lugar para quedarse a dormir esa noche. Las alternativas eran varias, y aunque ninguna era perfecta, al menos podían solucionar esta noche, que era la más importante. Al final se impuso ir a buscar habitaciones al Hotel Alambra, donde se podían quedar la mitad de los voluntarios y la otra mitad en otro hotel más pequeño que estaba enfrente de la Casa de los Tres Mundos. De esta manera, la situación se solucionaría bastante bien.

Luis y Jaime regresaron en un rato con esta información y dividieron el grupo en dos partes, para que unos fueran a un hotel y los otros al otro hotel. Nadie se atrevía a discutir nada, por lo que Luis se hizo el jefe del subgrupo del hotel Alhambra y Jaime del otro grupo. Mientras tanto, Carlos y José se quedaron con la policía para contestar todas las preguntas que cada poco iba haciendo y se les ocurrían.

—Para empezar —dijo el jefe de la policía—, necesito una lista con los nombres de los que están en esta casa y las actividades que realizan cada uno, así como el lugar en el que estaban esta tarde. Después, interrogaré uno a uno para saber más detalles.

Cinta ya se había recuperado completamente, por lo que el policía decidió comenzar el interrogatorio con ella, que era la principal testigo de la escena.

Acercándose a ella y con cara de circunstancias para dar la impresión de que todo lo tenía controlado, le acercó una silla, y sentándose a su vez en el borde de la mesa, le dijo de sopetón:

—Ahora cuéntemelo todo desde el principio, sin omitir nada.

Cinta repitió palabra por palabra lo que nos había contado minutos antes a Carlos y a mí, pero esta vez con más detalles y haciendo hincapié en aspectos tan ínfimos como la descripción

de la ropa de los asaltantes. En este momento de la narración todavía ignoraba el final de la historia, por lo que su relato terminó cuando le dieron un golpe en la cabeza y quedó inconsciente. La descripción fue acompañada de gestos con las manos, para ser más precisa con los datos que iba aportando.

Cuando finalizó, respiró hondo y durante breves instantes reposó la cabeza entre las manos y rompió a llorar. Hasta este momento pudo controlar la situación, pero llegó un punto en que su sensibilidad a flor de piel no pudo más. Entonces, yo solícito le acerqué un vaso de agua y una servilleta para los ojos, lo que agradeció con una leve sonrisa y un suave apretón de manos.

El jefe de policía, insensible, acostumbrado a estas experiencias, iba tomando nota mientras Cinta desgranaba la historia, al mismo tiempo que su ayudante iba y venía de un lado a otro, sin saber qué hacer ni a qué carta quedarse, ya que no debería tener mucha experiencia en este tipo de situaciones y se le veía bastante inexperto, haciendo comentarios que no llevaban a ninguna parte.

—Ya no queda ningún voluntario en la casa, todos se han ido al hotel —dijo Carlos entrando en la habitación con aire cansino, pero con gesto autoritario, para añadir poco tiempo después—, he quedado en vernos en el hall del hotel Alambra en una hora para darles las órdenes oportunas para mañana.

Asentí con la cabeza el comentario de mi jefe y seguí ocupándome de Cinta, que daba muestras de un excesivo nerviosismo.

Estando en estos menesteres, se oyeron unos golpes recios, aldabonazos para ser más precisos, en el portón y que el ayudante se dirigió a abrir rápidamente, pensando que sería la autoridad judicial, como así fue.

—Buenas noches —dijo el juez acercándose a donde estaba Cinta con el jefe de la policía.

Era éste un hombre de unos cincuenta años, de tez morena y grandes bigotes. Su cara oscura y sus ojos penetrantes daban ya de por sí un aspecto que imponía sólo con una de sus miradas.

No parecía hombre dado a la conversación y reflexión, siendo sus comentarios únicamente órdenes para todos. Hablaba poco y cuando lo hacía era para hacer una pregunta escueta y dar una orden imperativa, y sin lugar a la duda ni a la disyuntiva. Todo él era imperativo a excepción de su figura, que no le acompañaba. En su boca siempre tenía un cigarrillo que no dejaba desaparecer, ya que cuando lo terminaba, encendía otro con la colilla que acababa de finalizar.

—Vamos a ver qué ha pasado, quienes son ustedes y dónde está el muerto —dijo acompañando sus preguntas con un gesto autoritario de las manos. Su voz ahora presentaba una serie de inflexiones, pero parecía impostada.

Carlos, tomando el timón de la nave, se dirigió a él de una manera en la que también quiso demostrar su autoridad y le dijo:

—¿Por cuál pregunta comenzamos?

—Por el principio —contestó sin inmutarse, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo nuevo con la colilla del que acababa de quemar.

—Pues lo que ha pasado es que hemos regresado de una brigada y nos hemos encontrado al cuidador de la casa muerto —añadió Carlos de un sopetón.

En este momento, Cinta, que comprendió toda la situación, rompió a llorar al enterarse de lo que había pasado en realidad y que no fue un simple ataque a la casa.

—Perdone, señor juez —dije—. Ella no sabía cómo había terminado Edgar.

—¿Quién es Edgar? —preguntó de manera acalorada.

—El cuidador de la casa, la persona que teníamos contratada para vigilarla.

—Pues explíquenme bien las cosas, porque ya es difícil de por sí, para que ustedes las compliquen más con sus explicaciones inadecuadas.

Carlos ya estaba a estas alturas del interrogatorio bastante harto del juez, de la policía y hasta del muerto, que no tenía culpa de nada.

—Bien, como le decía, llegamos a la casa sobre las cinco de la tarde y nos encontramos a Cinta inconsciente y...

En esta parte de la explicación, el juez, que parecía una persona intuitiva y muy inteligente, preguntó:

—¿Y quién es Cinta?

Carlos se dispuso a desarrollar algo de lo que carecía, la paciencia, y le contestó:

—Cinta es la voluntaria que no pudo ir de brigada por encontrarse indispuesta —dijo abruptamente.

Hizo esta aclaración remarcando sus palabras como para darles un énfasis que no deberían tener, pero dadas las continuas interrupciones, estaba obligado a ello.

—Contestando a su segunda pregunta, somos un grupo de voluntarios de la Organización no gubernamental Dentistas sin Fronteras, que desde hace quince años realiza en el periodo de verano una campaña de ayuda y apoyo a la Odontología en localidades y áreas a las que no se llega en condiciones normales.

—Vaya al grano y déjese de rodeos —interrumpió el juez de una manera impertinente y falta de educación.

—Y en cuanto a su tercera y última pregunta —dijo remarcando esta frase y sin darse por aludido—, el muerto o el cadáver, como se quiera decir, está en la última habitación. Puede pasar a verlo cuando desee.

El juez se quedó dubitativo unos minutos, como para ordenar sus datos y colocarlos en los compartimentos estancos de su cerebro. No parecía hombre ducho y ágil de pensamiento, por lo que necesitaba un tiempo para reposar las ideas y clasificarlas.

Primero, ver quién era el muerto, después el porqué se había quedado la voluntaria en casa sola, y en tercer lugar, quiénes eran todos los voluntarios y dónde estaban cuando ocurrió todo. De momento éstas eran las preguntas que se hacía una y otra vez de manera repetitiva y obsesiva. Para su mente obtusa y cerrada, todos eran sospechosos, hasta la policía que había visto en ese momento, y si forzáramos un poco la situación, él también era

sospechoso. Así era su manera de pensar y dilucidar. Un cerebro obtuso y un pensamiento espeso.

Se levantó de la mesa en la que estaba apoyado, y sin mediar más palabras que las estrictamente necesarias, dijo:

—Vamos a ver el cadáver.

Nosotros junto con el policía le acompañamos a la última habitación. Nada más entrar el espectáculo era horrendo. Una radio atronaba el ambiente pues a nadie se le había ocurrido apagarla.

—¿Alguien quiere apagar esa puñetera radio? —amenazó el juez con la mano.

Carlos añadió ya fuera de sí:

—Se nos ha ordenado que no tocáramos nada y eso es lo que hemos hecho.

En la colchoneta yacía el cuerpo sin vida de Edgar con un puñal clavado en el pecho justo hasta la empuñadura. Sus manos, atadas por delante, agarraban el puñal en un último intento de evitar lo inevitable. Sus ojos saltones y con una mirada perdida parecían no creerse lo que sucedía en el momento que le clavaron el puñal. En su boca habían introducido parte de una mosquitera con el fin de ahogar sus gritos, además de la radio, con lo que nadie en el exterior pudo oír nada y la única persona que había en el interior estaba inconsciente. La colchoneta era de un color rojizo por la sangre seca que estaba por todas partes, incluso por las paredes, mezclándose con los ronchones y descascarillados de la cal, dando un aspecto tétrico a toda la escena. Parecía que había habido una lucha encarnizada de todos contra uno. La verdad es que Edgar era de cuerpo imponente, por lo que debió ser necesario emplearse a fondo.

—Ajuste de cuentas, no hay lugar a dudas —afirmaron al unísono el policía y el juez mirándose a los ojos intuitivamente.

Nosotros a su vez hicimos lo mismo, pero no de manera intuitiva, sino de extrañeza. ¿Cómo había ocurrido en su casa un ajuste de cuentas? ¿En que lío estaba metido Edgar para que hubiera pasado una cosa así? No encontrábamos una explicación plausible que nos tranquilizara.

Mientras estábamos sumidos en estas reflexiones, el policía y su señoría se dedicaban a observar el lugar del crimen, tratando de encontrar cualquier pequeño detalle, de descifrar cualquier mínima pista que diera alguna luz, o que sirviera de inicio de un camino de investigación, pues por el momento estaban en una encrucijada, sin saber por dónde empezar.

—Será necesario esperar a que venga el forense para que dicte las circunstancias de la muerte —dijo el juez al mismo tiempo que dirigiéndose al ayudante del policía, le conminó a que fuera a buscarlo urgentemente y de la manera más rápida posible.

El ayudante, que por fin empezaba a tener algo de protagonismo en esta historia, hinchó el pecho y con un andar orgulloso por su misión, se dirigió a cumplir el encargo.

Mientras tanto, el juez y el policía seguían con la investigación, siendo la primera pregunta que les venía a la mente, cuál sería la hora en la que había ocurrido el crimen. Estaban en estas reflexiones y no habían pasado ni quince minutos, cuando entraron por la puerta el ayudante del jefe de policía y el médico, que casualmente se encontraba en su consulta a unas tres cuadras, por lo que todo había sido muy rápido.

El médico, que ejercía la Medicina General y al mismo tiempo era el forense del juzgado, atendía ambas especialidades según requerían las circunstancias, y éstas eran ahora de tipo urgente. No tuvo tiempo ni de quitarse la bata, por lo que su presencia con ella en la casa parecía más que venía a tratar a un enfermo que a diagnosticar la hora de la muerte en un crimen. Era un hombre que frisaba los sesenta años, de tez cetrina y curtida por los sufrimientos que debería tener día a día en su labor profesional. Al sonreír dejaba ver una dentadura blanca y limpia, de dientes bien colocados. Su aspecto general era agradable, aunque sin lugar a dudas, denotaba que había visto sufrir demasiadas veces en su vida. Con su mano derecha llevaba sujeto un maletín negro donde se podía suponer que tenía todo su material para diagnosticar y tratar, aunque en estas circunstancias, sólo sería necesaria la primera parte.

—Buenas noches señores —dijo al mismo tiempo que dejaba el maletín en el suelo.

—No creo que sea imprescindible preguntar lo que ha sucedido. No obstante, sería bueno que se me diesen una explicación sucinta —añadió a modo de aclaración.

El jefe de la policía le explicó a grandes rasgos la situación, quién estaba en la casa, quién era el muerto y quiénes éramos los moradores, procurando omitir detalles que no harían nada más que alargar el relato, sin conducir a ningún objetivo.

—Bien, haremos una exploración de los hechos. En principio parece ser que la muerte sucedió hace unas cinco horas más o menos. También podemos precisar que ésta aconteció con las manos atadas y después de haberle dado una paliza e introducido la mosquitera en la boca para que no gritase.

A Carlos y a mí estas explicaciones hasta ahora nos parecieron muy simples y obvias, por lo que no pusimos demasiada atención en seguirlas. Sin embargo, prestamos más atención cuando continuando con las explicaciones, afirmaba que el asesino era zurdo, de un metro ochenta y unos setenta y cinco kilos de peso. Tanta precisión nos llamó la atención, por lo que le preguntamos en qué se basaba para hacer estas afirmaciones, a lo que contestó que por la dirección de la puñalada y la posición y entrada de la misma.

Estos últimos comentarios hicieron que el forense adquiriera una áurea de magia y encantamiento ante nuestros ojos. En efecto, nos había impresionado.

El forense continuaba con sus reflexiones, que eran a veces más que eso, eran auténticas afirmaciones, como la de que eran cuatro los asaltantes y dos de ellos fumaban tabaco negro. Sería un buen dato para estudiar el ADN de los mismos y una prueba concluyente. También añadió, después de unos breves instantes de observación, que se podía afirmar que era claramente un ajuste de cuentas por la fuerza empleada, por los golpes que le dieron antes de matarle, como intentando que contase alguna cosa importante o que les hiciera alguna confesión.

Nosotros cada vez estábamos más asombrados de la perspicacia del forense, al que nada más entrar no le dimos un adarme de visión e inteligencia.

El médico, imbuido por el orgullo de saber que estaba realizando una gran obra y que su maestría era envidiada por los observadores, seguía con sus comentarios, como si no se diera cuenta que era el centro de las miradas.

Además, continuaba impertérrito, el muerto les conocía claramente, ya que la lucha se inició después de un rato de conversación; al menos esto se podía afirmar por las colillas que había en el suelo, lo que hacía pensar que antes de pasar a los golpes, hubo una conversación previa. Éste sería el momento en que querían sonsacarle alguna información. No era lógico pensar que se hubieran fumado los cigarrillos después de matarle y menos en plena lucha.

Estas últimas conclusiones acabaron por cerrar el círculo de lo que pensábamos sobre el forense. Conocía perfectamente su trabajo y era un buen profesional, por lo cual podíamos confiar en él. No teníamos la misma opinión del jefe de la policía, que nos parecía una persona llena de estulticia.

A estas alturas de la investigación el policía iba ya tomando notas en un cuaderno pequeño, y dirigiéndose a Carlos y a mí, nos dijo que mañana quería vernos a todos en la comisaría a primera hora para proceder al interrogatorio, de acuerdo a la lista que le habíamos proporcionado. Nosotros seríamos los primeros, pues ya habíamos relatado lo que conocíamos, pero quería saber lo que habíamos hecho durante todo el día. A continuación desfilaría el resto del grupo dejando en último lugar a Cinta, que completaría toda la explicación.

El juez ya estaba dando las órdenes oportunas para que se trasladase el cadáver al Instituto Anatómico con el fin de realizar la autopsia al día siguiente.

Pocos minutos después, cuatro empleados de la funeraria se acercaron con un ataúd para proceder al traslado, lo que se hizo de una manera limpia y sin alharacas, ya que en ese momento se

había arracimado mucha gente en la calle, atraída por los comentarios que de boca en boca iban llegando y que a esta altura de la noche habían ya recorrido de Norte a Sur y de Este a Oeste la ciudad. Era lógico, teniendo en cuenta que se trataba de una ciudad pequeña de origen colonial, con un nivel cultural bajo, donde cualquier cosa que se saliese de lo normal era foco de atracción y comentario para muchos días.

Los días transcurrían sin nada interesante, y cuando ocurría un acontecimiento de esta envergadura, lo más lógico era que fuera foco de dimes y diretes, centro de atención y de comentarios. Al día siguiente, lo pudimos ver fácilmente pues en cada esquina de la calle nos paraban para preguntarnos lo que había pasado y qué era lo que pensábamos que había sucedido. Todos tenían una opinión al respecto, como sucede cuando uno está enfermo y vienen de visita varias personas y cada una da un diagnóstico diferente, y por supuesto, su propio tratamiento.

El juez, después del traslado del cadáver, dio por finalizado su trabajo por ese día y con un lacónico adiós se fue rápidamente. El médico forense, con una despedida más humana para nosotros, que habíamos pasado un trance que no se nos olvidaría nunca, nos dijo que en un par de días tendría las conclusiones pertinentes del caso. El policía, insistiéndonos en que al día siguiente a primera hora estuviéramos en la comisaría, también se despidió.

Nos quedamos en la casa Carlos, Cinta, Verónica, que no quiso dejar sola a su amiga, y yo. Nos miramos a los ojos presos de una gran tristeza y emoción, ya que no teníamos experiencia de este tipo y decidimos acudir a la cita con los voluntarios, que ya a esta hora nos deberían esperar en el *lobby* del hotel Alhambra.

Nuestro caminar era cansino, indolente, sin ganas de llegar a ninguna parte. La noche era fría y negra. No brillaban las estrellas en el cielo. Parecía un presagio de lo que teníamos encima, algo que nunca imaginaríamos si se nos hubiera contado antes de salir de Madrid. Cada uno iba pensando en diferentes puntos de vista en función de sus características personales. Yo era el único

que disfrutaba de alguna condición especial que no tenían los demás. Era mi última experiencia, adobada de un hecho singular: el asesinato de una persona que conocía, y que aunque no había intimado con ella, sí al menos había intercambiado palabras y comentarios.

Por otro lado, pensaba, no había tenido dolores en estas últimas horas en las que generalmente tenía que tomar analgésicos cuando regresaba de las brigadas y antes de cenar. Mi pensamiento se ocupó de algo distinto a mi enfermedad. Por unos momentos había sido libre, aunque esta libertad, hubiera tenido el precio de un asesinato.

La llegada al hotel se rodeó de múltiples preguntas y cuestiones. Todos querían conocer lo que había ocurrido en realidad, sin saber que nosotros no teníamos idea de nada y que a lo más, lo único que sabíamos eran algunas de las características de la muerte y de la escena del crimen, pero nada sobre el móvil y los autores.

Les dimos las cortas explicaciones y contestaciones que pudimos sobre sus preguntas y Carlos dio la orden de que al día siguiente, sobre las siete de la mañana, estuviésemos todos reunidos en este mismo lugar para ir juntos a la comisaría con el fin de hacer la declaración. Los de la clínica serían los primeros con el fin de que pudieran atender a los pacientes citados para ese día. La brigada se suprimiría, ya que era imposible entrar en la casa, que estaba precintada por orden de la policía, que tenía que ir esa misma mañana a hacer un registro de huellas y datos que anoche no habían podido hacer por falta de luz adecuada. Por lo tanto, Carlos nos aconsejó, descansar lo mejor posible esa noche, ya que el día siguiente sería fuerte y duro.

Todos nos retiramos cabizbajos y meditabundos y Cinta y yo fuimos junto con Carlos, Verónica y Nela al otro hotel, donde teníamos la habitación reservada. En el camino, Cinta me tomó de la mano y yo la acaricié en un gesto de apoyo por el día que había pasado. Fue una experiencia terrible que no olvidaría nunca.

La noche nos acompañó hasta el hotel en silencio y tristeza. Sólo el beso que me dio Cinta al retirarse con Verónica y Nela a su habitación mereció la pena y es el único recuerdo agradable que tengo de aquel día nefasto.

En el cielo flotaba la sombra del terror y en nuestros corazones la duda de lo que pasaría el día después. Quizás fueron los presagios adelantados de lo que iba a suceder, y que ninguno podíamos sospechar.

El secuestro

Al día siguiente, todos estábamos puntuales a las siete de la mañana en la puerta del hotel Alhambra. En nuestras miradas se notaba, que no habíamos descansado nada y que estuvimos desvelados, dando vueltas a nuestros pensamientos, que en la noche se ven más negros de lo que son en realidad. Sin embargo, allí estábamos todos como una sola persona, con miradas de preocupación y por qué no decirlo, de miedo y desesperanza. Nadie sabía lo que iba a ocurrir y cómo iba a acabar la historia que nunca debió empezar de esta manera.

—Con lo bien que estábamos y como estaban saliendo las cosas, tenía que ocurrir esto —decía Carlos con la mirada fija en el horizonte.

—Ya se arreglará —cortó Nela acercándose a Carlos y enviándole una sonrisa de apoyo. En estas circunstancias, cualquier gesto era bienvenido, hasta una mirada insignificante.

—Vamos para allá —añadió el jefe, y sin mediar más palabras, inició el camino hacia la comisaría.

En el corto trayecto, nadie se atrevió a decir nada, a excepción de algún ligero comentario en voz baja de alguno de los voluntarios, que de esta manera querían cortar el hielo de la situación. Cinta y yo íbamos detrás de todos, observándolos y viendo sus caras y maneras de andar.

La llegada a la comisaría no estuvo exenta de cierto temor por parte de todos. No teníamos experiencia de este tipo de situaciones y nos embargaba un temblor interno que tratábamos de disimular cada uno a su manera.

El policía que nos recibió era como su jefe, de cara recia, dura, surcada de arrugas, no se sabe si por la edad o por el trabajo que desarrollaba. Un gran bigote negro le tapaba todo el labio superior, y en la comisura izquierda mantenía de manera sistemática un cigarrillo encendido, lo que le daba un aspecto excesivamente tétrico. No era ni alto ni bajo, ni duro ni blando, ni joven ni viejo, ni amable ni grosero. Por no ser no era nada, algo quizás demasiado anodino. A veces, personas muy normales que no se caracterizan por nada especial, no pasan desapercibidas ante nuestra vista, y éste era el caso del policía que nos recibió.

—Esperen en la puerta, que voy a avisar al comisario, que está desayunando.

En efecto, el comisario estaba con un café en la mesa y unas galletas, más preocupado por mojarlas y que no se le cayeran en la taza, que por nuestra espera y el tema que le afectaba. Era pan de cada día y estaba acostumbrado a este tipo de cosas, por lo que lo más importante que tenía ahora entre manos, eran sus galletas y después, fumarse un cigarrillo, cosa que hizo con parsimonia y lentitud, sin apurarse por nuestra presencia. Encendiendo el segundo cigarrillo de la mañana, mandó que fuéramos entrando de uno en uno.

Carlos entró antes, para decirle que si no le importaba, los primeros que declararían, serían los voluntarios de la clínica, pues su idea era que después se fueran a trabajar.

—Ya les dije que el orden me da lo mismo, sólo quiero que vayan entrando de uno en uno. Aquí tengo la lista que me dio usted anoche y sobre ella voy a trabajar.

—Muy bien, así se hará —dijo Carlos, quien antes de salir, preguntó de nuevo—, ¿cuándo cree que podremos entrar en la casa?

—Eso no es de mi incumbencia. Al terminar esta mañana, tendré una reunión con el juez y el forense, y tomaremos una decisión que se le comunicará oportunamente. Mandaré un número de la policía al hotel Alhambra para darles esta información.

—Muy bien, entonces les comunicaré a los voluntarios que la brigada de hoy está anulada. Espero que podamos realizar la de mañana.

Al salir, Carlos dejó a propósito la puerta abierta, y comunicó a los voluntarios que fueran entrando por el orden que él iba a marcar.

Cada uno tardaba en hacer la declaración más o menos unos diez minutos, y un cigarrillo del jefe de la policía. Parecía que el reloj que marcaba el tiempo era el cigarrillo más que las manecillas horarias. Por lo tanto, era de suponer que en ésta declaración cayó aproximadamente una cajetilla de tabaco.

Según iban finalizando la intervención, unos se dirigían a la clínica y otros a desayunar, pues aquella mañana ya habían realizado su trabajo, que era el de la declaración. Todos, después de realizada la misma, se encontraban más relajados, más tranquilos. Daba la impresión de que más que espectadores del asesinato, habían sido cómplices del mismo, al menos por el nerviosismo que manifestaban.

De esta manera, los dos grupos se dividieron y aunque una parte de los voluntarios no habían terminado aún, los que sí que lo habían hecho ya se sentían libres y fueron a tomar el desayuno. Carlos se quedó en la puerta de la comisaría hasta que terminó el último, con el que se fue a desayunar. Quedaron todos después en verse, cómo no, en el hotel Alhambra.

Cinta, al salir de su declaración, que fue de las primeras pues parece que el comisario cambió de opinión ya que la tarde anterior mandó que fuera de las últimas, me dijo que quería dar un paseo sola hasta el lago, pues tenía que poner en orden sus ideas. No quise contrariarla y dejé que se fuera. Quedé con ella en vernos en el hotel en un par de horas.

Por lo tanto, me fui con el resto del grupo a desayunar, pues desde el día anterior no habíamos tomado nada. Con este problema se nos olvidó cenar y nos fuimos a la cama sin probar bocado. Aunque en esas circunstancias, era lo que menos nos preocupaba.

El desayuno transcurrió parte en silencio y parte con comentarios en voz baja sobre nuestra situación. Nadie se atrevía a aventurar nada, pues nada se sabía de lo que iba a suceder.

—Creo que hay que mirar la situación desde una perspectiva más optimista —dijo Nela a todo el grupo—. No podemos dejar que esto nos afecte. Ha sido un duro golpe que no podíamos evitar y lo peor es que Edgar está muerto, pero nosotros no tenemos nada que ver con ello —añadió segundos después.

—No tendremos nada que ver, pero nos afecta de pleno, tanto en el aspecto real de la situación, como en el moral de haber sido testigos de un asesinato que ha ocurrido no en nuestra presencia, pero sí a nuestro lado —dijo Verónica.

—Esto impacta, se quiera o no se quiera —añadió Luis.

—Pues tendremos que poner buena cara al mal tiempo, no hay más remedio —cortó Nela.

Carlos permanecía callado todo el tiempo y yo no sabía qué decir. Éramos los testigos más directos de lo que había ocurrido y todavía no habíamos dado ninguna información a los voluntarios de cómo estaba la escena del crimen. Preferimos omitir esta parte tan macabra y obviar detalles espeluznantes, como el puñal clavado y las manos atadas que trataban de evitar la puñalada. Todos estos detalles no harían más que complicar el ambiente y para nosotros, lo principal ahora era mantener la moral alta y el optimismo para que los proyectos salieran lo mejor posible y nadie cayera en el pesimismo. Este hecho tenía que influir en nosotros lo suficiente desde el plano moral y ético, pero nada más.

Los proyectos eran al fin y al cabo lo más importante y el objetivo por el que estábamos todos aquí. La consecución de estos objetivos era mi única obsesión y también la de Carlos. Parece que nos hubiéramos puesto de acuerdo ambos en este punto, ya que ninguno quiso dar ningún detalle más que los meramente imprescindibles. Por lo tanto, los voluntarios sólo conocían una parte inconclusa de la historia. Lo que no podíamos sospechar es que esta parte inconclusa lo sería para todos, ya que nadie imaginaba lo que estaba por llegar.

Después del desayuno, dimos un largo paseo por la ciudad, ya que no teníamos cosa mejor que hacer. Echaba de menos a Cinta, ya que nos hubiéramos apoyado mientras caminábamos. Necesitaba compartir con ella esta experiencia e imagino que ella también conmigo.

El paseo por la ciudad finalizó en el convento de San Francisco para ver las estatuas de Zapatera, esculturas que representan figuras humanas cruzadas con animales, como jaguares, cocodrilos y águilas, representando a dioses, jefes de tribus y *shamanes*. Son esculturas mitad hombre y mitad animal, muy características, y aunque han sufrido una importante erosión, aún se conservan en buen estado. Estas piezas corresponden a los indígenas chorotegas que habitaron la isla Zapatera, siendo esta asociación entre el hombre y el animal como el alter-ego o el otro yo.

Este tipo de esculturas, nos explicaba el guía, un hombrecito bajo, enjuto de carnes, nervioso y orgulloso de su conocimiento, las podíamos ver en el convento y también se encuentran en Suramérica. Nos decía, acompañando su relato con las manos, que cuando la cabeza del individuo está en la mandíbula del animal es de origen Centroamericano, y cuando el animal aparece en la espalda del individuo es de origen Suramericano.

Continuando con sus explicaciones, el guía nos decía que la isla Zapatera era una pequeña isla de origen volcánico en mitad del lago Cocibolca con una superficie de 52 kilómetros cuadrados, siendo en extensión la segunda isla, después de la isla de Ometepe. Sus habitantes fueron de origen chorotega. Hay evidencias de que vivieron 1.200 años antes de Cristo. Algunos, sin embargo, piensan que esta isla fue cementerio para los indígenas que poblaron la vecina isla de Ometepe. Las estatuas encontradas se exhiben en su mayor parte en el convento de San Francisco y están realizadas en piedra de basalto. En la actualidad vive una comunidad llamada Zonzapotecon, pero no hay electricidad. El único hotel que hay, por llamarlo de esta manera, no tiene camas y los turistas deben dormir en hamacas.

Sin lugar a dudas, se había ganado una propina que Carlos, más avisado para estas cosas, le dio con disimulo, tratando de no herir su orgullo de historiador. Para algo más tenía que servir el fondo que habíamos constituido al principio de la estancia en Granada que para pagarnos las excursiones y los gastos generales del grupo.

La explicación por algún tiempo desvió la atención de nuestros pensamientos y nos liberó de nuestra angustia. Sin embargo, yo no estaba totalmente tranquilo, ya que hacía más de dos horas que Cinta se había ido a pasear sola y no tenía noticias de ella, por lo que decidí irme hasta el hotel a esperarla, ya que habíamos quedado en que nos veríamos en un par de horas, tiempo prudencial para dar un paseo de reflexión, que es lo que pensé cuando me dijo que quería irse.

Pasaron varias horas, varios días después, y Cinta no volvía de su largo paseo. Fueron cinco largos días con sus largas noches, en los que había cinco grandes páginas en blanco en el último capítulo de mi vida. En esos largos y tediosos días nada sucedió a excepción de que Cinta no venía de su largo paseo, aquél que fue a dar para despejarse de su horrible experiencia. Todos nosotros estábamos sumidos en la más completa desesperación y no dábamos pie con bola. La brigada cayó en el abatimiento general y el trabajo se resintió ostensiblemente.

La policía no se explicaba lo que había ocurrido, y nadie sabía nada sobre la desaparición de Cinta. A su familia de momento se lo ocultamos, ya que teníamos la esperanza que apareciera de un momento a otro, pero ya Carlos decía que él no quería compartir esta responsabilidad sin decírselo a la familia.

El forense ya nos había dado el informe final después de realizada la autopsia, que en definitiva no se diferenciaba de las apreciaciones provisionales que hizo en el momento inicial y en la misma escena del crimen. Las investigaciones sobre quiénes eran los autores, el móvil y demás aspectos del crimen, continuaban a buen ritmo y la policía seguía varias pistas interesantes, aunque de momento ninguna de ellas había dado luz al problema.

Por la tarde, después de las brigadas, nos dedicábamos en diferentes grupos a recorrer la ciudad para ver si alguien nos aportaba alguna indicación de Cinta. Fueron los días más aciagos de mi vida, y lo que es peor, no sabía qué hacer y qué decisiones tomar. Sólo sabía que me acordaba mucho de Cinta, y por lo más sagrado del mundo, no quería que llegase el día de retornar a España sin ella. El plazo que nos habíamos dado para avisar a su familia acababa mañana, y a partir de ese momento, la responsabilidad la compartiríamos todos con sus padres, que con toda seguridad vendrían en el primer avión. La policía, esa misma mañana, nos dijo que si no aparecía, tendrían que avisar a sus padres, pues hasta ahora, haciéndonos caso, lo habían retrasado.

Era una tarde calurosa que había roto en aguas a buen ritmo, con lo que no habíamos salido, esperando que escampara para hacer nuestra investigación. Esa tarde pensábamos que teníamos que recorrer la parte del mercado, pues por allí pasa mucha gente, y era posible que alguien hubiera oído algo o supiera algún dato importante. Cualquier indicio, cualquier dato aportado era básico para nosotros, que estábamos buscando una aguja en un pajar.

El regreso

Fue un momento especial cuando se oyeron unos golpes en el portón y nuestra sorpresa, cuando al abrirlo, se presentó en el marco, la figura de Cinta demacrada, sucia, con aspecto cansado y la mirada perdida. Sin decir palabra alguna, se acercó a la colchoneta y cayó derrumbada y en sollozos. Nuestras miradas iban de uno a otro sin dar crédito a lo que estábamos viendo. De pronto, sin esperar, Cinta regresa como se fue. Habían pasado cinco largos días desde el momento en que fue a dar un paseo y ahora estaba allí, frente a nosotros, echada en la colchoneta, llorando desconsoladamente, y yo sin saber qué hacer ni qué decir. Lo primero que hice fue darle un vaso de agua que bebió como si hubiera regresado del desierto. Después tomé su mano y acaricié su pelo, que estaba sucio y desmadejado. Más que cabello, eran guedejas lacias y sin brillo. Daba la impresión de que llevaba varios días sin lavarse y sin la alimentación adecuada.

La dejamos descansar en la habitación. Los voluntarios se salieron mientras yo me quedé acompañándola con su mano entre las mías. Cuando se hubo dormido, salí al exterior para hablar con ellos y en especial con Carlos, al que consideraba con más experiencia.

—¿Qué crees que ha pasado? —pregunté escuetamente.

—Yo creo que ha tenido un episodio de amnesia y ha estado deambulando de un lado a otro, sin una dirección clara —añadió Verónica, que al ser su amiga más íntima en el proyecto, se veía en la obligación de dar una respuesta a mi pregunta.

—No nos precipitemos en nuestras afirmaciones —dijo Carlos, más avezado y prudente en estos casos al mismo tiempo

que se dirigía a Verónica con una mirada incisiva—. Nada se puede descartar ni afirmar hasta que no conozcamos los detalles —añadió Carlos.

—Ahora vamos a dejarla descansar, hasta que ella decida y después ya nos contará —dije, mientras con las manos hacía un gesto de calma.

Carlos, que estaba en todo, dijo que lo primero era que Luis y Jaime fueran a la policía a decir que había regresado, pero que no sabíamos nada ya que estaba muy cansada y se encontraba en este mismo momento dormida. Que cuando pudiera hablar, nosotros iríamos con ella a la comisaría para hacer el parte oficial. Ahora lo importante era no hacer ruido, dejarla descansar y cuando se encontrase más reconfortada, que comiera algo y nos contara lo que había pasado. Al menos esto era lo más importante por el momento, por lo que lo mejor era que fuéramos a dar una vuelta y más tarde ya se vería.

Dicho y hecho. Los voluntarios fueron a dar una vuelta, que según consejo de Carlos debería ser larga, pues se presumía que la dormida iba a ser grande. En la casa nos quedamos Carlos y yo, que de vez en cuando entrábamos sigilosamente en la habitación para ver si Cinta se había despertado.

Nos acomodamos en el patio principal de la casa con un libro y en silencio, ya que ninguno se atrevía a emitir ningún veredicto ni opinión sobre la situación.

Al cabo de una hora, Cinta pronunció mi nombre por lo que intuí que quería decirme algo. Me acerqué lentamente, sin hacer ruido, y la encontré sentada en la colchoneta, demacrada y con la mirada lánguida y esquiva. No quería que la observara, por lo que evité mirarla directamente a los ojos. Estaba como avergonzada de algo de lo que en realidad ella no tenía la culpa. Sin embargo, creía que era responsable de todo. La acaricé la cara y la tranquilicé; todavía estaba bajo los efectos del *shock* que había sufrido en estos días. Era necesario esperar a que se sintiera con fuerzas de decirme algo, por lo que le insistí que debería seguir descansando, a lo que se opuso con todas sus fuerzas.

Quería contarme lo que le había pasado y no sabía cómo empezar. Se rebulló en la colchoneta y me dijo que entrara Carlos, que quería contarnos a los dos su percance. Éste entró con miedo, incrédulo y sin saber a qué carta quedarse. Me miró fijamente, como esperando una respuesta en mi mirada, que por supuesto no encontré, por lo que le dije a su pregunta que se sentara, que Cinta ya acomodada quería contarnos algo. La historia que nos contó era terrible, y si no llega ser por que le había sucedido a ella, nadie la hubiera creído. La escena era atípica, pues Cinta estaba sentada en la colchoneta, y Carlos y yo habíamos traído unas sillas y estábamos sentados uno a cada lado de ella, en silencio, esperando el comienzo de lo que presentíamos iba a ser una explicación excitante e increíble.

Trataré de utilizar sus mismas palabras y transcribir los hechos con la máxima exactitud. Éstas fueron sus palabras y la larga historia de lo que pasó:

«Después de dejaros —decía ella con tristeza—, me dirigí al lago con el fin de dar un paseo y poner en orden mis ideas, ya que la cabeza me revoloteaba como un nido de pájaros.

La mañana era cálida y el frescor, conforme me iba acercando al lago, era cada vez mayor, por lo que me iba reconfortando y viendo las cosas cada vez más claras. Llegué hasta el banco donde habíamos estado varias veces —me dijo mirándome con cara de tristeza—, y allí me senté para pensar en lo que había ocurrido, en cómo estaba durmiendo y me despertaron unos gritos, en cómo me levanté rápidamente y fui a la habitación donde estaba ocurriendo la pelea, pues enseguida intuí que eso era lo que pasaba, y de cómo vi a Edgar con las manos atadas por delante, los ojos saltones y amoratados, y un reguero de sangre que salía de su boca, y de cómo no tuve tiempo de más, ya que en ese momento, unas manos me agarraron por detrás y recibí un golpe seco en la cabeza que hizo que perdiera el conocimiento, y de cómo unas voces que repetían insistentemente mi nombre y me daban pequeños cachetes en la cara con el fin de reanimarme y de las miradas de extrañeza vuestras, y de cómo al

abrir los ojos me encontré con todos los vuestros en mi cara, al mismo tiempo que me preguntabais qué es lo que me había pasado. Ahora recuerdo con más exactitud que no podía articular palabra y que como respuesta, me puse a llorar.

Estaba pensando en estas cosas, cuando se acercaron dos personas de unos treinta años más o menos, que se sentaron en el banco junto a mí, lo que me incomodó por la forma que tuvieron de hacerlo. Uno de ellos, me fijé claramente, tenía una cicatriz que le surcaba desde la comisura izquierda del labio hasta la oreja. Una pelea —pensé yo en ese momento—, y al otro le faltaban dos dedos de su mano derecha, concretamente el meñique y el anular. Buenos ejemplos de pandilleros se habían sentado junto a mí, por lo que decidí levantarme y seguir con mi paseo, cuando uno de ellos me agarró con fuerza el brazo e hizo que me volviera a sentar.

—¿Qué ocurre, qué desean ustedes? —les dije con voz autoritaria.

—Nada, señorita, sólo queremos hablar un rato y para ello es necesario que esté sentada sin moverse.

En este momento se sentaron uno a cada lado mío, sin prácticamente dejarme respirar, y de sopetón me preguntaron:

—¿Qué sabes tú de lo que sucedió ayer?

En ese momento comprendí en su totalidad quiénes eran, qué es lo que querían, y en especial, saber qué es lo que yo conocía del asunto y qué es lo había podido ver antes de haberme dejado inconsciente».

Carlos y yo nos revolvimos inquietos en la silla en esta parte de la historia, ya que hasta este momento no habíamos alcanzado a comprender lo que estaba pasando. Sin embargo, a partir de ese momento ya no nos extrañó nada, bueno, sería mejor decir que casi nada, pues lo que pasó más tarde era para poner los pelos de punta a cualquiera.

Cinta, continuando con su relato, nos dijo ahora:

«A la pregunta de qué es lo que yo sabía, siguió un silencio sepulcral tanto por parte de ellos como mío, que no sabía qué

contestar. Pensé que lo mejor era decir la verdad y tratar de no engañarles para no ponerles más nerviosos de lo que en realidad ya estaban.

Así que les dije que no sabía nada, que enseguida perdí el conocimiento, y que no había oído nada antes, ya que estaba durmiendo y fueron sólo los gritos los que me despertaron. No se quedaron muy conformes con la explicación y guardaron silencio unos minutos. Yo no sabía qué hacer, si levantarme o no. Lo intenté un par de veces, pero ellos me sujetaron con fuerza y me lo impidieron, por lo que decidí seguir su juego y no intentarlo más veces para no enfadarles.

El sol iba *in crescendo* y ya pronto sería mediodía, por lo que el calor era cada vez más agobiante. Un calor húmedo, pegajoso, adherido al cuerpo lascivamente, que me hizo por un momento casi perder el conocimiento, pero me repuse rápidamente, pues la situación no estaba para pérdidas de la conciencia. El cielo, de un azul puro e intenso, sin nubes, se extendía como un manto misterioso y cálido, como queriendo transmitir, sin poderlo, un aire de tranquilidad y sosiego.

Pasaron largos minutos en silencio con intercambio de miradas entre ellos y entonces me fijé con más detalle que el de la cicatriz tenía una mirada torva, esquiva y taimada. El otro, sin embargo, la tenía más clara y directa, aunque los dos, uno junto a otro, eran una pareja desagradable y repulsiva.

Al cabo de un tiempo se acercó al banco una tercera persona, también de unos veinticinco o treinta años, de tez negruzca, grandes bigotes y dentadura escasa, que a una simple seña a sus compañeros, me agarró con fuerza y uno de ellos me puso un pañuelo en la nariz y me desmayé.

Ya no recuerdo nada de ese momento hasta que me desperté en el camastro de una choza, cuyo suelo era de barro seco, y por muebles había una mesa desvencijada y una silla. En la puerta estaba uno de ellos, creo recordar que era el de la cicatriz, el cual no me permitía escapar o simplemente salir a estirar las piernas. Al darse cuenta que me había despertado, llamó a sus compañeros, y en

este momento vi que eran cuatro en total, que acercándose a donde estaba, me sujetaron con fuerza y me ataron las manos y los pies, dejándome tirada en el jergón. Ya no podía moverme, así que decidí mostrar sumisión hasta ver qué es lo que querían.

Debía ser por la tarde, calculaba yo que desde que perdí la conciencia en el banco, habían pasado varias horas y no sabía qué había ocurrido en las mismas. A través de una pequeña ventana se podía entrever una luz tenue, lo que me hacía pensar que sería sobre el atardecer, por lo que habían pasado unas seis horas aproximadamente. Eso es lo único que en ese momento podía razonar.

Entró el de la cicatriz con un plato de arroz y un vaso con agua, y desatándome las manos, me lo puso delante para que comiera y se retiró a la puerta, en la que como cancerbero, se apostó indolentemente sin perder ojo de lo que estaba haciendo.

No tenía hambre, pero era necesario que comiera algo, por lo que me decidí a intentarlo. No bien hube acabado de ingerir lo poco que se me ofreció, cuando mi guardián entró de nuevo a recoger el plato, y sin mediar alguna palabra, me volvió a atar las manos».

A esta altura del relato, Cinta quiso descansar un rato y pidió un vaso de agua, que Carlos solícito, le acercó al momento.

—Si quieres descansar un rato, lo dejamos ahora y continuamos más tarde —le dije con una mirada dulce, no exenta de cariño.

—No os preocupéis, estoy bien y puedo continuar —dijo al mismo tiempo que acompañaba sus palabras con un gesto de las manos en sentido afirmativo.

Ya casi era de noche y los voluntarios, haciéndonos caso, no habían regresado a la casa. Nosotros por precaución dejamos cerrado el portón con el fin de que se dieran cuenta de que si estaba cerrado, era porque no queríamos que se nos molestara.

Cinta tomó otro sorbo de agua y continuó la historia ante nuestros ojos desorbitados, que no daban crédito a lo que estábamos oyendo.

«Esa noche no pude conciliar el sueño, pues en mi pensamiento pasaban una detrás de otra, diferentes ideas, a cual más extravagante y extraña. Lo que sí que estaba claro es que habían venido a por mí, que no fue un secuestro al azar fruto de la casualidad al ver una chica joven sola en un banco contemplando el lago en mitad de una calurosa mañana. Todo estaba prefijado y con toda seguridad habían estado siguiéndome. Pero, ¿por qué a mí? No había ninguna explicación, no me conocían, llevaba sólo dos semanas en Granada, no había dado muestras de ninguna señal de manejar dinero, por si el móvil del secuestro fuera éste.

No, la única razón que una y otra vez me martilleaba la cabeza era que tenía que haber una relación con el crimen del día anterior. Y en efecto, esto se demostró cuando al día siguiente, en el momento que traían un vaso de leche con un trozo de torta, y al liberarme de las ataduras, me preguntaron diferentes aspectos relacionados con el crimen, como que si conocía a Edgar y de qué, si había hablado con él y cuál era el tema de esta conversación. Una pregunta que repetían muchas veces era sobre la vida de Edgar con nosotros y cuál era su relación. Qué conocíamos de él y de su trabajo fuera de la vigilancia de la casa.

Al hacer estas preguntas, el de la cicatriz ponía énfasis en hacerme comprender que debería colaborar o en caso contrario... , aquí no llegó a acabar la frase. Se cortó en su boca, al mismo tiempo que su compañero le daba un codazo para que se callase.

Después de este interrogatorio todo volvió a la normalidad, al silencio de la cabaña, a la negrura en la que no se diferenciaba el día de la noche, a excepción de un hilo de luz que entraba por el ventanuco que tenía encima mismo del camastro.

El de la cicatriz entraba de vez en cuando para ver si todo estaba en orden y si yo seguía allí; no sé dónde pensaría que me iba a ir. Así transcurrieron el primer día y la segunda noche. Al amanecer del segundo día, entraron nuevamente los cuatro juntos para decirme que si no colaboraba iba a ser peor, y que por el bien de todos debería contar todo lo que supiese. No sé si ellos tenían conciencia de lo que sabía o podía suponer, pero

el caso es que estaban bastante despistados en lo que a mí concernía, y no tenían una idea fija de lo que iban a hacer conmigo. Para mí era un seguro esta falta de datos por parte de ellos, pues mientras sospecharan que sabía algo y no se lo dijera, mi vida no corría peligro».

Carlos y yo, a estas alturas de la explicación, no podíamos entender que esto nos estuviera pasando a nosotros, que habíamos venido a Nicaragua con un proyecto de ayuda desinteresada, en un área a la que generalmente no se le daba importancia y por lo tanto no se le dedicaban recursos y apoyo. De cuando en cuando, nos mirábamos incrédulos, sin entender nada de que estábamos escuchando.

La cara de Cinta con esta explicación cambiaba de color y su palidez cadavérica contrastaba con el color moreno de sus brazos. En la misma, se veía el aplomo en su relato, pero al tiempo, la inseguridad de lo que presentaba para ella el futuro. Su templanza en la narración nos estimulaba a seguir escuchándola. Tal fue la pormenorización en su relato y la exactitud en los datos que nos aportó, que ambos podíamos rubricar palabra por palabra todo lo que nos había dicho.

«Todo el día pasó entrando y saliendo uno u otro en la choza, con amenazas, para que dijera todo lo que sabía, pero afortunadamente no me tocaron ni me maltrataron. Sólo les interesaba tener toda mi información. Pobres ilusos, si supieran que en realidad yo no sabía nada.

Los días que siguieron pasaron de esta misma manera, entrando y saliendo a cada rato, haciendo las mismas preguntas y ofreciéndome el mismo menú de siempre: para desayunar el vaso de leche y la torta, para almorzar el arroz con frijoles y para cenar los frijoles con arroz. Una vez al día me sacaban de la choza para que pudiera asearme en otra cabaña cercana. Ése fue el plan turístico que me prepararon para esos días. En todo ese tiempo nunca vi a nadie que no fueran estos cuatro tipos, y por supuesto, no sabía dónde me encontraba, sólo que la cabaña estaba rodeada de una espesa vegetación.

En la mañana del quinto día, encontré una cierta laxitud en la vigilancia, ya que en la puerta no había nadie, por lo que pude quitarme con cierto trabajo las ataduras de los pies y de las manos.

Me asomé a la puerta y no vi a nadie, por lo que me atreví a salir y al ver que los tipos estaban bañándose en la orilla de un río, a una cierta distancia de donde me encontraba; decidí irme por la parte posterior de la cabaña. El camino que seguí era pedregoso y cubierto de bastante maleza, aunque pude fácilmente continuarlo hasta llegar a un barranco. Después de dos horas caminando rápidamente y bastante agotada, encontré unos pescadores que me explicaron que estaba en la isla Zapatera, ofreciéndose a llevarme en su kayak a una de las islas cercanas donde vivían y allí tomar una barca con motor para llevarme a Granada

Mi agradecimiento no tenía límites a esta oferta que acepté rápidamente. En su casa me trataron muy bien y me dieron unos pescados para comer, algo que en estas circunstancias se me hacía extraño. Esa noche dormí en su casa y esta mañana, de madrugada, me trajeron despidiéndose amablemente, y aquí estoy, sana y salva. Ésta es la historia resumida de lo que me ha pasado».

Al acabar de contarla, tapó su cara con las manos y llorando, se tumbó en la colchoneta y entre sollozos e hipidos, pasó algún tiempo. Nosotros nos quedamos junto a ella, acompañándola en estos momentos en que su sensibilidad a flor de piel se había desbordado al finalizar su relato. Cinta era una persona muy sensible, ya me había dado cuenta de ello, y estas circunstancias por las que había pasado en tan poco tiempo, fueron demasiado para una persona normal. Habían sido dos situaciones especialmente graves: el asesinato, después el secuestro y los cinco días sin ver ni hablar con nadie, como no fuera con sus secuestradores, habían superado todo lo permisivo, por lo que cualquier persona podía desmoronarse, perdiendo la compostura. No sabemos qué habría pasado en estas circunstancias si esto le hubiera ocurrido a cualquiera de nosotros. Estoy seguro de que ninguno de los que estábamos allí hubiéramos sido capaces de aguantar la mitad de lo que había aguantado Cinta. Nuestro umbral de fortaleza era con

toda seguridad mucho más bajo. Por lo tanto, Carlos y yo en nuestra mirada tuvimos un gesto de comprensión hacia ella. Había caído en un profundo sueño; a su agotamiento físico se unía el psíquico, por lo que no era de extrañar que se hubiera quedado dormida.

Carlos, con un gesto de su mano, me indicó que la dejáramos sola y que saliéramos a la calle, donde ya nos esperaban el resto de los voluntarios, que por delicadeza no se habían atrevido a entrar. En pocas palabras les pusimos al tanto de la situación, insistiendo en que Cinta se encontraba muy bien, aunque alterada por los sufrimientos que había pasado en estos días, y que lo mejor era dejarla descansar hasta el día siguiente, que iríamos a la policía. Sin embargo, ahora era necesario avisarles y ponerles al corriente de su aparición, por lo que Carlos y yo íbamos a ir a la comisaría. Al día siguiente a primera hora, le acompañaríamos nosotros para que hiciera la declaración, y con ésta ya era la segunda en muy pocos días.

—La brigada continúa mañana como si tal cosa —dijo Carlos, acompañando su orden con un gesto de autoridad en su cara—. Esto no puede alterar nuestro programa —continuó—. Ya hemos perdido varios días y es necesario recuperarlos, por lo que la clínica se reforzará con dos voluntarios más y haremos dos brigadas, dividiéndonos en dos grupos. Ahora mismo haré las llamadas pertinentes para que mañana nos vengán a recoger en dos camionetas diferentes. Un grupo irá a la cárcel y el otro a la policía. Debemos mantener nuestras relaciones convenientemente para que las trabas administrativas sean las mínimas.

Mientras Carlos daba estas órdenes, miré por la rendija de la puerta para ver si Cinta dormía, y pude observar que su sueño era intenso y profundo, por lo que les dije a los voluntarios de nuestra habitación que esta noche se repartieran en las otras habitaciones, ya que deberíamos dejarla descansar y que yo sólo me quedaría con ella, por si necesitara algo.

Qué curioso, pensaba ahora, con el suero gota a gota, entrando la enfermera a cada momento, con el estricto control de medicinas, analgésicos, antibióticos, corticoides y no sé que cosas más... en estos días no había tenido necesidad de tomar ninguna medicina y es más, ni me había acordado de mi enfermedad y del poco tiempo que tenía. Ese poco tiempo que le dediqué íntegramente a Cinta, poniéndolo a su disposición. Durante ese tiempo, nada de lo mío me importó y sólo tuve pensamientos para ella. Qué míopes somos a veces, que sólo tenemos ojos para mirarnos el ombligo sin pensar en los demás, cuando yo, con el gran problema que tenía, sólo pensaba en ella, y otros, sin ninguna circunstancia adversa, sólo tenían ojos para mirarse en ellos. Todo esto no hace nada más que relativizar las cosas y ponerlas cada una en su lugar, dando la importancia a lo que verdaderamente hay que dárselo.

Allí estaba yo, despidiéndome de la vida, sin otro equipaje que mis recuerdos y las cosas buenas que hice, con esos días tan intensos que había pasado con Cinta como protagonista, pero también, con la satisfacción de que mi equipaje estaba más completo el día de mi llegada que el de mi partida. Creo que lo había completado con gran cantidad de pequeños detalles que me habían enriquecido y habían hecho más feliz a los que tenía a mi lado, aunque a veces esta felicidad no hubiera sido completa. Si yo pudiera ahora coger la moviola de mi vida e ir para atrás, cuántas cosas habría o no habría hecho, cuántas piedras que hubiera encontrado en mi camino no habría rodeado en lugar de pasar por encima de ellas, cuántos muros hubiera evitado en lugar de traspasarlos. En fin, que nunca sabemos dónde están la verdadera felicidad ni la plena satisfacción, pero que también es necesario que cada uno tenga la posibilidad de equivocarse, pues la equivocación es personal e inherente a la propia personalidad del individuo, y cada uno tiene su propia capacidad, desarrollada en uno u otro sentido. Pero lo más triste es tener que llegar a este punto del camino, acompañado sólo de los tubos del suero, para comprender en toda su magnitud el mensaje más íntimo y personal

que tiene la vida, el de la propia felicidad o el karma de los griegos, aunque éstos también lo describen como *carpe diem*, disfruta del momento, que yo en este momento no sería capaz de disfrutar. Imagino que cuando los griegos acuñaron esta frase, con toda seguridad no deberían referirse al último instante vital del individuo.

El día siguiente amaneció nublado y caluroso, como siempre. Poco a poco iba trastocándose el cielo en un azul intenso, sólo surcado por algunas nubes aisladas que no empequeñecían este manto azul celeste. El intenso tráfago de trabajo era, como todos los días, imponente a estas horas de la mañana con los preparativos del material e intentando entrar en la ducha rápidamente para salir todavía más rápido en una celeridad desmesurada que no hacía nada más que complicar las cosas, pues tanto movimiento incontrolado sólo servía para cansarnos antes del comienzo.

Cinta se despezó y salió fuera de la habitación extrañada de no encontrar a nadie en ella, y al cruzarse con el resto del grupo, los saludos se sucedían interminablemente así como los abrazos y expresiones de cariño. Todos querían saber cómo se encontraba, pero ninguno fue capaz de preguntarle qué era lo que le había pasado. Era como si esta parte de su vida estuviera en blanco para ellos y no se atrevieran a indagar ni inmiscuirse en ella. En su cara se notaba la expresión de júbilo que durante estos días no había tenido, así como el descanso de la noche, que le había devuelto el brillo de sus grandes ojos, que siempre tenía clavados en mí. Otra vez era la Cinta, que conocí en el aeropuerto Sandino, y la Cinta que durante estas últimas semanas me había acompañado.

Salimos Cinta, Carlos y yo en dirección a la comisaría para hacer la declaración. El jefe de la policía nos recibió rápidamente y en esta ocasión desarrolló un afecto inusitado en él. Dejamos a petición del mismo, que Cinta entrase sola en el despacho, y al cabo de una hora más o menos, salió liberada de tanta tensión.

Parecía que se había confesado y el sacerdote le había liberado de los pecados, pues fue como una transformación de toda su persona. No bien hubo salido de la habitación, el jefe de la policía se dirigió a nosotros para decirnos que ya nos diría algo y que por ahora estaba todo terminado. No quiso darnos más detalles, pero en su explicación se notaba que seguía varias pistas y que tenía la esperanza de que alguna le llevara muy pronto a desenmarañar el jeroglífico.

La calle nos recibió con una oleada de calor que nos estimuló, y hasta se podía decir nos gustó, a pesar de la humedad del ambiente, que no era precisamente una de las características que más nos ayudaban a trabajar. Regresamos a la casa dando un rodeo que hicimos sin proponerlo y sin comentarlo. Los tres teníamos la sensación de la liberación, por lo que este paseo nos gustaba hacerlo. Aquel día decidimos que los tres lo íbamos a tomar de vacaciones, por lo que al llegar a la casa y ver las camionetas para las brigadas, organizamos su salida y nos quedamos en el portón, mirándonos a los ojos y sonriendo picaronamente.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Carlos con una amplia sonrisa que demostraba lo liberado que se había quedado de tanta tensión.

—Os dejo que toméis vosotros la decisión. Haré lo que queráis, hoy es para mí un día diferente —dijo Cinta poniendo cara romántica, mientras me miraba con ojos de cordero degollado. Al menos eso me pareció a mí. Para añadir, poco después—, sólo os pido que donde vayamos no sea hacia el lago.

Carlos me lanzó una mirada de complicidad, habiendo comprendido en su totalidad el comentario. Lo que no podía sospechar Cinta es que a ninguno se nos habría ocurrido esta idea. Cualquier dirección siempre tomaría la contraria al lago.

Decidimos ir a Managua, la capital, que aunque todo el mundo decía que no tenía nada que ver, queríamos al menos dar una vuelta por las partes más típicas y tener nuestra propia impresión y opinión. Tomamos un autobús que nos llevó en unos cuarenta y cinco minutos a la estación de autobuses y desde allí,

fuiamos paseando a la plaza de la República, anteriormente conocida como plaza de la Revolución, en el lago de Managua.

Se encuentran en ella, famosa por las reuniones políticas que allí se celebran, los edificios más importantes, como el Palacio Nacional de la Cultura y el Museo Nacional, que guardan en su interior piezas importantes de tipo histórico y arqueológico. En su parte oriental se localiza la catedral de Santiago o catedral vieja, que fue inaugurada en 1938, aunque originalmente fue la parroquia de Santiago, que se derrumbó en 1871. Se trata de un edificio neoclásico, bastante sencillo, que conserva la estructura original de hierro cubierto de piedra. El terremoto que asoló la ciudad en 1972 se cebó con esta catedral, que en la actualidad se encuentra cerrada para los visitantes. En el momento actual están tratando de restaurarla.

Otro edificio que también sufrió los embates del terremoto a muy poco tiempo de la inauguración fue el Teatro Nacional Rubén Darío, que posteriormente fue reparado con nuevas tecnologías, basadas en edificios de similares características como la Ópera de Sydney y la Metropolitana de Nueva York. Los amantes de la cultura tienen un buen lugar para acudir a este teatro, ya que se representan acontecimientos importantes, tanto nacionales como internacionales, a lo largo de todo el año.

El nombre de Managua —seguía contándonos un transeúnte que parecía bastante culto— procede de la palabra *Nahuati*, que significa «donde hay una extensión de agua», debido a los numerosos lagos y lagunas que rodean la ciudad. Su lago fue el centro de desarrollo, ya que era fácil encontrar buen pescado y suelo fértil en sus orillas. Sin embargo, aunque la ciudad era en la antigüedad un pueblo de pescadores, supieron defenderla bien con arcos y flechas ante el ataque de los españoles en 1524.

El gran peligro de esta región —decía nuestro repentino amigo guía— son los terremotos, por las fallas que hay bajo su suelo. Esta ciudad en Nicaragua, es el centro dinámico, donde se encuentran los bancos, empresas, industrias y los diferentes ministerios y administraciones del país. Su desarrollo y crecimiento después

del terremoto ha sido caótico y desproporcionado, lo que la confiere un aspecto destartalado de una urbe que no acaba de terminarse por su crecimiento asimétrico. Para los turistas no presenta ningún interés, pero nosotros en nuestro paseo encontramos aspectos interesantes y atractivos, aunque es justo afirmar, que nada que ver con las ciudades de Granada y León, más cálidas y acogedoras.

Al terminar la explicación, quisimos invitar a almorzar a nuestro guía, que nos llevó a uno de los restaurantes más típicos de la ciudad con el nombre de *Antojitos*, donde te servían los platos típicos nicaragüenses. Era un lugar común de comidas de trabajo, pues al estar cerca del hotel Intercontinental y en la salida de Managua en dirección a Granada, siempre gozaba de la visita de muchas personas. Según nos contó nuestro guía casual, fue el músico Carlos Mejía Godoy, el que compró el local y le dio fama.

Entrada bien la noche, tomamos un autobús, esta vez en dirección a Granada. En el trayecto charlamos animadamente sobre la visita que habíamos realizado, y que si no hubiera sido por estas circunstancias, con casi toda seguridad no habríamos podido hacer. Cinta estaba muy animada, diría yo que exultante y de vez en cuando me tomaba de la mano y me la apretaba con fuerza.

Al llegar, la casa nos pareció un refugio agradable, a pesar de lo destartalada que estaba y tétrica que a veces parecía, en especial al anochecer, cuando las sombras inundaban las habitaciones, y sólo una leve luz mortecina nos guiaba en nuestros pasos a la cama. No era raro que tropezáramos con alguna banqueta puesta en el camino o un bártulo fuera de lugar, ya que la intensidad de la noche era imponente. Por el contrario, al amanecer, la luz nos inundaba con un baño de luminosidad y alegría. La noche era triste y la mañana alegre. Los pájaros cantaban y en el cielo amanecían tímidamente las nubes, que más tarde se retiraban para dejar al sol como único rey del universo. Éste se prodigaba intensamente, en especial al mediodía, en que sólo y sin nadie que le hiciera sombra, calentaba todo lo que se ponía a su paso. Acostarnos era un suplicio, pero levantarnos, la luz nos obligaba a ello, así que nuestra pereza se veía constreñida por la inten-

sa luz que nos rodeaba. Todos nos desperezábamos con una indolencia propia de estas latitudes, pero al mismo tiempo con la rapidez de las circunstancias que nos obligaban a una ducha de tres minutos cada uno. Algunos, generalmente los que se quedaban en la clínica, que regresaban al mediodía a comer, aprovechaban esta interrupción del trabajo para ducharse y asearse con más comodidad y menos celeridad.

Estos días no habíamos podido almorzar en la casa, ya que quien lo preparaba era una tía de Edgar, y dada la situación acacida, la familia tuvo que ocuparse del entierro y otros aspectos administrativos y religiosos. Sin embargo, por lo que nos dijeron al regresar de Managua, esa tarde habían venido a la casa para preguntar si todavía nos interesaba que preparasen la comida a los seis voluntarios que se quedaban en la clínica. Venían de riguroso luto, traje negro, zapatillas negras y un pañuelo en la cabeza, obviamente de color negro. Todos los voluntarios que en ese momento estaban en la casa, desfilaron uno detrás de otro para darles el pésame, lo que estas gentes agradecen mucho.

Nosotros, que no habíamos estado en este improvisado duelo, nos dirigimos nada más llegar a su casa, que no estaba muy distante de donde vivíamos, para hacerlo. Nos ofrecieron un café que no nos atrevimos a rechazar, pues lo hubieran interpretado mal y al cabo de un rato nos retiramos prudentemente de la casa, ya que continuamente llegaban visitas de amigos y vecinos, pues este episodio había revolucionado a la ciudad y pasaría mucho tiempo en olvidarse, e incluso en posteriores conversaciones, en las hamacas, a la caída de la tarde, se comentarían cosas como «esto sucedió antes que lo del pobre Edgar» o bien, «esto pasó unos meses después de la muerte de Edgar». Era un punto y aparte en la vida de estas gentes, que no tenían otra cosa ni otro tema de conversación tan importante y tan definitivo. Este acontecimiento marcó la vida de estas familias y amigos durante muchos años.

El final

Nuestra vida transcurría con total normalidad y sin nada importante que reseñar. El sol salía a la misma hora, más o menos, el trabajo era de la misma forma tanto en su intensidad como en su desarrollo. Hicimos brigadas en varios asentamientos del país, en distintos pueblecitos, vecinos a la ciudad, en la cárcel, en aldeas infantiles, en dos ocasiones nos trasladamos a Managua para hacer brigadas en barrios pobres de esa ciudad. Nos conocieron y conocimos a monjas, sacerdotes, alcaldes de pequeñas localidades... en fin, gran cantidad de personas e instituciones que requirieron nuestros servicios. Nadie quiso comentar nada de lo que había pasado. Sólo a Carlos, como jefe, le preguntaron alguna vez, pero siempre de manera muy sutil, sin intentar desagradar ni molestar con la pregunta.

Un día nos mandó recado el jefe de la policía para que fuéramos a verle, lo que hicimos en el momento Carlos y yo, pues desde que ocurrió todo, yo era el lugarteniente de Carlos y a todos los lugares que iba él, le acompañaba yo, no sólo para ayudarle en lo que fuera menester, sino también para colaborar con el grupo y con la policía.

La explicación que nos dio el jefe de policía fue que el asunto —estas fueron sus palabras exactas— «estaba cerrado». Habían detenido a los culpables aquella misma mañana. Eran cuatro, tal y como había sospechado el forense. La situación era, y en ese momento se repanchingó en su silla de una manera indolente y con desgana, que Edgar estaba relacionado con un problema de drogas, y parece ser que le llegó uno de los envíos y actuó por su

cuenta, sin repartir el dinero con los otros, engañándoles y diciendo que no había recibido el paquete. Esto en el negocio de la droga no se perdona y él lo pagó con su vida. El secuestro no tenía otro objetivo que conocer de primera mano lo que Cinta sabía sobre el particular, y no se les ocurrió mejor manera que secuestrarla para un interrogatorio oportuno y en caso que les interesase, hacerla desaparecer convenientemente.

Al llegar a esta altura de las explicaciones, hinchó el pecho orgulloso de donde le había llevado su investigación policíaca, y tomando un cigarrillo, lo encendió lentamente sin prisa y nos dijo:

—¿Qué les parece el trabajo?

—Muy buena investigación —dijo Carlos, asumiendo que yo estaba de acuerdo en su comentario.

—Mañana se pasan de nuevo por la comisaría con la voluntaria. ¿Cómo dicen que se llama?

—Cinta —remarqué yo con ganas.

—Bien, pues Cinta que venga con ustedes para firmar el acta final del caso, ya cerrado. No creo que tengan que venir dentro de unos meses al juicio. La declaración la podrán hacer en el juzgado en España a través de documento oficial —añadió, encendiendo el segundo cigarrillo con la colilla del que tenía en la comisura.

Estaba especialmente contento de haber podido cerrar el caso, pues ante nosotros extranjeros, lo que más le importaba era quedar bien, ya que en el primer encuentro no fue demasiado sagaz.

Se veía que no tenía ganas de dejarnos salir y estaba recreándose en la suerte, como los buenos toreros, por lo que encendió otro cigarrillo y nos ofreció un vaso de Flor de Caña, el ron típico de Nicaragua, empresa muy activa cuya destilería se encuentra cerca de Chinandega.

Aspiró el olor, y de un trago se bebió el vaso completo, escanciando nuevamente un segundo trago, al mismo tiempo que aspiraba intensamente su cigarrillo de una manera lasciva. Volvió a llenar otra vez nuestros vasos y nos sonrió, abriendo la boca en toda su amplitud. Estaba contento, no había más

que verlo y gozaba del momento fumando y bebiendo, «como hacen los hombres», decía él, para explicarnos su orgullo de macho nicaragüense.

Aprovechamos un descuido cuando se levantó para coger otro cigarrillo, y nos dirigimos a la puerta con una despedida rápida. Le dejamos ahí bebiendo y fumando un buen rato con toda seguridad, la tarde y parte de la noche. Llegaría tarde a casa, bien templado, y le diría a la mujer que había tenido mucho trabajo y no había podido llegar antes. Y con casi toda seguridad, se lo diría a gritos.

—¿Qué te ha parecido el policía? No hacía más que beber y fumar —dijo Carlos caminando rápidamente hacia la casa.

—Pues qué quieres que me parezca, lo mismo que a ti. Es un fatuo presuntuoso que estaba encantado de haberse conocido esta tarde delante de unos extranjeros. Mañana con Cinta, se jactará todavía más. Ante las mujeres, estos tipos se crecen.

Al llegar a la casa, todo eran preguntas y más preguntas de lo que había pasado y de cómo había terminado la historia, pues parece ser que había venido un familiar de Edgar y les habían contado más o menos la detención de los asesinos. Sin embargo, querían conocer directamente de nuestra boca los hechos tal y como habían sucedido.

Nos sentamos en unas sillas, y todos en el suelo y alrededor nuestro, escucharon sin pestañear nuestra explicación pormenorizada. Al acabar, Carlos dijo:

—Y ahora, os voy a dar una buena noticia. El último fin de semana iremos a Corn Island.

Todos pusimos cara de extrañeza y Nela se atrevió a preguntar:

—¿Y eso qué es?

—Se trata de unas islas que hay en el mar del Caribe nicaragüense, más o menos a unos 75 kilómetros de Bluefields, que es el pueblo de la costa más cercano —explicó Carlos con un acento profesoral, para añadir—, allí viven unas 8.000 personas, casi todas de raza negra, pues son descendientes de los esclavos que venían de África y naufragaron en estas islas. Su origen también

se remonta a los Miskitos, piratas de Europa, que vivieron allí. Se dice, y con bastante realidad, que sus aguas todavía encierran los navíos hundidos con sus tesoros. La creencia general es ésta, y de momento todos hablan de los tesoros hundidos, y tienen la ilusión de que alguna vez los encontrarán. Hasta el año 1894, estas islas estuvieron bajo dominio de los ingleses para pasar después a formar parte del país. Ésta es la razón por la que allí se habla un inglés criollo, que ni es inglés, ni español, ni nada que se le parezca. La isla grande tiene una superficie de unos diez kilómetros cuadrados, en donde, al rodearla, se pueden ver casas aisladas y también algunas comunidades pequeñas. En español, estas islas reciben el nombre de islas del Maíz. Hay un ferry que une las dos islas, la grande y la pequeña, además de otro que las une con el continente, concretamente con Bluefields.

Continuando con la clase magistral que Carlos nos estaba dando, añadió:

—Podréis disfrutar de playas vírgenes y primitivas, de arena blanca y fina, aunque como observaréis al bañaros, hay mucha suciedad en el fondo, pues no están nada cuidadas, ya que se pueden encontrar latas de cerveza, botellas de cristal, trozos de hierro o maderas, etc. Será mejor que os llevéis unas sandalias de goma para bañaros. El que quiera hacer buceo, lo podrá hacer con suma facilidad. Encontraremos algún lugar para quedarnos, aunque si entre mañana y pasado me decís los que queréis venir, yo me encargo de ir a la agencia de viajes, que está al lado del hotel Alambra, y que nos reserve avioneta y hotel. Así podremos ir todos a la vez, ya que el transporte no es fácil, y aunque hay varios vuelos al día, siempre es mejor hacer la reserva previamente. Podemos contratar el autobús hasta el aeropuerto y allí tomar la avioneta de las cuatro de la tarde para llegar a una buena hora y encontrar el hotel con la luz del día.

—Por mí, encantada de ir, me han hablado muchas veces de esta excursión y creí que no iba a tener oportunidad de hacerla —dijo Cinta acercándose a donde yo estaba y preguntando mi opinión con los ojos.

—De acuerdo, me parece una buena idea —dije, al mismo tiempo que le apreté la mano.

—Es una lástima que esté ahora cerrada la agencia; podríamos hacer la reserva para el viernes —añadió Nela, que no perdía comba de todo lo que decía Carlos.

—Esté bien, ahora vamos a cenar y mañana, después de que Cinta, Carlos y yo firmemos los documentos de la policía, iremos a la agencia para hacer la reserva y os diremos el presupuesto.

Los voluntarios estaban alborozados, ya que quien más y quien menos, había oído hablar de estas islas y lo interesante que era esta excursión y el baño en un lugar tan alejado del continente. Camino del restaurante, iban comentando los distintos pormenores del fin de semana que les esperaba, y ya todos querían que pasaran rápidos los días para que llegara lo antes posible el viernes.

Y llegó ese día mágico del viernes por la mañana. La orden era que el trabajo se terminaría a las dos de la tarde, con tiempo sólo de tomar un bocadillo e ir al autobús, que nos esperaba sobre las dos y media en la puerta de la casa. Estaba previsto que nos dejara en el aeropuerto a las tres y media y tomar la avioneta de las cuatro. Los trámites que había que hacer no eran nada comparados con los de un avión comercial cualquiera. Allí entramos por una puerta y salimos por la otra para ir a la avioneta. La teníamos reservada para todos nosotros, y al llevar muy poco peso de equipaje, todo se hizo rápidamente y a los quince minutos ya estábamos en el aire.

La duración del vuelo era de hora y media hora, que se nos hizo más larga, ya que la sensación que nos transmitía este vuelo era de una total inseguridad. Cualquiera pequeño vaivén era recibido como un auténtico trombo. Parecíamos una bola de goma que la transporta el viento de un lado a otro. Nuestra cara era de un temor agobiante, y en especial Cinta, que asustada, se rebullía en su asiento de manera nerviosa. El único yo, que sabiendo el poco tiempo de vida que tenía, no le daba mayor importancia a este vuelo. El aterrizaje dio la impresión que el piloto lo hacía

a ojo y desde luego, cuando vimos la pista, ya en tierra, pudimos comprobar que esta apreciación era la correcta. Sin embargo, pie en tierra, todos salimos contentos y despreocupados en dirección a la caseta, que estaba a pie de pista. Allí nos esperaban varios taxis que nos llevaron al hotel.

No era un hotel de características convencionales, pues se trataba de un barracón utilizado como recepción y bar, rodeado de una serie de cabañas de madera, donde había unos camastros típicos de un turismo más que rural. En cada cabaña había dos o tres habitaciones, y en cada una de éstas, dos o tres jergones. Entre cabaña y cabaña, unas hamacas colgadas de las palmeras servían para dar un ambiente tropical al área. A muy pocos metros estaba la playa, de arena fina y blanca, aunque descuidada, ya que había bancos de madera rotos por todas partes, así como botellas de ron vacías. Debía ser una costumbre beber el ron a la luz de la luna, en noches de estrellas. Alcanzamos a esta hora todavía a ver las olas suaves, retozonas del atardecer, con un sol en lontananza que huía rápidamente; supongo que no sería por nuestra presencia y que esta huida la realizaría todos los días al anochecer.

El baño fue una delicia después de los días que habíamos pasado, envolviéndonos a la luz de la luna con su magia y fantasía. Nadie quería salir del agua y el testigo que teníamos de un cielo estrellado parecía darnos ánimo a seguir allí por tiempo infinito. Cinta y yo nos sumergimos en nuestros sueños, eran los días finales, a la semana próxima regresábamos a casa con todo nuestro equipaje lleno y diferente. Era un viaje en el que llegamos con una serie de cosas en la maleta y volvíamos con otras, que tan siquiera nunca pensamos en tener. Ése había sido nuestro cambio, todos éramos diferentes y hubo un antes y un después para todos. Lo que pasaba es que este antes y después era diferente para ellos que para mí, al menos en el después, pues éste no existía para mí.

Estaba reflexionando sobre este punto, cuando Cinta se acercó con Verónica para preguntarme que si quería una cerveza, pues ellas se iban a acercar al bar del hotel a por unas botellas.

—Tomaré un ron con Coca-Cola, pero que sea Flor de Caña, por favor —les dije al mismo tiempo que las sonreí.

Esta calma de la noche, con el rumor de las olas en su repetido vaivén, era como una postal desvaída, perdida en el tiempo y parada en la eternidad. El paraíso debía ser algo parecido, una sensación de plenitud, como un cuerpo suspendido en el aire, flotando y moviéndose como una hoja mecida por la brisa de la mañana. Era un dislate romper la belleza de este momento. Me gustaría tener un pincel en la mano y saber plasmar en el lienzo este embrujo; escultor para modelar la parsimonia del instante y escritor para describir esta fotografía. Era la realidad hecha quimera.

El hechizo se deshizo cuando Verónica y Cinta trajeron el ron, aunque su silencio posterior reanudó nuevamente la magia. Desde los tiempos arcanos, esta estampa siempre tenía su especial embeleso, tanto para parejas de enamorados, como para simples amigos, por lo que siempre se recordaba cuando había desaparecido.

Duró mucho tiempo el silencio de todos, en especial el de Cinta y mío. Allí permanecemos no sé cuánto tiempo; perdí el control del mismo y sólo se rompió con el grito de Carlos, anunciando que era tarde y había que cenar.

El día siguiente fue increíble. Todo pasó rápidamente, y ya sólo me queda el grato recuerdo, y además por poco tiempo.

El regreso con la avioneta, los miedos del viaje y la alegría del recuerdo nos embargaron durante muchos días, los suficientes para acabar la experiencia. Habíamos llegado casi al final del trayecto. Ya sólo quedaba la última estación, y aquella mañana amaneció intensamente azul, con un sol delirante y soberbio que quería darnos una despedida adecuada. Nos había acompañado muchas semanas, y ahora en su último adiós, quería que le recordáramos sin odio y sin pesar, por lo que llamó a la brisa para que viniera en su ayuda y refrescara el ambiente. De esta manera, nuestro recuerdo del clima era menos angustioso. La brisa hizo su trabajo apoyando al sol con el fin de que éste se hiciera más llevadero. Era como una jácara, y cuando terminó su contoneo, desapareció como vino, suave e inopinadamente.

En ese momento hice una advocación personal. Que aunque yo desapareciera, Cinta volviera años después a este lugar y recordara cómo nuestros sentimientos habían estado cautivos, embelesados por el ambiente y por las circunstancias por las que pasamos. Sin darme cuenta, estaba haciendo este ruego en voz alta y Cinta me escuchaba en silencio, con las lágrimas rodando por su mejilla. No dijo nada, sólo me tomó la mano y así estuvimos mucho tiempo, hasta que nuevamente se oyó la voz de Carlos requiriendo nuestra presencia. Había que recoger la casa, ordenar el material que quedaba, llevarlo a la clínica junto con las colchonetas y cerrar la casa. El autobús ya nos esperaba para llevarnos al aeropuerto.

Salí de la casa, miré fijamente su estampa y recordé, cuando hace tan sólo unas pocas semanas entraba por esa puerta, sin saber a lo que iba, cuáles serían mis sentimientos y cómo pasaría esta experiencia que sería la última de mi vida. Recordé tantas cosas, tantos momentos vividos, tantas sensaciones que se amontonaban en mi cabeza tratando de encontrar su lugar, que creí que me iba a marear. Cerré los ojos y me apoyé durante unos segundos en el quicio de la puerta. Estaba pasando por mi cerebro toda una vida de estímulos e impresiones, con una carga mucho más alta que las sensaciones que tenía antes de venir al proyecto. Éste fue mi equipaje, totalmente diferente del resto. Cada uno volvía con diferentes maletas y dentro de ellas, con distintas cosas. Las mías, más íntimas e intensas, aunque mucho más efímeras que las de los otros.

Nuevamente se oyó la voz de Carlos:

—Al autobús, que el avión no espera.

Renqueante, el autocar se puso en marcha y todos miramos la casa con nostalgia. Cinta, a mi lado, me apretaba con fuerza la mano, transmitiéndome su especial mensaje de gratitud por los días vividos. Entendí su sentimiento y en lo que estaba pensando con sólo apretar su mano. Para ella también había sido una experiencia inolvidable. Leí en sus ojos, en su mirada, todo lo que ella no me podía decir. Supongo que ella también leería en

los míos el mensaje que no le dije. «Si no entiendes una mirada, nunca entenderás una larga explicación», dice un proverbio árabe que me vino a la memoria en ese instante.

El avión dejó atrás los dulces recuerdos, las sensaciones experimentadas, los inolvidables momentos, que puestos uno a uno, harían una pirámide aureolada de paz e irisaciones, con destellos de alegría, de ternura y romanticismo. Atrás quedaban muchas horas de cariño, de roderas para todos que podríamos recordar durante tiempo. Sólo yo lo recordaría menos tiempo, pero con mucha más intensidad. Tenía sentimientos ubérrimos que quería expandir por doquier antes de perderlos definitivamente.

Y así lo hice al llegar al aeropuerto de Barajas. Me abracé uno a uno con todos los voluntarios. No sé si alguno pudo sospechar algo, pero a todos y cada uno en ese abrazo, les di mi sentimiento más profundo y más intenso, sabiendo que sería el último sentimiento que podría darles. Algunos dejaron rodar una lágrima por sus mejillas, yo traté de enjugar las mías, sabiendo que este abrazo sería el último que les daría. Creo que Verónica sospechó algo, pues no quería separarse de mí y Carlos al quite le ayudó, ofreciéndola una servilleta para los ojos.

Nos fuimos Cinta y yo a vuelos nacionales, ya que tenía su avión a Valencia en tres horas. Me volví a ver el grupo, que me miraba con desesperanza, ésta sería la palabra adecuada al momento, y una lágrima resbaló por mi mejilla. Cinta me dio el brazo y me ayudó con la maleta que había colocado en un cochecito. En silencio, nos fuimos a la Terminal Nacional.

Epílogo

Habían pasado varias semanas desde que regresamos de Nicaragua. No tenía noticias de José. La última escena fue nuestra despedida en el aeropuerto de Barajas. Primero nos despedimos todos de todos, prometiéndonos un rápido reencuentro en los próximos meses, cita que haríamos por correo, vía Internet. Carlos y Nela tuvieron una despedida especial, sin embargo, lo que más me impactó obviamente fue mi despedida con José.

Nos retiramos rápidamente de los demás, dado que mi avión a Valencia no salía hasta dentro de tres horas. José me acompañó a la Terminal Nacional con el fin de obtener la tarjeta de embarque. Posteriormente, nos fuimos a un rincón de la sala para comentar nuestro resumen de la experiencia. Ahora cada uno iría a su casa y estaría unos días con su familia, pero dentro de dos semanas, justo en un domingo, nos veríamos a las doce en punto en la Plaza de Oriente, en la puerta de la catedral de la Almudena. Allí pasaríamos el día, y después de oír misa, haríamos los planes de nuestro futuro juntos. No había duda, nos queríamos y teníamos la necesidad de estar juntos y preparar nuestro futuro.

Nuestra despedida fue intensa y plena de sentimientos. Yo nunca había tenido estas sensaciones que había experimentado con José. Sin embargo, un velo de misterio y miedo le rodeaba, siendo ésta, la preocupación que tenía. Al pasar el control de pasajeros le eché la última mirada y él me observaba con ternura. No me di cuenta o no quise darme cuenta, que unas lágrimas le resbalaban por la mejilla. Mi cuerpo tembló al despedirme

creyendo que me iba a desmayar y en la postrera mirada quedó toda mi ilusión. Fue mi última experiencia.

Tomé el avión de regreso a casa. Durante todo el viaje estuve llorando. No sabía el porqué ni tampoco si mi tristeza duraría mucho tiempo. La experiencia que había tenido en Nicaragua había sido maravillosa, y pasase lo que pasase, nadie ni nada podría borrarla de mi pensamiento, ya que me acompañaría siempre.

Pasaron unos días para mí especialmente tristes, pues la alegría de regresar con mi familia pronto se vio empañada con la sensación que daba vueltas en mi cabeza sobre la salud de José. Era muy extraño que una persona joven como él tomara tantas pastillas y se cansara tanto, y sin embargo, no me decía nada ni me daba ninguna explicación cuando alguna vez le pregunté. La intimidad que llegamos a tener nunca traspasó esta frontera de su salud. Yo tenía una sospecha que no quería ni plantearme y sólo tenía una idea fija, que llegase el domingo para ir a Madrid y verle en la plaza de Oriente. Tomaría el primer avión de Valencia a Madrid con el fin de tener tiempo para llegar a la cita, pues no conocía demasiado la ciudad y tenía miedo de llegar tarde y que José llegase, y al no verme, se fuera. En estas reflexiones transcurrieron los días con más zozobra que tranquilidad por mi parte, conforme se acercaba la fecha de la cita.

Esa mañana lloviznaba ligeramente en Madrid, pero la temperatura era agradable, propia de un otoño madrileño. Antes de llegar a la puerta principal de la catedral de la Almudena, di un paseo por toda la plaza rememorando mis días de Granada, las largas conversaciones con José, los momentos íntimos cuando le daba la mano o un beso, las discusiones científicas de tipo odontológico y en especial, cuando dormíamos juntos y, yo le clavaba los ojos, él decía que en su alma. Sin querer, una lágrima cayó por mi cara hasta llegar con su sabor salado a mis labios. Parecía un presentimiento de lo que se avecinaba.

En la puerta de la catedral estuve esperando dos horas. José no apareció, la lluvia había dejado de caer y yo no sabía qué hacer ni a dónde ir. ¿Qué había pasado? ¿Es que se le había olvidado?

Imposible, era una persona muy ordenada y puntual ¿Es que no estaba enamorado de mí? Tampoco era ésta la respuesta, no me podía haber engañado todo ese tiempo. Le pasaba algo y no había podido acudir a la cita. Lo malo es que no tenía ningún teléfono de él, sólo un correo electrónico. Ahora me arrepentía de no tener su número de teléfono móvil, pero recordaba que se lo pedí varias veces y él nunca me lo quiso dar. Cuando llegase a casa le escribiría para saber qué había pasado. Tomé un bocadillo en el café de Oriente y regresé nuevamente a la puerta de la catedral, por si se hubiera retrasado. Esperé una hora más, y totalmente desolada, tomé un taxi hacia el aeropuerto para poder tomar el último avión a Valencia. Durante todo el camino lloré desconsoladamente. No veía una luz en el túnel del amor. Estaba segura de que me amaba y si no había acudido a la cita, tendría una buena razón.

En Valencia comencé a trabajar con mi padre tratando de mantener el tipo y el ánimo lo mejor posible. En los días siguientes, tendría una respuesta a mi soledad, una respuesta a mis sentimientos. Lo que no sabía es que la respuesta llegó días más tarde en forma de mensaje.

Un día nublado y triste, un cartero llamó a mi puerta y me entregó un pequeño baúl con un poema en su interior titulado la despedida.

*«Cuando el aire me trae
el perfume de la despedida,
cuando la mirada queda lejos
y la sonrisa tenue,
es entonces cuando pienso
que el tiempo pasó y pasó
y transcurrió como una quimera.*

*Que a un minuto siguió otro minuto,
y que en esa atmósfera musical,
las notas cadenciosas encuentran su ritmo,
y que en la noche intensa,*

*no hay verdades absolutas
ni mentiras relativas.*

*Sólo hay humo evanescente
que recorre tu mirada y te envuelve.
Es la niebla de la ausencia,
es el recuerdo de lo vivido,
es la intensidad convertida en realidad,
es el sueño de una noche de verano».*

Junto al poema estaba su diario en Granada. Fue como un mazo; en ese momento comprendí con toda intensidad que José había fallecido y que si no acudió a la cita fue porque se encontraba agonizando. La lectura de su diario me respondió muchas preguntas, verdaderamente estaba enamorado de mí y no quiso hacerme sufrir explicándome la verdadera situación de su salud. Me explicó tantas cosas, algunas las sabía, otras las sospechaba y las más, las ignoraba. Lo que si era cierto es que su amor por mí fue profundo y generoso. Nunca quiso decirme la verdad, su verdad. Todo ese tiempo juntos y cómo supo mantenerme engañada. Yo sospechaba algo pero nunca la gravedad de su enfermedad.

Estuve esa mañana con el baúl entre mis manos, regando el diario y el poema con mis lágrimas. Me quedé dormida en un sopor profundo y cuando desperté, mis manos apretaban con fuerza su diario.

A los pocos días tomé el avión nuevamente, pero esta vez a una ciudad diferente. Era una ciudad del Norte de España y cerca de ella había un pueblecito con un cementerio del que tantas veces me había hablado. No exactamente del cementerio, sino del pueblo, pero yo sabía que era donde quería que le enterraran. Allí había pasado su infancia y juventud y allí quiso reposar.

En el aeropuerto alquilé un coche y fui a ese pueblo. Era más que un pueblo, una aldea, un conjunto de quince o veinte casas desperdigadas en un valle y en la ladera de una pequeña montaña. Junto al camino que conduce a la iglesia se encontraba el

pequeño cementerio. Empujé con decisión pero con dolor, la verja que lo cerraba, y traspasé los grandes muros. Observé rápidamente las diferentes tumbas, que no eran muchas y me acerqué a una que parecía nueva, y que en efecto, era la de José. Había fallecido dos días después de nuestra cita. Debajo de su nombre y de la fecha de su fallecimiento rezaba una frase: *«Hizo lo que pudo, aunque lo intentó casi todo»*.

Recé y lloré durante mucho tiempo. Le recordaría como nunca podía imaginarme y durante el tiempo que estuve allí, todas las escenas de nuestra relación pasaron en procesión rápida y tierna. Deposité unas flores que había comprado en el aeropuerto y escribí en una cuartilla que dejé junto a la cruz de su lápida: *«Te quise desde el primer momento que te vi en el aeropuerto de Managua, te recordaré mientras viva»*.

Con paso cansino traspasé nuevamente la verja, que al cerrarla dio un chirrido especial, como si los goznes de la misma protestaran por la terrible injusticia que me embargaba, y caminé por el sendero hacia el coche. La noche se iba acercando y una suave neblina se expandió alrededor. Me rodeó una tarde tardía y melancólica. Miré al cielo gris plomizo, tamizado de rojos desvaídos y protesté en mi interior sin entender nada.

A lo lejos se oían los pájaros y el viento entre las ramas. Se oía también el crujido de mis pisadas en las hojas de ese otoño, que para mí había madrugado con dolor y emoción. Nunca sería la misma, después de haberle conocido.

Esta primera edición de
La última experiencia,
de Antonio Bascones,
terminó de imprimirse
el treinta de julio de dos mil ocho
en los talleres de Publidisa
en Sevilla

